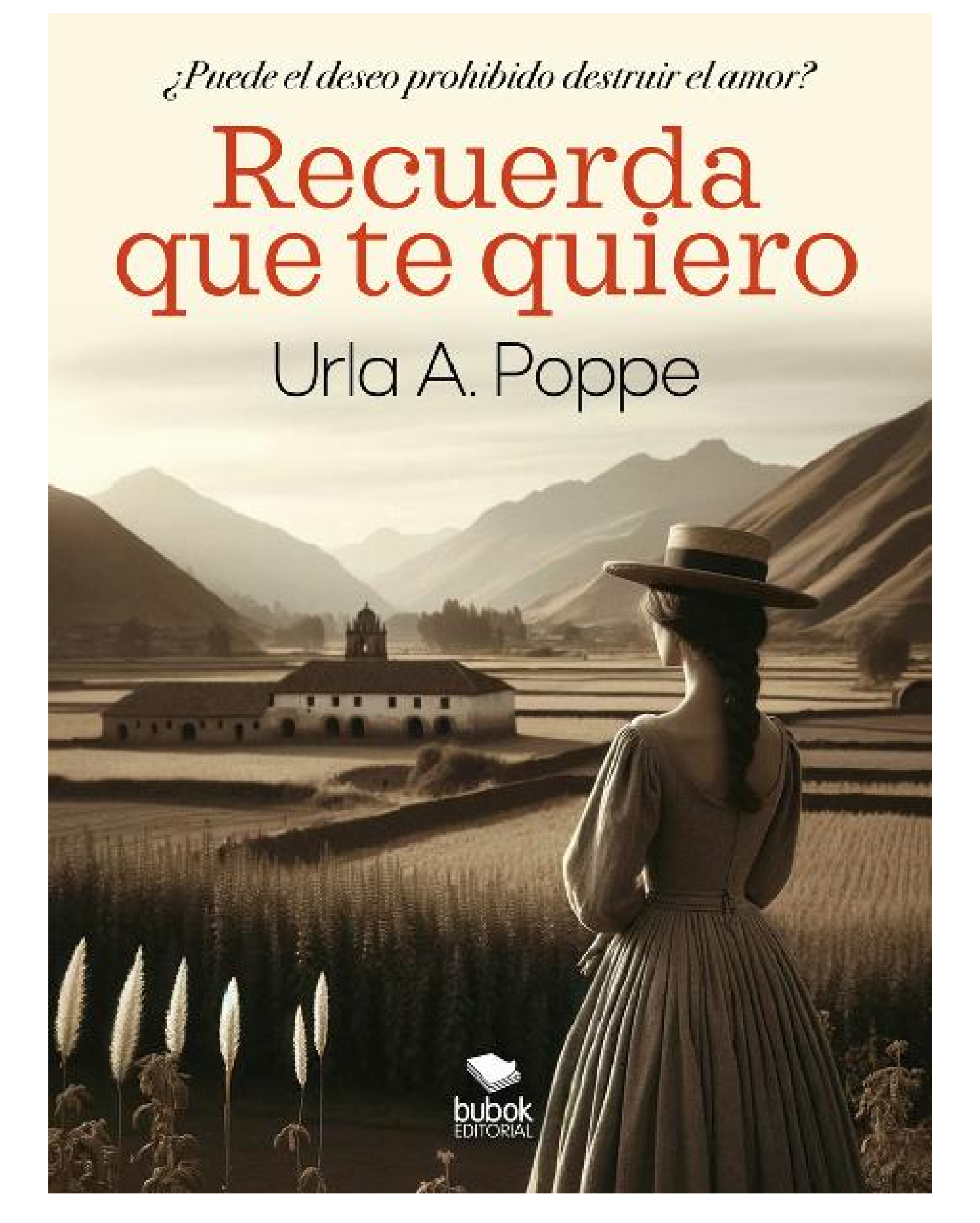
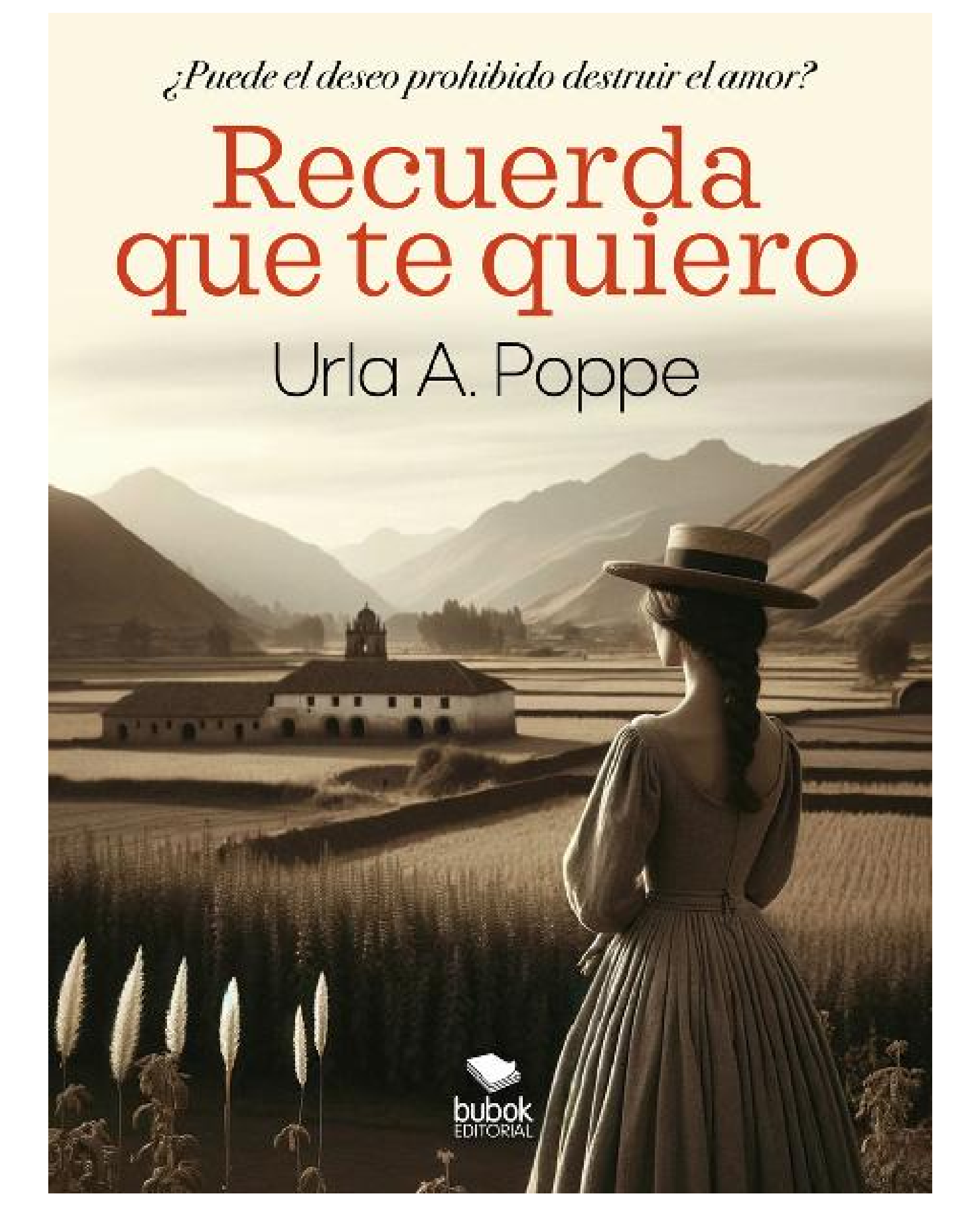
¿Puede el deseo prohibido destruir el amor?

Recuerda que te quiero

Urla A. Poppe

bubok
EDITORIAL


¿Puede el deseo prohibido destruir el amor?
Recuerda que te quiero
Urla A. Poppe
bubok
EDITORIAL


¿Puede el deseo prohibido destruir el amor?
Recuerda que te quiero
Urla A. Poppe
bubok
EDITORIAL

Recuerda que te quiero

Urla A. Poppe

Recuerda que te quiero

Urla A. Poppe



Febrero 2024

ISBN papel: 978-84-685-7994-8

ISBN ePub: 978-84-685-8021-0

Depósito legal: M-2220-2024

Editado por Bubok Publishing S.L.

equipo@bubok.com

Tel: 912904490

Paseo de las Delicias, 23

28045 Madrid

Esta novela te la dedico a ti, lectora.

Gracias a ti por creer en mí.

Urla

Índice

Capítulo 1

Karina Flores era la maestra del colegio que pertenecía a la hacienda La Vega, ubicada en un pueblo de Pativilca, al norte de la capital del Perú, Lima. Corría el año 1899, pero aquí el tiempo parecía que se había parado. Era una zona rural llena de los cultivos autóctonos que la enmarcaban en un microclima distinto del desierto limeño.

Gracias al río Pativilca que bañaba los márgenes de la zona, el valle gozaba de una climatología privilegiada y casi única para estar rodeada de arena del desierto. El río era impredecible y muchas veces su cauce se desbordaba, lo cual traía graves consecuencias para los cultivos de la zona. Sin embargo, su fiereza llenaba de vida el valle y, a pesar de las desgracias, los pobladores de la zona amaban y respetaban lo que el río decidiese en su camino hacia el océano. Sus aguas cristalinas fluían suavemente, reflejando los rayos del sol y añadiendo vida y movimiento al valle. A medida que el río avanzaba, formaba pequeños meandros y se deslizaba alrededor de las rocas y las formaciones naturales, creando un paisaje acuático pintoresco.

Las montañas se alzaban majestuosamente a ambos lados del valle, creando una especie de abrazo natural que lo protegía y definía.

Karina enseñaba a los más pequeños, niños de entre tres y ocho años. Al tratarse de una región alejada, la escuela era la única de la región; era lugar de reunión de niños de muchas clases sociales. Muchos campesinos llevaban a sus hijos para que aprendiesen a leer y escribir, aunque cuando ya tenían una edad para trabajar, normalmente no continuaban. La vida del campo era dura y se necesitaba la mayor mano de obra posible. Los niños no eran la excepción.

Imagínate a un joven agricultor pobre, cuya vida está marcada por la lucha y la adversidad, pero que se aferra a la esperanza y la determinación para superar sus dificultades.

Los nativos de la zona mayoritariamente eran agricultores de familias de escasos recursos y que habían crecido en aquella comunidad rural cercana a la hacienda La Vega. Desde muy temprana edad, aprendían el valor del trabajo duro y la importancia de la tierra para su subsistencia. Sus familias poseían una parcela de tierra, pero los

recursos eran limitados y no contaban con maquinaria moderna ni tecnología avanzada para mejorar la productividad.

A diferencia de los hijos de los campesinos, los hijos de los hacendados de la zona solían acudir a internados religiosos en la capital. Las niñas asistían a las escuelas regentadas por las monjas, quienes las preparaban para su futuro como mujeres casadas y madres. Se les enseñaba a tejer o a bordar, en especial a confeccionar su propio ajuar.

En 1899, la educación de las niñas era muy limitada y a menudo estaba restringida por barreras sociales y culturales; no eran consideradas una prioridad. Las niñas de familias acomodadas recibían educación en el hogar o asistían a escuelas privadas exclusivas para mujeres. Sin embargo, estas oportunidades estaban reservadas para un pequeño porcentaje de la población femenina.

En contraste, las niñas de familias de bajos ingresos o de áreas rurales tenían muy pocas oportunidades de acceder a la educación formal. Se esperaba que se ocuparan de las responsabilidades domésticas y se prepararan para sus roles futuros como esposas y madres.

En cuanto a los hijos varones, ellos se dedicaban a llevar una vida propia de un monasterio. Una vida en penitencia, continuos rezos y mucha lectura. A ellos se les dedicaba el tiempo necesario para instruirlos tanto en filosofía como en teología. Los primogénitos tenían otro trato en comparación con sus hermanos más pequeños. Se los preparaba para llevar las haciendas y los negocios familiares. Todo siempre tenía un orden y como tal funcionaba para las clases sociales más altas de la antigua sociedad limeña.

La escuela era pequeña y estaba ubicada detrás de la iglesia del pueblo. Sus paredes eran de adobe, un tipo de barro resistente que utilizaban los lugareños para construir tanto sus casas como los edificios públicos. Tan solo contaba con cuatro paredes lisas, y una especie de pizarra verde presidía la estancia como si de un gran cuadro se tratase. Ahí, los veinte alumnos que acudían a la escuela pintaban sus vacas o dejaban sus nombres como recuerdo de su paso por aquel maravilloso lugar.

Karina había pasado toda su vida en la región y sentía un gran apego por aquellos niños. Siempre le gustó ser profesora, quería mucho a los niños e intentaba ayudarlos para que sintiesen que la educación los hacía iguales a otros niños con más posibilidades. Ella creía que la educación unía y destruía cualquier diferencia. Aquel pensamiento tan

ingenuo siempre la acompañó el resto de su vida.

Su camino para convertirse en profesora de escuela rural no había sido nada fácil. Tras el fallecimiento de sus padres, la invadió una extraña sensación de miedo por lo que el futuro le deparaba. Sus posibilidades laborales se centraban en la labranza del pequeño huerto que tenía con su hermana, María, junto a su casa. Aquello les daba una mínima renta, ya que solían vender sus productos en el mercado local. A veces tenía que desplazarse a los mercados de los lugares aledaños, pero temía dejar mucho tiempo sola a María, quien era una niña enfermiza y delicada.

Cuando se retiró el profesor de la escuela , un señor mayor que había dedicado toda su vida a fomentar la educación en los niños de la zona, ella sintió que aquello podría ser una señal. El profesor sabía que Karina era una muchacha inteligente y que sería una gran maestra. Su amabilidad y trato con los pequeños era evidente y tenía lo que para él era importante, ganas de superarse a sí misma y de ser mucho más que una simple campesina.

El profesor habló con el cura del lugar y decidieron enviar a Karina a Lima durante unos meses para que así se preparase en una de las escuelas que la Iglesia poseía para educar señoritas. Era una institución que acogía jóvenes de todas partes del país y durante unos meses se les enseñaba tareas elementales y básicas para que luego las transmitieran a los alumnos.

Además de la formación específica para la enseñanza, Karina también recibió instrucción en áreas como costura, cocina y otros aspectos prácticos útiles en su formación dentro de la institución religiosa.

Aquellos meses fueron duros para ella, ya que tuvo que alejarse de su hermana María. Pero tras pasar aquella difícil prueba de separación, no se arrepintió de su decisión. Ser maestra era un sueño para ella y se sentía realizada como mujer y como persona.

En Perú, la educación formal para las mujeres, incluidas las que aspiraban a convertirse en profesoras rurales, era limitada en comparación con la educación masculina. Sin embargo, algunas mujeres dedicadas lograron recibir capacitación para asumir roles educativos.

En las áreas rurales, las condiciones de vida podían ser duras. Las profesoras se enfrentaban a desafíos como la falta de servicios básicos, condiciones climáticas extremas y aislamiento.

Las profesoras rurales tenían que lidiar con recursos educativos limitados. Carecían de libros de texto, material didáctico y otras herramientas esenciales para enseñar de manera efectiva.

A pesar de todo aquello, Karina disfrutaba enseñando a los niños pequeños. Su amor innato por los niños y su infinita paciencia eran vistos con muy buenos ojos por los padres. Sabía que cada niño era único y especial y se esforzaba día a día para desarrollar el mayor potencial en cada uno de ellos. Tenía empatía y comprensión para abordar las preocupaciones emocionales de los niños, reconocía la importancia de la seguridad emocional y creaba un ambiente donde los niños se sentían apoyados y comprendidos.

Organizada y capaz de gestionar eficientemente el entorno del aula, creaba rutinas y estructuras que brindaban seguridad a los niños. Ellos le respondían con muestras de cariño que ella sentía que de alguna forma compensaban el salario bajo y las malas condiciones en general de la educación rural.

Cuando terminaban las clases, iba a su casa a ayudar a su hermana María a preparar comida para los hijos de los campesinos. Karina y su hermana eran solteras y vivían en una modesta granja que sus padres les habían dejado. Habían sido migrantes que, cansados de la ciudad, decidieron mudarse al campo y criar a sus dos hijas lejos del mundanal ruido de la capital.

Ellos habían fallecido hacía ya muchos años a causa de una terrible epidemia de gripe, la cual atacó a casi todo el pueblo. Era una población con pocos medios; el doctor de la zona no pudo paliar la grave infección y muchos fallecieron. María también cayó enferma, pero pudo recuperarse, aunque con secuelas permanentes que le impedían hacer una vida normal.

La epidemia arrasó, con una fuerza y una virulencia inusual, toda la geografía peruana debido a las malas condiciones de vida de muchos. Los servicios de salud eran casi nulos y muchos de ellos eran acaparados por los que más tenían, lo cual agravó más la crisis sanitaria.

El acceso a la atención médica variaba significativamente. En muchos casos, las personas con mayores recursos económicos tenían más facilidades para acceder a una atención médica de calidad.

La muerte de sus padres fue un golpe duro para las hermanas, que de la noche a la mañana se vieron solas y con una granja que cuidar. El

poco tiempo libre lo invertían en ayudar a la gente del pueblo y por ese motivo nunca se habían casado. Se dedicaban a muchas cosas.

María había sido una niña risueña y alegre, pero que la enfermedad atacó con gran virulencia. Su peso nunca volvió a ser normal y pasaba largas horas echada o descansando, ya que sufría de ataques de tos que le impedían llevar una vida normal. En el escaso tiempo que el cansancio la dejaba respirar, se dedicaba a hacer postres para luego venderlos en el mercadillo de los domingos.

Para el trabajo de la granja habían contratado a un muchacho, Luis. Él llevaba trabajando con ellas prácticamente desde la muerte de sus padres y lo consideraban miembro de la familia.

En el pueblo todos las querían, eran mujeres trabajadoras y, a pesar de las desgracias por las que habían tenido que pasar, siempre llevaban una sonrisa en su rostro.

Entre los muchos niños que frecuentaban la escuela se encontraba Fátima del Campo, hija de Daniel del Campo, el dueño de la hacienda La Vega, de la cual venía el nombre de la escuela. Su esposa Charlotte había fallecido en un accidente trágico. El barco en el que viajaba con destino a Francia se hundió y su cuerpo nunca fue hallado. Ella había decidido viajar a ver a su madre, francesa, quien tras la muerte de su padre había decidido volver a su tierra natal.

Charlotte había recibido una educación propia de las hijas de los lugartenientes europeos afincados en el país. El círculo reducido de Lima acercó a las familias de Daniel y de Charlotte, y los padres de ella decidieron casarla con Daniel y mandarla a la hacienda, donde ella vivió con él hasta el terrible accidente.

Tras la muerte inesperada de su esposa, Daniel se sintió culpable y juró que no volvería a enamorarse. Siempre mantendría vivo el recuerdo de su mujer.

Habían pasado dos años desde la muerte de Charlotte cuando Daniel conoció a Karina.

La vio por primera vez el día que fue a llevar a su hija al colegio.

—Papá, no te vayas todavía. No quiero entrar sola, me da miedo.

Fátima era una niña tímida y desde la muerte de su madre casi no hablaba con nadie. A sus siete años, la pérdida de una madre era difícil de asimilar y de entender.

—Es el primer día y sé que es difícil para ti, pero ya verás lo bien que te lo pasas. Es mejor que estés con otros niños que en casa todo el día sola. Es lo mejor para ti.

—Buenos días, disculpen, pero la clase ya va a empezar.

—Por favor, no tiene por qué disculparse —dijo Daniel y se percató de la belleza de Karina—. Lo que pasa es que es el primer día de mi hija y está asustada. Usted debe de ser la profesora.

—Sí, yo soy la profesora. Mi nombre es Karina. Dime tu nombre, pequeña. —Se agachó para hablar con la niña. Trataba de disimular el nerviosismo que se despertó en ella cuando vio a Daniel, un hombre imponente. Los dos se miraron y casi instantáneamente surgió algo entre ellos.

Daniel intentó no fijar tanto la mirada. Sin embargo, aquellas trenzas sujetas con diminutas cuerdas se deslizaban por la cintura de la joven. Al alzar más la vista, contempló aquella nariz que aparentaba bailar en el rostro angelical de Karina. Los ojos negros brillaban con cada sonrisa de los niños. La amabilidad traspasaba aquel corazón y lucía como magia en cada palabra que ella decía.

—Mi nombre es Fátima del Campo. —La niña había notado la complicidad del momento y no quería romperlo, así que dijo su nombre dudando de su propia confianza.

—Bienvenida a clase, querida Fátima. Serás recibida y tratada como todos tus compañeros. Siéntete libre de ser tú misma.

La niña sonrió aliviada ante la dulce mirada de su nueva profesora. Se sentía cómoda y sorprendida ante el trato amable de aquella extraña. Miró a su clase agarrada a la mano de su padre y al soltarse sintió como un alivio, un respiro a su soledad. Aquellos niños y niñas la miraban extrañados por sus vestidos y su pelo recogido, pero como la inocencia no entiende de clases, la recibieron con los brazos abiertos y pronto se volvieron todos inseparables.

Karina sabía que Daniel era viudo. Los rumores de la muerte de su mujer habían corrido como la pólvora por el pueblo. Ella no la había conocido porque la mujer no salía de la hacienda. Se contaban muchos rumores sobre su forma de ser o de su relación con el patrón; sin embargo, ella prefería no hacer caso a las habladurías y esperaba lo mejor de la gente.

Nunca vio a Daniel como alguien con quien tener una relación más

allá de la que se tiene entre una profesora y el padre de una niña de la clase. Tímidamente y sin ser consciente, se sorprendía cuando notaba que su mirada se fijaba más de la cuenta en sus brazos fuertes y grandes. Se ruborizaba cuando observaba las patillas cerca de aquellos labios rojos y carnosos. Los ojos grandes de color avellana parecían esconder alguna pena y nunca brillaban. El pelo, algo más largo de lo común para un hacendado, le caía por la frente y muchas veces recorría con la vista aquella mano de piel gruesa y con algunos callos que mostraban que aquel hombre trabajaba junto a sus empleados como uno más. Todos sus trabajadores lo apreciaban mucho y le respetaban al ver cómo se involucraba en las tareas duras del día a día.

La mente de Karina nunca voló más allá de admirar aquel aspecto físico del dueño y señor de las tierras que eran bañadas por el río Pativilca. Sin embargo, en sus sueños más íntimos se castigaba por pretender soñar con algo más allá de una simple amistad. Ella era una mujer pobre y él un hombre rico y elegante.

Con el tiempo empezó a sentir una gran empatía por Fátima y, a la vez, pena al verla tan vulnerable tras la pérdida de su madre. Ella sabía perfectamente lo que se sentía perder a un ser querido, y más si es una madre.

Daniel se había enamorado de Charlotte desde el primer momento en que la vio. Amaba sus locuras y sus extravagancias. Lo hacían sentir vivo y feliz. Era mujer guapa y extrovertida, pero fría. Tenía una apariencia física atractiva y una personalidad llamativa, pero también distante. Él admiraba aquellos ojos expresivos, sus labios sensuales y su sonrisa encantadora. Tenía un cabello radiante, un estilo de vestir que reflejaba elegancia y confianza, y una gran capacidad para captar la atención de quienes la rodeaban.

Era extrovertida y tenía una presencia magnética en cada evento social al que asistía. Su habilidad para entablar conversaciones la hacía ser centro de atención en cualquier reunión. Era el alma de la fiesta. Divertida, carismática y encantadora, la gente disfrutaba estar cerca de ella debido a su energía positiva y su habilidad para animar a los demás.

Sin embargo, a pesar de su apariencia y carisma, Charlotte mostraba una actitud fría o distante emocionalmente cuando se trataba de compartir sus sentimientos más profundos o establecer conexiones emocionales significativas. A veces, a Daniel le daba la impresión de que existía una barrera entre ambos que le dificultaba conocerla de

verdad.

Cuando nació Fátima, la relación entre ellos cambió casi radicalmente. Charlotte parecía no querer a su hija. Cargaba una sensación persistente de tristeza, desesperanza y falta de interés en la vida cotidiana. Empezó a tener cambios en el apetito y el sueño, fatiga extrema, falta de energía, sentimientos de culpa o inutilidad. Perdió el interés en actividades que antes le eran placenteras y tenía ansiedad, irritabilidad y dificultad para vincularse emocionalmente con el bebé. Sentía como si se ahogase en aquella hacienda y solo quería huir y respirar otros aires. Sus dudas se centraban en el miedo a perder el cariño de su marido, a sentirse no deseada tras haber engordado por el embarazo. Daniel no entendía aquel comportamiento. Para él, el nacimiento de su hija reafirmaba el amor a su mujer. Pero Charlotte no veía más allá de su profunda melancolía.

El doctor Saavedra decía que era un proceso natural que muchas mujeres pasaban tras dar a luz y que no debían preocuparse. Aseguraba que con el tiempo las cosas mejorarían y que lo que ahora parecía un rechazo más adelante podría ser una felicidad infinita rodeada de más niños en la hacienda. Pero los meses pasaban y aquello no sucedía.

A pesar del rechazo de su madre, Fátima la quería mucho y siempre trataba de llamar su atención para que se acercase a ella. Los años pasaban y Charlotte, en su interior, se sentía reprimida; unos celos enormes crecían hacia su hija. Sentía ira cada vez que Daniel se acercaba a la pequeña antes que a ella. Los criados presentían una especie de competencia entre ellas dos. Muchas veces cogía a la niña y la zarandeaba cuando algo la molestaba o la irritaba, aunque al minuto estaba disculpándose y regalándole alguna nueva muñeca.

Sus manipulaciones eran constantes y difíciles de camuflar para cualquier persona madura. Se aprovechaba de la inocencia de su hija para sacarle algo a su marido, como visitas a la capital para buscar algún vestido o juguetes nuevos. Aquello empezó a ser muy visible; las peleas empezaron a ser constantes y a afectar a Fátima, quien se convirtió en una niña retraída e insegura. No era muy consciente en aquella época, pero los gritos y lloros de su madre la atemorizaban y dejaron una huella difícil de borrar en su interior.

Charlotte había sido educada entre los grandes bailes de la capital y echaba de menos a sus amigas y el círculo íntimo que había formado entre bailes y las charlas amenas a la hora de tomar el té. Sus padres habían estrechado grandes lazos con la sociedad limeña y siempre se

encargaban de realizar fiestas para sus amigos. Creció entre el bullicio y la música. Su vida en la hacienda distaba mucho de aquel vendaval de emociones. Sentía que sus padres habían aprovechado el aprecio que la familia del Campo sentía por ellos para casarla con Daniel, un terrateniente de pueblo que iba a dedicar su vida a cuidar vacas y sudar al sol.

Su educación le prohibía salirse del guion y tuvo que aceptar de mala gana su cambio radical. Al principio, intentó que sus amigas la visitasen, pero las vías de comunicación entre el valle y la capital eran casi inexistentes y poco a poco dejaron de ir a visitarla. Ella se sentía prisionera en aquella gran casa. Con la excusa de visitar a sus padres, ya mayores y enfermos, se ausentaba mucho de la hacienda y de los cuidados de su hija. Daniel no se atrevía a decirle nada, temía discutir constantemente con ella delante de la niña. Aceptaba muy a su pesar las largas ausencias de Charlotte. Las cartas llegaban llenas de palabras cariñosas para él y algo escuetas para su hija. Contaba sus visitas y paseos matutinos con sus padres. Parecía ser feliz lejos de él y de la vida que Daniel había intentado crear para ella. Sin embargo, él la amaba casi con locura. Prefería mirar a otro lado y esperar con ansias todas las cartas. Él no dormía pensando cuándo se dignaría a volver a sus besos, a estar junto a él.

***

Una mañana cálida y fresca a la vez, Daniel decidió armarse de valor y hablar con aquella maestra tan hermosa y dulce que había hipnotizado y robado el corazón de su pequeña. Desde que la niña asistía a la escuela, él había observado un cambio significativo en su comportamiento. Por primera vez en mucho tiempo la veía sonreír y aquello significaba mucho para él. El rostro de aquella joven se había colado en sus pensamientos más profundos. Admiraba aquellos rasgos faciales armoniosos y la figura proporcionada. Soñaba con aquella sonrisa radiante, con aquellos ojos expresivos y la piel suave y luminosa. Era cierto que su belleza exterior le llamaba la atención, pero era su bondad interior lo que realmente admiraba. Karina era buena y virtuosa. Tenía un corazón generoso. Era amable y considerada, siempre dispuesta a ayudar y apoyar a quienes la rodeaban. Tenía una actitud positiva y contagiosa, y su presencia iluminaba cualquier lugar por donde anduviera. Daniel sabía que era una persona compasiva y comprensiva. Siempre buscaba el bienestar

de los demás. Era la mujer perfecta para recuperar la ilusión perdida.

Encontró a su hija y a Karina jugando en el jardín. Todos los demás niños se habían ido a casa.

—¡Papá, papá! ¡Has venido a buscarme!

Fátima, al verlo, salió corriendo a los brazos de su padre. Aquel simple gesto movió algo en el interior de Karina. Sin embargo, no quiso indagar el qué.

—Buenas tardes, señorita. —Dejó a la niña en el suelo y con algo de timidez saludó a la maestra.

—Buenas tardes. —Ella bajó la mirada impulsada por un reflejo. Un escalofrío le recorrió la espalda ante la presencia imponente de aquel apuesto y elegante hombre.

Tras aquellas primeras palabras protocolarias, ninguno dijo nada más y tras despedirse todos se marcharon. Daniel se sentía enfadado consigo mismo. Se sorprendió de su propia conducta. Se había sentido como un niño. Aquella profesora de la escuela rural, tan simple como bella, le había hipnotizado desde el primer momento y no sabía cómo reaccionar. Había logrado paralizarlo, bloquearlo.

Cuando llegaron a casa, se dirigió a su cuarto y no quiso cenar. Justina, la ama de llaves de la casa, quien llevaba muchos años con ellos, decidió ir a ver qué le pasaba.

—¿Le sucede algo, señor?

—¿Usted cree que alguna vez Charlotte realmente me quiso? —Tragó saliva esperando una cruel, pero verdadera, respuesta. Justina era una mujer seca, pero sincera con él.

—No sé a qué viene la pregunta ahora, señor. Yo creo que le amaba a su manera. Cada uno era distinto y ella nunca entendió el modo en que el señor hacía las cosas. Solo Dios sabe realmente lo que pasaba por aquella cabecita alocada. Disculpe mi atrevimiento, pero me tomo estas libertades porque lo conozco desde que era un mocoso y sé cómo es usted en su interior. Es usted un hombre amable, bondadoso, piadoso y buen cristiano. Toda su vida ha sido una persona que ha hecho lo imposible por complacer a los demás, y con la señora no iba a ser diferente. Ella no lo vio así.

—¿Cree que desde donde esté me odie por no haber entendido su

modo de amar, por haberla traído aquí, al fin del mundo; por alejarla egoístamente de su vida y sus comodidades?... Pero aquella mujer es tan buena, tan distinta, y quiere tanto a Fátima.

—No entiendo, señor, a lo que se refiere ahora. ¿Qué mujer?

—Conocí a una mujer.

—La profesora —dijo Justina tras encoger los hombros.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó con asombro.

—Su hija es una señorita lista y ha visto algo más allá. Todo el día habla de ella. Dice que es hermosa y simpática. —Ante el silencio de Daniel, prosiguió—: Si le gusta esa joven, no pierda la oportunidad de ser feliz. Nunca es tarde para recuperar la ilusión y usted es un hombre todavía joven y lleno de amor para dar. Dese la oportunidad de que alguien lo quiera y dé valor a tanto amor. Una mujer como Karina no se encuentra en la alta sociedad limeña. Es una mujer lista, trabajadora como la que más y quiere mucho a los niños de la escuela. No haga caso de las habladurías o de si hay diferencias sociales entre ustedes. Es obvio que no es blanca como la señora Charlotte, pero es más noble que muchas damas de alta sociedad que andan paseando sus pelos colorados. Si cree, señor, que ella puede ser una buena madre para su hija, no lo dude. La pobre niña necesita una madre que la acompañe y la guíe en el camino del Señor.

Aquella tarde, Daniel se acercó al pueblo a recibir a un ganadero de Arequipa. Mientras esperaba cerca de la iglesia vio a una mujer que caminaba rápidamente con unas bolsas en las manos: era Karina. La siguió mirando por un rato, con un cierto temor de acercarse; pero al verla con tantas bolsas, tuvo la necesidad de ir a ayudarla; un gesto de un caballero, como lo era él.

—Buenos días, señorita. Espero que se encuentre bien de salud. Me pregunto si necesita algún tipo de ayuda con las bolsas.

—Gracias, señor Del Campo. Es usted muy amable. Llego tarde a casa desde el mercado. Tengo que entregar estos panes a mi hermana y debo reconocer que me vendría bien su ayuda.

Los dos caminaron lentamente por la calle. Sus pasos arrastraban el polvo del camino y el calor los inundaba con una mezcla de sudor y nerviosismo. Se mantuvieron en silencio un rato. A pesar de ser un hombre frío y práctico para los negocios, ahora mismo sentía que no sabía qué decir. Con Charlotte, las cosas habían sido diferentes.

Fueron los padres de ella quienes entablaron amistad con él y todo fluyó más fácilmente debido al carácter extrovertido y dinámico de la joven. Karina le forzaba a hablar, a sentirse incómodo en los silencios, a avergonzarse de sí mismo. A sentirse patoso, violento con cada palabra. A no ser un hombre resuelto, como lo era cuando tenía que tratar con ganaderos o con sus propios empleados.

—Señor Del Campo, no tiene que preocuparse en acompañarme. El pueblo es pequeño y estoy cerca de casa. Creo que a partir de aquí iré sola.

Karina, por su parte, se sentía como una niña frente a un sueño hecho realidad. Se sentía confundida por las molestias que se tomaba Daniel, y sentía un hormigueo en las piernas. Temía que al hablar se le notase. Nunca había estado tan cerca de un hombre como Daniel, tan poderoso, tan imponente y tan extrañamente guapo.

Debido a su vida ajetreada tras la muerte de sus padres, solo había tenido tiempo de luchar por salir adelante, de cuidar a su hermana, de trabajar día a día. Nunca había imaginado atraer a algún hombre de aquella manera, siempre se sintió insignificante. Aquella timidez se reflejaba en sus andares, en cómo posaba los brazos en las bolsas, intentando esconderlos. Trataba de que Daniel no le viese las manos con callos y la piel tostada por el sol. Su pelo negro largo le refugiaba los ojos, que por el rabillo revisaban el traje de aquel misterioso hombre. Todo era tan nuevo, tan intensamente especial y distinto a lo que conocía.

—Buenos días, Karina. —María estaba barriendo la entrada donde vivían las dos hermanas. Sus padres les habían dejado un huerto con una granja llena de pollos y cerdos. La casucha, construida de adobe, se ubicaba en lo alto de un cerro. Eran unas simples chicas destinadas a vivir nada más que una vida de campo.

—Ella es mi hermana María.

—Mucho gusto —dijo Daniel mientras le daba la mano. María no dijo nada; sonrió fríamente y entró a la casa.

—Mi hermana es tímida con las visitas. Casi nunca nadie viene y menos un hombre tan elegante como usted.

—No tiene por qué disculparse. Es comprensible que reaccione así ante mi presencia. He sido yo quien la ha interrumpido. Tendría que ser yo quien se disculpase.

—Por favor, es usted bienvenido. Lamentablemente, como ve, somos personas humildes y nuestro hogar no se diferencia mucho de las otras casas de la zona. Seguro que usted está acostumbrado a ver moradas maravillosas y con todos los lujos.

—La belleza es de quien la sabe apreciar en lugares inimaginables. —Qué sensación de incomodidad, qué torpe se sentía. Trató de disimular su angustia y se despidió rápidamente de Karina, quien se quedó sorprendida ante aquella acción tan brusca de Daniel.

—¿Ya se ha ido aquel hombre tan elegante? —dijo María al ver entrar a su hermana. Aunque el tono era irónico, su hermana no se dio cuenta.

—Creo que algo lo ha espantado. No sé, de repente estaba ahí mirándome, tenía un brillo en la mirada, tenía algo especial. No sé qué es, hermana mía, pero creo que me he enamorado de ese hombre.

—No puedes estar hablando en serio, Karina. Ese hombre es el dueño de medio pueblo, incluso de tu colegio. Un hombre así de rico, blanco, y que habrá viajado mucho, no se puede fijar en una persona como tú o como yo. Dos pobres campesinas, huérfanas, sin nada en la vida, que solo sobreviven y subsisten. ¿No te das cuenta de que la diferencia de razas nos separa más que la diferencia de clases?

Karina notó el tono amargo de su hermana. María había cambiado tanto desde la muerte de sus padres… Había pasado de ser una niña feliz y alegre que jugaba saltando los charcos de la lluvia de verano a ser una mujer que arrastraba los pies en aquellos mismos charcos. La enfermedad había acabado con su ilusión por la vida y el amor. Karina estaba siendo testigo de cómo su hermana se rendía ante la vida. La fatiga se había apoderado de su cuerpo y una tos persistente siempre amenazaba con destruir cualquier momento. María sufría en silencio su calvario. Nunca recuperó su peso y los dolores de cabeza la acechaban constantemente.

¿Acaso aquello era lo que quería para ella misma? ¿Acaso su vida también se estaba apagando, se estaba consumiendo entre el trabajo y la lucha por sobrevivir? Karina se empezó a replantear su propia existencia.

Karina nunca había sido una niña que se rindiera fácilmente. Había logrado salir adelante. Durante la enfermedad de sus padres, estuvo ahí cuidando de ellos hasta el final; nunca se paró a pensar. Nunca se dio la oportunidad de pensar lo que ella quería; y era Daniel del

Campo quien había abierto en ella una brecha en su caparazón.

El dolor supuraba todavía por sus venas, pero la vida siempre se abría paso. Los niños del colegio la habían salvado de caer, de hundirse como María. Los niños eran su salvación y a pesar de aquella ilusión hacia Daniel, tenía que dejar atrás sentimientos que nunca serían correspondidos y seguir adelante por ella y por su hermana.

Los días transcurrían con aparente normalidad, aunque en los corazones de los dos ya nada era igual. Daniel empezó a sentir un extraño sentimiento de culpa, de traición hacia su mujer. Se volvió más huraño, se refugió en su trabajo y mandaba al chófer a por la niña al cole. Evitaba reencontrarse con Karina. ¿Qué era lo que le había hecho aquella mujer con sus pocas palabras, con sus ojos negro azabache y sus largos cabellos oscuros? ¿Qué era lo que sentía si ni siquiera sabía algo de ella? Amaba tanto a Charlotte, la seguía amando dentro de su ser. Nunca había superado aquella pérdida tan repentina. Su corazón, también amurallado, sufría los silencios del salón, los vestidos arrinconados en el armario. Y el olor de las flores en las ventanas que ya nadie ponía. Dentro de su ser sabía que tenía que superar aquella muerte, tenía que seguir. ¿Y si Karina era la persona correcta para olvidar aquella desgracia? Su hija crecía sin una madre, sin una figura femenina que la ayudase a ser ella misma; él no era capaz de educar en algunas cuestiones a su hija. Los años pasaban y ahora que ya no era un bebé, quería vestidos largos, nuevos zapatos y lazos en el pelo. ¿Qué sabía él de lazos en el pelo o de flores o de la alegría?

Daniel sentía que todavía amaba a su esposa, pero ¿podría en algún momento pasar página, superar aquel dolor y por fin entender que el pasado, pasado es? Se sintió el peor hombre de la Tierra, pero ya no podía seguir viviendo de un recuerdo lejano, tenía que pensar en su felicidad y quizás aquel amor fresco y puro hacia Karina era lo que él necesitaba. Meditó mucho sobre su situación, sobre si realmente una joven campesina era la correcta, pero había algo en su mirada. Desde que la vio aquel día en el colegio, sintió como si el tiempo se parase. Aquella imagen de ella sonriendo a los niños. Aquel cabello largo que ondeaba con el aire y ese vestido verde sacudido por las manitos de los niños le hipnotizaba. Tan solo el recuerdo de aquella tela al viento y el amor infantil por su profesora superaba de vez en cuando su dolor. Una sonrisa, ligera pero intensa, asomaba de vez en cuando.

Fátima era una niña reservada frente a su padre, pero intuía que algo le ocurría. Lo veía más distante, aunque no triste. Más feliz, pero más callado. Ella soñaba con su madre todas las noches. Por las mañanas,

recordaba su olor a aquel perfume de flores que le enviaban desde la capital. Su sonrisa ligera y fresca que se asomaba por la ventana. Pero ¿por qué no recordaba una mirada cómplice, unas palabras dulces o un saludo cariñoso? Ella era pequeña y sentía que su madre era la mujer más bella del mundo, aunque también distante. La veía como quien observa un cuadro maravillado por su sutileza y delicadeza en los trazos, pero a la vez lleno de misterio y lejanía. Un cuadro maravilloso, sin embargo, distante.

Karina había llenado aquel vacío en su pecho por el amor maternal. Era cariñosa, gentil y todos los días recordaba su olor tras un abrazo. No era el perfume de jazmín de su madre, pero aquel olor a pan recién hecho, a flores silvestres, era algo más valioso que todos los perfumes caros del mundo.

Pasaron los meses y las primeras vacaciones llegaron. Fátima no quería dejar de ver tanto tiempo a su querida profesora. Las fiestas de la independencia estaban cerca y la niña le pidió que la visitase pasadas esas celebraciones. Karina sentía un gran aprecio por ella, pero no quería volver a ver a Daniel. Había sentido algo por aquel hombre y no se iba de su mente ese extraño sentimiento; así que prefería evitarlo y seguir con su vida. No le dijo nada a la pequeña, no quería romperle la ilusión.

Karina y su hermana tuvieron mucho trabajo en la víspera de las fiestas. Junto con la gente del pueblo iban a organizar un gran desfile y regalarían presentes a los niños más pobres, así que tenían que trabajar mucho y buscar gente que las ayudase.

Uno de aquellos intensos días, mientras preparaban los desfiles para las fiestas nacionales, se encontró a Daniel en el pueblo. Él, junto con otros hacendados, también colaboraban dando dinero y alimentos necesarios para las fiestas. Pero aquella ocasión algo había cambiado, alguien había alterado sus planes y sentimientos.

—Buenos días, señorita Flores.

—Buenos días, señor Del Campo. ¿Cómo está su hija?

—Ella está bien, solo que la extraña mucho. Me enteré de que Fátima, dentro de su inocencia, había solicitado que asistiesen su hermana y usted a la casa para los festejos propios de la época. —Su nerviosismo era evidente y Daniel no encontraba otra manera de pedirle a Karina que asistiese a su casa y así estar más tiempo juntos y gozar de su compañía.

Karina se quedó en silencio, pues en el fondo deseaba ver a la niña… y sobre todo estar junto a él.

—Señorita, no me ha respondido. ¿Qué le digo a mi hija?

—Discúlpeme con Fátima. Tengo que estar con mi hermana, así como usted tiene que estar con su familia. Será mejor que no vaya.

—Le estoy diciendo que su hermana también puede venir.

—No he terminado de hablar. Tengo que estar aquí en el pueblo, no creo que sea correcto pasar las fiestas con ustedes. No sé. —Se encogió de hombros.

—Si esa es su respuesta, está bien. No voy a insistir más. Buenos días —Daniel dijo aquellas palabras en un tono enfadado y, sin esperar que ella se despidiese, se retiró.

Karina estaba asombrada por el comportamiento de él, se sentía mal por haberle respondido tan fría y duramente, pero era la mejor excusa que tenía. No quería volver a verlo, era lo mejor.

Cuando llegó a la casa, le contó todo a María.

—¿Le has dicho que no? Hubiésemos pasado unas fiestas rodeadas de lujo y comodidades, lo que nunca hemos tenido.

—El dinero y toda aquella pompa no son nada en comparación de la vergüenza que sentiría al no estar a la altura de las circunstancias.

—Va a ser difícil que no lo veas de nuevo, acuérdate de que su hija estudia en tu colegio.

Karina se quedó pensando en lo que su hermana le decía. Era cierto que tenía que volver a verlo, así que no le quedaba otra que tomar fuerzas de donde sea y tratar de olvidarlo.

—Igual no nos corresponde ir a aquella cena. No somos ricos y ellos, sí. El señor la pasará con su familia, así como nosotras lo pasaremos en el pueblo con todos y se acabó el asunto.

—Pero Karina, nosotras dos siempre estamos solas. Comemos lo primero que encontramos y gastamos casi todo lo que ganamos en los niños. Creo que nos merecemos algo mejor. Aunque sea hazlo por mí. —María alzó un poco el tono. No quería herir a su hermana, pero a veces sentía la terrible necesidad de hacer algo, de cambiar algo.

Temía envejecer en aquel lugar y morir de algún modo terrible. Su pobreza le impedía un mejor tratamiento para su dolencia y aquella oportunidad le daría la esperanza de una mejor calidad de vida.

—Si tanto te preocupa la comida, ya está. Cogeré unas monedas para la cena y compraremos algo mejor. ¿Contenta?

—Intento decirte otra cosa. Sabes que tienes la oportunidad que muchas mujeres quisieran tener. Un hombre rico como el señor Daniel del Campo está interesado en una mujer pobre e insignificante como tú.

—No digas eso, sabes que yo seré pobre y humilde, pero soy decente. Mis valores y mi moral valen más que el dinero y las joyas de aquellas mujeres blancas tan ricas de la capital. —Frunció el ceño.

—Perdóname, no fue mi intención ofenderte. Quiero que te des cuenta de que aquel hombre está interesado en ti y no como tú piensas. Y aunque lo niegues, yo sé que tú también estás enamorada de él, pero como quieras… Estás perdiendo la oportunidad de tu vida. Ya no te voy a decir nada, ahora me iré, si me disculpas.

Karina ya no quería pelear más con su hermana y menos pensar en Daniel, así que se fue a dormir. Al sentir el golpe de la puerta de su hermana, María salió y sin hacer ruido se fue a la calle.

Quería respirar, sentía que tenía que respirar. Su vida podía dar un giro inesperado por esta situación. Sus miserias, su dolor y su enfermedad podrían desaparecer y su hermana no lo veía. Siempre había envidiado aquella pasividad de Karina, aquella tranquilidad para arreglar los problemas. Pero en el fondo, le molestaba la falta de empatía hacia ella, aquel egoísmo. María nunca se había recuperado después de enfermar. Su salud a partir de entonces siempre fue delicada. El médico no le dio muchas esperanzas de salir con vida de aquella dura enfermedad, pero ahí estaba y ahora tenía vida, pero qué vida. Una vida llena de molestias mal curadas, de cansancios inesperados, de dolores constantes de cabeza y de una certeza casi absoluta de que nunca sería madre. Encima, la pobreza las acompañaba: les faltaba comida, mantas en invierno y descanso reparador. Todo aquello hacía mella en su interior. Cómo deseaba los lujos de las blancas de la capital, pasear en carruajes, lucir ropas bonitas y caminar junto a un elegante señor como el señor Del Campo. Y ahí estaba su hermana, la bella, la buena y la más estúpida por no querer aprovechar la invitación, porque no era usual que un hombre como aquel hacendado, rico y poderoso, se fijase en alguien tan pobre

como Karina. Tenía que hablar con él, aunque pareciera un gesto desesperado. No iba a perder la oportunidad de cambiar la pobreza y por fin dormir en una cama decente y pasear orgullosa por Lima, aquella ciudad dorada, llena de luces y carros, con mujeres elegantes que paseaban del brazo de refinados caballeros con copa y sombrero. Ver, por fin, los escaparates de las tiendas y tomar el té en alguna pastelería del centro. Caminar por el jirón de la Unión y llegar lentamente a admirar la plaza de Armas. Contemplar la catedral y cómo la plaza se une con las calles aledañas. Descubrir su fascinante historia y pasear de la mano de algún muchacho para terminar disfrutando de los jardines y las fuentes de la zona.

Abrió los ojos tras unos segundos de soñar, y a pesar del dolor de las piernas quiso cometer una locura. Puede que no llegase, pero tenía que intentarlo; hablaría con él, lo haría por su hermana y por ella. Karina algún día se lo agradecería.

No le costó mucho encontrar la hacienda. Era la única de la zona y su gran casa se divisaba desde todo el pueblo. Llegó lentamente por el camino de piedra que separaba su mundo para encontrarse con otro más imponente. El ruido había desaparecido y la recibieron unos grandes álamos que se extendían a lo largo de un camino recto que llevaba a la casa.

La hacienda se alzaba al final del camino, a la sombra de majestuosos árboles. Sus blancas paredes reflejaban la luz del sol. Las ventanas, cerradas para evitar que el polvo o el calor se adentrasen en las estancias, eran de una madera oscura y tosca. Los tejados de color ocre saludaban desde su privilegiada ubicación. María se adentró, maravillada y extasiada por aquello. Caminó poco a poco, disfrutando del mugido de las vacas y divisando los grandes campos de cultivo de algodón, una extensa llanura de tierra abierta bajo un cielo azul despejado. A medida que se adentraba en el paisaje, veía filas interminables de plantas de algodón extendiéndose en todas las direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Las plantas se alzaban en altura, con sus tallos rectos y delgados cubiertos por hojas verdes y lanceoladas, flores de color blanco y otras con tonos rosados o amarillentos. El paisaje se animaba con la presencia de agricultores que se ocupaban de las tareas relacionadas con el cuidado de los cultivos. Los veía caminando entre las filas de algodón, inspeccionando las plantas, realizando la cosecha o realizando labores de riego y cuidado.

El paisaje estaba impregnado de una sensación de serenidad y conexión con la naturaleza. María escuchaba el susurro del viento

mientras acariciaba suavemente las hojas de algodón y sentía la suave textura de las fibras al pasar entre sus dedos. El aroma fresco y limpio del algodón en crecimiento impregnaba el aire, creando una experiencia sensorial única.

El señor Del Campo era el principal productor de la zona. También poseía vacas, que habían ganado diversos premios por su leche. En fiestas, siempre degustaban de aquella deliciosa leche fresca, pero María pensaba que aquel disfrute fugaz no era suficiente.

Una vez ahí, el mayordomo le abrió. La miró despectivamente.

—Señorita, si está buscando trabajo, estas no son horas. Mañana por la mañana la atenderá una de las sirvientas por la otra puerta.

—No, no estoy buscando trabajo. Vengo a hablar con el señor Del Campo. Soy la hermana de la profesora de la niña Fátima —titubeó, pero al final se armó de valor.

—Voy a ver si la puede atender.

María se sintió más tranquila cuando el mayordomo se fue, pues no le gustó nada la forma como la había tratado. Pero ella estaba ahí por una razón y no se iba a ir sin antes hablar con Daniel.

Alfredo, el mayordomo, volvió y le pidió que entrase. Se dirigieron al despacho del patrón. Ahí estaba esperándola Daniel, sentado en la silla cerca del escritorio, un mueble robusto y elegante hecho de madera sólida, con un acabado cuidadosamente pulido que resaltaba las vetas naturales y el tono cálido del material.

—Buenas noches, señorita. Usted debe de ser María.

—Sí, soy yo. Le pido perdón por la hora. Pero tengo que hablar con usted.

—No es ninguna molestia. Al contrario, me alegra verla. Siéntese, por favor.

—Gracias. —María se sentó en la silla al otro lado de la mesa—. Yo he venido, en primer lugar, a pedirle que disculpe el terrible comportamiento de mi hermana. Sé que usted nos invitó a cenar y se lo agradezco de todo corazón. Mi hermana ha sido descortés con usted.

—A pesar de todo, yo la comprendo. Me he enterado de que ustedes

ayudan mucho a los niños más necesitados del pueblo y aquello les demandará un tiempo considerable. Su hermana me contó que para estas fechas preparan algo especial para ellos.

—Sí, es cierto que hacemos muchas actividades para ellos, salvo que a estas horas ya no los vemos. Todos las pasamos con nuestras respectivas familias. Mi hermana ha sido descortés con usted y vengo a disculpar su comportamiento. Me contó que rechazó una invitación a cenar que le había hecho y creo que no fue justa. Lo que quiero decirle —empezó a titubear, algo nerviosa— es que la comprenda. Ella nunca antes había pasado por esta situación y no sabe cómo reaccionar. Desde que mis padres fallecieron, solo nos hemos dedicado a tratar de sobrevivir y ayudar a los demás. Sobre todo, ella se ha dedicado a estar conmigo.

—La invitación sigue en pie y me encantaría que vinieran las dos el día de mañana por la noche. Espero que su hermana esté de acuerdo y venga.

—Aquí estaremos. —María estaba decidida a todo. Lo poco que vio de la casa al entrar era demasiado bueno para que no aceptase la invitación.

Los dos sonrieron con miradas cómplices.

Aquella misma noche, María fue al cuarto de Karina y le contó su encuentro con Daniel. Ya se imaginaba cómo iba a reaccionar su hermana.

—¿Has hecho qué? Primero, me parece una inconciencia tuya salir a esta hora de la noche; sabes lo delicada que estás. Segundo, que no debiste haber ido a ver a aquel señor. No entiendo por qué lo hiciste.

Se sentía nerviosa, molesta y defraudada con la reacción de María. Se puso a caminar por el cuarto a ver si así se tranquilizaba, pero en aquel momento llamaron a la puerta.

Karina decidió ir a ver quién podía ser a esa hora. Cuando abrió y vio a Daniel con una rosa en la mano, sus rodillas empezaron a temblar y se quedó sin saber qué decir.

—He venido a pedirle personalmente que acepte mi invitación a cenar. No voy a aceptar un no por respuesta.

—Veo que es usted insistente cuando se lo propone. Hasta ha logrado que mi hermana le apoye y casi arriesgue su vida en intentarlo.

Aceptaré la invitación solo por las molestias que se ha tomado mi hermana en todo este asunto.

—¿Salimos a caminar un rato?

Ella cerró la puerta y se fueron a caminar por los alrededores de la estancia. No hablaron durante un buen rato. Ella, avergonzada, sentía que había expuesto demasiado sus sentimientos. En cambio, Daniel notaba la atracción, aquel impulso que lo había levantado del sofá tras la conversación con María y le había llevado ahí. Ese empuje juvenil lo había activado esta sencilla mujer de campo, y, por primera vez en mucho tiempo, no sintió el pesar ni la culpa por traicionar la memoria de su mujer.

Pasearon por un camino empedrado, cerca de unas vacas que mugían. Karina pensó ese sonido rompería aquel angustioso silencio; un tema intrascendente y simple para no sentirse como una niña frente a un hombre como Daniel.

—Me fascina ver lo simple que puede ser para los animales el tema del amor. En cambio, para nosotros es todo tan complicado. Los animales son tan diferentes.

—¿Nunca pensó en casarse?

—Nunca fue una prioridad. Llevo trabajando desde que mis padres fallecieron y cuidando de mi hermana, quien está enferma. No tengo tiempo de nada y menos para enamorarme.

—¿Es usted la hermana mayor?

—Sí, tenía tres años cuando María nació.

—¿Cómo murieron sus padres?

—Cuando yo tenía diecisiete años, cayeron enfermos junto con mi hermana en la terrible epidemia de gripe que azotó la zona. El médico no les dio ninguna esperanza de vida, solo mi hermana se salvó. Fue un milagro de Dios que yo no enfermase y así salir adelante junto a mi hermana. Temía perderla a ella también.

—Perdóneme la impertinencia, no debí hacerle recordar temas tan delicados.

—No se preocupe, son cosas del pasado. Debo agradecer a mi tía que vive en los Estados Unidos, pues ella me ayudó con el funeral y con mi

hermana. Pero tienes razón, no hablemos de cosas tristes. Cuénteme algo de su vida.

—Mi historia es algo diferente de la suya, pero no es tan idílica como se espera. Mi padre era alcohólico y distante conmigo. Murió por culpa de su vicio. Mi madre vive en Europa hace ya muchos años. Solo me escribe cuando necesita algo de mí. No tengo hermanos, soy hijo único; así que heredé todas estas tierras, las vacas, el azúcar, todo. Fue duro, al principio. Yo crecí lejos de todo esto. Mis padres llevaban muchos años separados.

»Mi padre vivía aquí y administraba los negocios y nos enviaba dinero a Lima para nuestros gastos. Realmente, nunca lo llegué a conocer como un padre. Solo nos llegaba el sobre con el dinero, y cuando venía a la ciudad, sus fiestas eran el calvario de mi madre. Las borracheras eran algo normal en mi familia.

Siempre me sentí solo, hasta que apareció Charlotte en mi vida y todo cambió. Ella era tan alegre, siempre estaba feliz y se reía de todo. Le encantaba montar a caballo y en las mañanas se ponía a hablar con los pajaritos, cosa que no entendía. Me hacía reír tanto. Yo suelo ser más serio o seco, pero así me quería ella. La amaba tanto.

—¿Qué pasó? Perdóneme. No debo...

—El barco donde ella viajaba tuvo un terrible accidente —interrumpió él—. Su cuerpo nunca lo encontraron. La búsqueda fue exhaustiva. Todo fue inútil.

—Siento mucho escuchar eso. Me da mucha pena por Fátima, perder a una madre es duro para una niña.

—Cada vez que le menciono a su madre, me dice que no se acuerda mucho. Sé que le duele hablar del tema. —No dijo nada más, en el fondo sabía que la relación de Fátima con su madre no era lo idílico que Karina creía, pero no era el momento de hablar de aquello.

—Pobre, es una niña encantadora —comentó.

—Me cuesta creer que nunca haya tenido algún pretendiente. Es usted una gran mujer. Buena, amable y bondadosa. —Bajó la mirada al hacer aquella pregunta inoportuna. Se sintió enfadado consigo mismo por su impertinencia.

—El problema también está en la clase social. Los hombres buscan entrar en un círculo más alto y no se van a casar con pueblerinas

pobres como nosotras. Buscan mujeres bellas y ricas.

—¿Por qué dice que no es bella? —susurró.

Karina se sonrojó.

—Lo que pasa es que estoy todo el día trabajando y no tengo tiempo de arreglarme.

—Usted es una mujer realmente bella y más radiante que muchas mujeres de la «alta sociedad» que nunca han trabajado en su vida. Su belleza es natural y su bondad se refleja en cada acto que hace. Esa cualidad no la tiene cualquiera.

—Le agradezco el cumplido.

—Regresemos a la casa, ya es tarde y no me parece que una dama esté fuera a estas horas.

Cuando llegaron a la puerta, los dos se sentían nerviosos. La conversación que habían tenido los había compenetrado más.

—Gracias por la flor, es un bonito detalle.

—¿Puede pasar mi chófer mañana por ustedes?

—Estaremos listas —dijo Karina con una sonrisa tímida—. Buenas noches.

—Buenas noches.

***

A la noche siguiente, Alfredo, el chófer de Daniel, pasó a recogerlas. María se sentía ilusionada con el paseo en carruaje. En cambio, Karina no dejaba de pensar en Daniel y aquello la tenía nerviosa. No consiguió disfrutar del paseo como lo hizo su hermana. Su estómago le daba vueltas y a veces sentía que se mareaba por el movimiento que hacían los caballos al pasar por los caminos arenosos y llenos de pequeñas piedras que dificultaban el andar.

Les costó mucho saber qué ponerse. Realmente no tenían nada elegante para ir a cenar a la casa de un hacendado. Rescataron

algunos viejos vestidos que usaba su madre para ir a la iglesia y con unos retoques quedaron bien, aunque demasiado sencillos para el gusto de María.

Daniel, impaciente, no dejaba de dar vueltas en círculos en la entrada de la casa. Se sentía ansioso y el calor sofocante del atardecer todavía se reflejaba en sus sudadas manos. Fátima esperaba a su lado y disfrutaba mucho al ver a su padre tan nervioso. Nunca lo había visto así, ni cuando venía algún señor de aquellos importantes de la capital. Le hacía gracia el comportamiento que mostraba con su profesora, el cual era muy diferente del que tenía con aquellas señoras tan estiradas de la ciudad. Ella quería mucho a Karina, deseaba tanto tenerla como madre... Su inocencia no entendía de clases y solo quería que su padre fuese feliz.

El carruaje apareció de entre los álamos. Dentro viajaban dos muchachas sencillas e inocentes que estaban a punto de cambiar sus vidas para siempre. Karina sintió como el corazón se le salía del pecho al ver a Daniel esperándola, esperando por ella; a ella, que era una simple profesora, una simple pueblerina. Su felicidad era absoluta.

Daniel la cogió de la mano para ayudarla a bajar y sus ojos se encontraron entre risas nerviosas y manos sudorosas. La casa principal estaba rodeada de un jardín amplio y cuidado. El recibidor era amplio y espacioso. Muebles rústicos decoraban la estancia. Una gran chimenea se alzaba en la zona de estar junto con algunos sofás amplios y decorados con telas típicas de la zona. Los tonos rojos y azules contrastaban con la madera oscura y robusta. Desde un lateral asomaban los fogones de leña, y el olor a comida bañaba la habitación dando una sensación de hogar.

El estilo colonial español, con muros gruesos y ventanas con rejas de hierro forjado, era muy representativo. Ella contemplaba el patio interior y los balcones adornados, los techos de tejas de arcilla, el suelo de madera y pinturas al óleo que daban la impresión de espiar con una mirada curiosa. Fuera también se alzaba muy cerca una capilla con su altar modesto y tallado a mano con simples y delicadas imágenes religiosas. Karina respiró, intentando así capturar en su mente todo aquello que se alzaba frente a ella.

—¿Les gusta el piano? —Daniel quiso romper el silencio—. Es un antiguo recuerdo de su madre. Cuando se fue a Europa, decidimos con Charlotte que aquí daría vida a la casa. Y debo reconocer que es lo primero en lo que se fijan los invitados cuando vienen a vernos. Fátima está aprendiendo a tocarlo. Aunque todavía necesita algo de

práctica, creo que lo hace mejor que yo. —Una risa floja llena de nerviosismo lo traicionó.

Aquel gesto le sorprendió a Karina, quien solo había visto un lado frío y lejano de Daniel. Aquel lado infantil y unas miradas cómplices con su hija le enseñaron un hombre tierno con su hija.

Pasaron al comedor y la gran mesa de madera oscura y redonda los estaba esperando con manjares que ellas jamás imaginaron probar. María no dejaba de maravillarse y de reír con cada nuevo plato que veía. Se la pasó conversando con Fátima casi toda la velada sobre los platos y las comidas. A Fátima le hacía mucha gracia cómo María se sorprendía de cada cosa y se la pasaron riendo toda la velada.

Aquella complicidad le pareció a Daniel la excusa perfecta para quedarse a solas con Karina y le pidió a su hija que le enseñase el resto de la casa a María. Aquel era el momento ideal para que ellos se quedasen a solas y así conversar con mayor naturalidad.

—¿Te gusta la música? —le preguntó Daniel con la voz entrecortada.

—Sí, me encanta. Siempre me gustó. Lamentablemente, no tenemos acceso a la música con la que quizás usted esté más familiarizado; aunque la banda del pueblo, cuando nos visita, interpreta de maravilla típicas canciones andinas que nos alegran mucho. Es maravilloso disfrutar de nuestra música. Igualmente me encantaría escuchar la música europea que gusta tanto en la capital.

—Yo sé algo de piano, aunque no soy un experto. ¿Te gustaría que tocase algo para ti?

—Me encantaría.

Mientras tocaba, él sintió unas ganas enormes de besarla. Tenía miedo de su reacción, pero era algo que tenía que hacer; así que dejó de tocar y se levantó bruscamente de la silla. La miró, pálido. Un temblor le subía por las piernas. Karina le preguntó si le sucedía algo. Él la cogió por la cintura y tras algunas dudas se atrevió a darle un beso apasionado en la boca.

Aquel beso se fundió en el interior de los dos. El tiempo se había detenido. El silencio los cubría. La noche los alumbraba. Las estrellas, testigos de aquella pasión, titilaban a lo lejos.

Escucharon que María y Fátima se estaban acercando. La niña se sentía cansada y quería despedirse de todos para irse a dormir, así que

trataron de disimular lo más que pudieron, pero ellas dos se dieron cuenta de que algo había pasado.

Alfredo dejó en su casa a las hermanas. Karina no pronunció ni una palabra durante el corto trayecto. Sentía que le corazón se le iba a salir del pecho y temía arruinar el momento maravilloso con cualquier banalidad.

Al día siguiente, temprano en la mañana, Daniel fue a declarar su amor a Karina. Sabía que era el momento exacto.

—Vine porque quería saber algo y la angustia me está matando.

—¿Qué es lo que sucede? —Karina no había dormido nada la noche anterior y la visita de Daniel la puso aún más nerviosa.

—Quiero que sepas que te aprecio mucho y que en este tiempo me has hecho sentir algo fuerte dentro de mí que creía haber perdido. Me he dado cuenta de que eres la persona más maravillosa y bondadosa que conozco. Vengo aquí a decirte todo esto y sin esperar nada a cambio, pues trataré de entender si me rechazas.

—Te agradezco tus palabras, son las que siempre quise escuchar. Pero —una sensación extraña le recorrió el cuerpo— no quiero ser el reemplazo de nadie. Tengo miedo de no llenar el vacío que ella dejó. Yo vi en tus ojos el amor que todavía sientes por ella, lo vi la otra noche que conversamos. Yo no debo aceptar este sentimiento si no estás realmente enamorado de mí.

—¿Cómo crees eso? Yo nunca te haría una cosa así. Lo que estoy sintiendo es algo tan real como que tú y yo estemos ahora aquí. No vas a reemplazar a nadie; y sí, reconozco que amé profundamente a Charlotte. Pero aquello forma parte de mi pasado. Traté inútilmente de negar mi amor por ti, traté de luchar contra este sentimiento, pero me pregunté por qué tenía que hacerlo. Yo quiero ser feliz a tu lado, quiero que seas parte de mi futuro. Yo solo —respiró profundamente — quiero pedirte que seas mi esposa. Karina, ¿quieres casarte conmigo?

Karina intentó contener las lágrimas. Se sentía la mujer más feliz del mundo. Su amor por Daniel era inmenso y ahora estaría con él para siempre para ser feliz a su lado.

Capítulo 2

Era el verano de 1900. La boda se realizó en la capilla de la hacienda. Iba a ser una ceremonia en la más estricta intimidad, pero Karina le pidió a Daniel que el pueblo también formase parte de aquella fiesta y de las celebraciones posteriores.

El obispo de Lima se desplazó desde la capital para oficiar la ceremonia. Su presencia era sumamente importante, ya que se casaba un gran señor terrateniente. En la capilla estilo europeo no cabía casi nadie. Todos querían asistir a aquel histórico momento: un hacendado se casaba con una «plebeya» y la felicidad del lugar era tan grande como la de los novios.

Karina no quería imitar a la moda de llevar vestido negro que muchas mujeres decidieron llevar como señal de luto tras la pérdida en la guerra contra Chile. Ella quería una entrada a la iglesia llena de paz, y el blanco era el color adecuado que conjuntaba con sus emociones más internas. Los mejores modistas se habían trasladado a la hacienda para confeccionarle el vestido. Le mostraron bocetos de diseñadores europeos con telas como la seda o el encaje. Ella se abrumaba con todo aquello y prefirió un diseño más sencillo. En su interior, seguía sintiendo que no se merecía tanto en tan poco tiempo.

Karina se sentía tan feliz. Todos sus sueños se estaban haciendo realidad. Se casaba con un hombre bueno y ganaba el cariño de una hija como Fátima. Eran una verdadera familia y parecía que nada iba a estropear aquello.

Los balcones de los edificios cercanos a la plaza principal del pueblo se llenaron de flores de todos los colores. Daniel había mandado a pintar las paredes deterioradas por la brisa del mar. Se habían arreglado los jardines y colocado farolillos en todas las farolas de la zona cercana a la hacienda. Todo tenía que estar perfecto. Una gran fiesta se iba a celebrar tras la ceremonia religiosa.

El sol iluminaba la capilla con una tenue luz y las flores colocadas en los sencillos bancos proyectaban sus sombras en el camino de madera, como danzantes extasiados. La novia caminaba con gracia y elegancia por el pasillo decorado. Su rostro reflejaba una mezcla de nerviosismo

y alegría mientras caminaba hacia el altar. En sus ojos brillantes se veían la emoción y el amor. Justo frente a ella, lleno de orgullo y pasión, estaba Daniel, cuyo corazón latía con fuerza mientras la esperaba ansiosamente. La miraba con asombro y admiración, maravillado por su belleza. Sus miradas se encontraron en un gesto silencioso de amor y complicidad.

El deslumbrante y sencillo vestido blanco llevaba una cola que caía como una cascada al suelo, adornado con detalles exquisitos y encajes finos que realzaban su belleza natural.

Daniel amaba locamente a Karina. Ella había llenado el vacío que su esposa había dejado tras su muerte. Estaba contento de ver feliz a su hija, quien por fin tenía una madre y alguien a quien seguir y respetar.

La boda fue una fiesta llena de colores, del bullicio de los habitantes del pueblo y de las risas de los niños paseando y corriendo libres. Todo era júbilo y alegría.

Fátima, desde el banco, vibraba ante el privilegio de ayudar a María a acomodar el velo de su futura nueva madre. Aquella que había sido su profesora querida ahora sería la persona que le enseñaría las cosas importantes de la vida. Un punto de dolor se mezclaba con su dicha al recordar a su madre. Pesaba en ella una gran pena e incluso vergüenza por no visualizar su rostro. Había olvidado las facciones de su madre y un sonrojo le recorría el interior. Sin embargo, ante la mirada cálida de María y la dulce sonrisa de Karina, todo quedaba en un segundo plano. Su gozo era inmenso y aquello era lo que realmente importaba.

Tras el rito religioso y la celebración que se alargó hasta bien entrada la madrugada, se apagaron las antorchas, se guardaron las zambombas y las quenas para dar paso al silencio. Una paz distinta, llena de ecos de los bailes, de las risas y de los juegos. El pueblo guardaba aquella imagen dentro de sus recuerdos y en una habitación iluminada por la luz de la luna se fundía el amor entre los dos amantes ya casados.

***

María se quedó al cuidado de la pequeña Fátima mientras los enamorados disfrutaban de un maravilloso viaje a Francia. Partiendo desde un puerto del Callao, donde cogieron el transatlántico que se dirigiría hacia el oeste, navegando a lo largo de la costa del Pacífico

peruano. Durante los primeros días del viaje, se disfrutaba de las impresionantes vistas de las montañas de los Andes. Karina observaba extasiada cómo el barco se alejaba de la costa y se dirigiría hacia el oeste, adentrándose en el vasto océano Pacífico. Aquí se hallaban aguas generalmente tranquilas, aunque con olas grandes y condiciones climáticas desafiantes.

Después de navegar por el Pacífico durante varias semanas, el transatlántico llegó al canal de Panamá. En aquel entonces, el canal aún no estaba construido, por lo que el barco tenía que realizar una travesía por tierra sobre rieles a través del istmo de Panamá para llegar al Caribe. Esta parte del viaje intrigaba mucho tanto a Karina como al resto de pasajeros primerizos como ella. Aquello le divertía a Daniel, quien ya había realizado esa travesía en otras ocasiones. Se maravillaba al ver la cara de su mujer ante la asombrosa ingeniería que suponía transportar el barco a través de esclusas y vías férreas.

La siguiente etapa del viaje sería cruzar el Atlántico hacia el norte, en dirección a Europa. Durante aquel trayecto, se experimentaron diversas condiciones climáticas, desde aguas tranquilas hasta tormentas atlánticas. Sin embargo, los transatlánticos de vapor estaban diseñados para ser resistentes y estables en el mar, brindando una travesía segura y confortable.

Finalmente, después de varias semanas de navegación, los novios llegaron a su destino final: Burdeos. Fueron recibidos por el encanto y la elegancia de la cultura francesa, con sus calles adoquinadas, cafés acogedores y magníficos monumentos históricos.

Aquel viaje había sido una aventura inolvidable, llena de paisajes asombrosos, encuentros con personas de diferentes culturas y la emoción de cruzar el océano en un majestuoso barco a vapor.

***

La vida de María había cambiado radicalmente a raíz de la boda de su hermana. Ahora vivía en una gran casa, rodeada de toda aquella riqueza que tanto había anhelado desde su camastro en la montaña.

Una de aquellas tardes salió a caminar sin imaginar el extraño acontecimiento que estaba a punto de sucederle. Al principio, dudaba si lo que veía era una persona al otro lado del camino. Al acercarse,

observó mejor. Se trataba una mujer vestida de negro que llevaba en la mano un bastón. La mujer caminó con gran dificultad hacia María. Su mirada parecía esconder turbación y malestar.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere? ¿Tiene algún problema? ¿Necesita ayuda? —María no dejaba de preguntar a pesar de la negativa de la mujer a hablar. La joven se sintió confusa y un miedo recorrió su espalda. Aquella mujer le daba eso, miedo. No le sonaba del pueblo y aquello la inquietó aún más.

La mujer, en silencio, se dio media vuelta y se alejó poco a poco. Saltaba a la vista que le costaba caminar y que apoyaba todo su peso en el bastón.

María regresó a la casa consternada por lo que acababa de pasar. ¿Quién era aquella extraña que le había dado tantos escalofríos?

***

Karina no dejaba de sentirse extasiada por aquellos lugares mágicos por los que viajaba. Burdeos con su encanto inigualable la recibía entre elegantes edificios, magníficos viñedos y sus valles bañados por el majestuoso río Garona. Los edificios de piedra dorada y sus tejados de tejas rojas daban la impresión de ser una paleta de colores cálidos que brillaban bajo el suave sol.

El viaje desde Burdeos a París fue un recorrido mágico a través de los hermosos paisajes de Francia, que la transportaban a un mundo de ensueño lleno de encanto y diversidad.

Desde Burdeos, la carretera se desplegaba como un lienzo pintado por la madre naturaleza. A medida que avanzaban hacia el norte, los viñedos ondulantes de la región de Aquitania daban el paso a campos verdes y exuberantes, donde los colores danzaban al ritmo de las estaciones. Suaves cerros cubiertos de vides y campos dorados salpicaban el paisaje como si fueran extensiones de la paleta de un artista inspirado.

Continuando el viaje, se adentraron en la región del Loira, con sus impresionantes castillos. A lo largo del camino, una sucesión de ellos se alzaban imponentes en medio de la naturaleza. Sus reflejos en las tranquilas aguas creaban postales de cuento de hadas que

transportaban a Karina a épocas pasadas de realeza y caballeros.

Conforme se iban aproximando a París, el paisaje se transformaba nuevamente. Los bosques de robles y hayas asemejaban tejer un tapiz verde que abrazaba la carretera, proporcionando una sensación de serenidad y misterio. Los ríos y arroyos serpenteantes fluían en armonía con la naturaleza circundante, creando paisajes idílicos que invitaban a la pareja a la reflexión y la contemplación.

Y entonces, como una sorpresa encantadora, apareció la emblemática campiña francesa, con sus pintorescos pueblos de casas de piedra y tejados de pizarra. Aquellos pequeños tesoros escondidos entre los campos añadían un toque de autenticidad y calidez a la travesía, haciéndolos sentir como si estuvieran en un cuadro.

Finalmente, llegaron a París, la Ciudad de la Luz, que se alzaba majestuosa a orillas del río Sena. Aquí, el paisaje urbano cobraba vida con los elegantes bulevares arbolados y la arquitectura impresionante que los transportaba a un mundo de romance y sofisticación.

París, la ciudad del amor, se alzaba como un sueño hecho realidad para Karina. Un lienzo donde los corazones enamorados pintaban su historia. Con un encanto atemporal que trasciende el tiempo, sus calles empedradas invitaban a la pareja a perderse en un laberinto de pasiones y emociones.

Los cafés y bistrós, con sus mesas al aire libre, eran escenarios perfectos para el amor. Entre risas y miradas cómplices, Daniel y Karina se unían en el dulce sabor de un café caliente por las mañanas y de vinos por la tarde. La arquitectura, con su estilo elegante y romántico, adornaba cada esquina con detalles cautivadores, susurrando cuentos de pasados romances.

En el Jardín de las Tullerías, los enamorados paseaban entre la exuberante vegetación mientras los rayos del sol se colaban entre las hojas creando un escenario de ensueño para jurar su amor eterno. La catedral de Notre Dame, con su imponente belleza gótica, parecía proteger las promesas de amor que se entrelazaban bajo su imponente presencia.

Por las noches, los puentes sobre el Sena se iluminaban, simulando destellos de estrellas en el río. Los carruseles y los paseos en bote, bajo la luz de la luna, hacían que el corazón de la joven peruana vibrara con una emoción embriagadora.

París era una sinfonía de amor. Y así, en medio del encanto de esta

ciudad eterna, el amor encontró su hogar, escribiendo una historia única.

La pareja gozaba de una felicidad extraordinaria. Karina vivía como en un sueño al conocer tantos lugares bonitos y nuevos para ella. Un sueño. El viaje en el transatlántico había sido un poco pesado y todos los trayectos en carruaje la habían cansado mucho. Pero ahora intentaba relajarse y disfrutar de aquella maravillosa ciudad.

—¿Te gusta el lugar, mi amor? —le preguntó Daniel.

—Sí, me encanta. No puedo creer todavía todo lo que me está pasando. Gracias por estar junto a mí, gracias por hacerme tan feliz.

—Querida, tú eres lo mejor que me ha podido pasar en todos estos años de soledad. No tienes nada que agradecerme; soy yo el que te debo de dar las gracias por hacerme tan dichoso. —Le dio un beso en la mano lleno de fervor—. Esta noche un gran amigo mío nos ha invitado a una celebración que va a hacer en su residencia, cerca de Versalles. Seguramente esté presente toda la clase alta de París y no seremos los únicos que no asistamos a tal evento social. París es una ciudad cosmopolita y mucha gente viaja a Latinoamérica para hacer negocios. Tengo grandes amigos franceses que me estiman y están ilusionados con verme y con conocerte. Lástima que mi madre esté actualmente en Sevilla. Me hubiese gustado que la conocieras. Me siento mal por su descortesía hacia tu persona.

—Querido, no te preocupes; ya habrá otras oportunidades.

Daniel no quiso empeñar la felicidad de su mujer, pero había tenido muchas discusiones por carta con su madre por haberse casado con una mujer de clase baja y de raza indigna, según su madre. Ahora no era el momento de tocar aquellos temas, así que se lo ocultó a su mujer. Ya tendría tiempo de convencer a su madre de que Karina era una mujer extraordinaria y una gran madre para Fátima.

Aquella noche Karina estaba radiante. Llevaba puesto un vestido color blanco con las mangas abullonadas que le resaltaban el cabello negro azabache; las mejillas rojas brillaban bajo la luz de la luna.

—Creo que para ese vestido hace falta una joya tan espectacular como tú —le dijo Daniel mientras sacaba de su bolsillo una caja con un collar de perlas.

—Es precioso, Daniel. Es más de lo que yo jamás hubiese podido imaginar. Todo esto parece un sueño. Un sueño del que no quiero

despertar.

Al llegar a la fiesta, Karina se sintió un poco nerviosa. Nunca antes había asistido a un lugar tan elegante. El palacete era de una belleza infinita y una gran riqueza en sus murales; sus techos de adobe, con pinturas llenas de alegorías de dioses griegos, una delicia para la vista. Karina no dejaba de asombrarse de lo diferente que era Europa para los peruanos, y mucho más para una simple profesora de pueblo rural.

La mansión ocupaba todo un valle y los jardines se repartían por los lados, como abrazándola, como imponiendo sus dominios. El palacio donde se celebró la recepción era una obra maestra arquitectónica que encarnaba el esplendor y la opulencia de la época. Aquel magnífico edificio, situado en medio de exuberantes jardines, era un testimonio del estilo y el refinamiento francés.

La fachada del lugar era impresionante, con una combinación de estilos arquitectónicos que creaban una apariencia majestuosa y armoniosa. Las columnas adornaban la entrada principal, mientras que esculturas finamente detalladas decoraban las cornisas y los frontones. Grandes ventanales con intrincados diseños permitían que la luz natural inundase los espacios interiores, resaltando la belleza de cada rincón. Unos camareros uniformados con chaquetas negras impolutas recibían a los invitados en la entrada entre columnas blancas que recordaban el Partenón, en Grecia.

Una vez dentro, todos hablaban alegremente en un idioma casi inentendible para Karina, pero su asombro por la elegancia de las lámparas de cristal que colgaban del gran salón y el poder admirar la belleza de los tocados y los vestidos de las grandes señoras la distraían de cualquier otra cosa. El francés no era una lengua fácil de hablar y estuvo un rato un poco incómoda, no solo por el idioma, sino por las miradas de intriga y a la vez de fascinación que parecía tener la gente por su exótica belleza. La piel morena y sus grandes ojos negros contrastaban con los ojos azules y los cabellos dorados de la mayoría de aquella gente. Ella era el centro de atención y Daniel presumía de tener a la mujer más bella de todo el salón. Su belleza exótica, los ojos achinados, la nariz más pronunciada de lo normal para una dama eran la comidilla, algo que intimidaba a Karina. Nunca había estado en aquella situación y sentirse un mono en una feria la incomodaba muchísimo.

Fue en aquel momento, en aquel preciso instante, cuando la vida de Karina cambiaría para siempre. Si Daniel hubiese sabido lo que aquella fiesta significaría para los dos, probablemente no hubiesen

ido. Pero el destino sabe lo que hace y nunca hay que cuestionarlo.

Karina se sintió un poco incómoda ante la insistente mirada de un hombre al otro lado de la habitación. Su porte reflejaba una personalidad alocada y apasionada. Una mirada distinta a las demás la penetraba. Sentía que la estaba desnudando de tal forma que la hizo ruborizar. El corazón le empezó a latir rápidamente cuando vio que aquel misterioso caballero se les estaba acercando. ¡Cuál fue su asombro al escuchar no solo que hablaba español, sino que conocía perfectamente a Daniel! Quizás más de lo que ella hubiese deseado.

—¿Daniel del Campo?

—¡No lo puedo creer! Pero si es mi amigo Edward Wood. —Los dos se abrazaron y se saludaron después de mucho tiempo sin verse.

—¿Cómo estás? Por lo que veo, muy bien acompañado.

—Ella es mi esposa, la señora Del Campo.

—Es un placer, señora. —Se acercó y le dio un beso en la mano sin dejar de mirarla, cosa que hizo que ella se sonrojase y se estremeciese.

Karina se quedó sin palabras. Ni cuando conoció a Daniel tuvo aquella sensación de no saber qué decir o qué hacer. Estaba impresionada por aquel joven de mirada penetrante. El pelo oscuro le llegaba hasta los hombros y no le importaba llevarlo suelto. Un rebelde. Era un hombre dinámico, conversador e inteligente.

El anfitrión de la fiesta y su esposa se acercaron a saludarlos y Karina sintió alivio gracias a aquella interrupción. La señora Bernadotte, anfitriona de la velada, quedó impactada con la belleza juvenil de Karina y se la llevó para que conociese a algunas otras señoras de la alta sociedad europea que la veían como una muñequita india más que como una dama. La pobre trataba de entender a aquellas damas, pero su francés era casi inexistente. Daniel le había dado alguna que otra clase del idioma, pero aun así no era nada fácil seguir a aquellas señoras.

A pesar de sentirse deslumbrada por todo en aquella fiesta, junto a su marido, su mente estaba en aquel hombre. Al parecer estaba casado, porque lo acompañaba una dama guapa y elegante quien prácticamente no se separó de él en toda la velada. Lo vio bailar y disfrutar como nadie de la fiesta, parecía el alma de esta. Reía tan alto que contagiaba a todo el mundo y Daniel parecía otra persona a su lado, más risueño y suelto que de costumbre.

Daniel era una persona especial y se manejaba tan bien en aquellos lugares. Hablaba perfectamente tanto el francés como el inglés o el español. Karina estaba fascinada con su inteligencia y su desparpajo. Aunque Daniel se había dado cuenta de que su mujer se había quedado impresionada con su amigo, en ese momento no le dio importancia. Se acercó a ella y la sacó a bailar.

—Daniel, no soy una gran bailarina —le dijo mientras se acercaban a la pista de baile.

Bailaron cerca de Edward y de aquella hermosa dama, lo cual puso mucho más nerviosa a Karina, quien le pidió a su esposo que dejasen de bailar, pues no se sentía bien.

—Estás pálida, será mejor que regresemos al hotel para que descanses de tanto ajetreo.

—Perdóname, mi amor. No quería arruinarte la fiesta —le dijo ella una vez en el carruaje.

—No tienes de qué preocuparte. Además, ya me estaba cansando de conversar con los viejos conservadores franceses que no aceptan la revolución como parte de su historia.

***

A la tarde siguiente, salieron a caminar por la plaza de la Ópera, un majestuoso monumento diseñado exclusivamente para ser admirado dando largos paseos. Después de visitar la famosa tienda de arte de Adolphe Goupil y comprar algunos recuerdos para María y Fátima, decidieron comer en uno de los elegantes restaurantes ubicados en la plaza.

—¿Quieres algo en especial o pido algo para los dos?

—Pide tú, yo no sé nada de comida francesa.

En aquel momento, Daniel vio que caminaban, por la acera de adoquines, Edward y la misma dama que lo acompañaba la noche anterior, así que hizo una seña para que se acercasen a conversar y, si ellos quisiesen, comer todos juntos.

—¡Mi querido Daniel del Campo! Realmente es una sorpresa encontrarte por aquí. Al parecer, París no es una ciudad tan grande como dicen.

—¿Por qué no comen con nosotros? A mí y a Karina nos encantaría; aunque espero que nos presentes a tu acompañante.

—Veo que no te acuerdas de mí, Daniel. Soy Anne. Un poco ruborizada, salió de detrás de la espalda de su hermano para estrechar la mano de su amigo.

—¡Dios mío! ¡¿Cómo pude hacerte tremendo desaire?! Estás hermosa, Anne. Hacía muchos años que no te veía.

—Lo que pasa es que crecí. —Todos se rieron mientras se sentaban—. Tú debes de ser la esposa de Daniel. Mi hermano me comentó lo hermosa que eras, pero creo que su comentario se quedó corto. ¿Eres limeña?

—Sí, lo soy. ¿Ustedes de dónde son? Hablan muy bien el español y el otro día en la fiesta vi que hablaban también perfectamente el francés. En cambio, yo me sentí tan incómoda intentando entender a aquellas damas que me hablaban y hablaban en francés.

—Nosotros somos ingleses. Tuve una infancia muy feliz en Perú. Ya cuando crecí tuve que volver a Inglaterra a estudiar en un colegio privado. No sabes cómo odiaba aquel colegio. —Se rio.

Anne era tan hermosa y alegre como su hermano, solo que físicamente no se parecían mucho. Ella tenía el pelo de color rubio y ondulado.

—Debe de pensar, señora Del Campo, lo poco que nos parecemos. Yo creo que ella sacó la elegancia y belleza de mi madre, mientras que yo saqué la fealdad de mi padre.

—Querida, yo conocí a Edward cuando él apenas era un chiquillo confundido y sin carácter. En aquella época, sus padres habían logrado una concesión del ferrocarril peruano, y establecieron una compañía llamada Peruvian Corporation para implantar y mejorar las líneas férreas del país. Habían decidido pasar una larga temporada en Lima y lo inscribieron en el internado, donde lo conocí. El cambio de ciudad, cultura e idioma fueron un gran choque para él y eso influyó mucho en su forma de ver el mundo y de comportarse.

—Así es. Por otro lado, no voy a dejar pasar el comentario de si era un chiquillo tímido, cosa que ni afirmo ni desmiento. Mi español al llegar

al colegio era realmente malo y me costaba relacionarme con los niños limeños. Y mi amigo Daniel fue el único que tuvo la paciencia para enseñarme todo lo relacionado con la cultura milenaria del país y su maravillosa gente. —Habló sin dejar de mirar a Karina, quien se ruborizó y bajó la mirada.

—¿Te acuerdas de aquella vez que te salvé del padre del chico aquel, Lázaro?

—Cómo me voy a olvidar de aquello. Ese señor me quería matar por el simple hecho de haber golpeado a su hijo en el colegio. Había estado mal hablando sobre mi hermana tras unos bailes organizados por la embajada inglesa para la integración entre los jóvenes de la zona.

Los dos contaban emocionados todas sus anécdotas. Karina trataba de disimular sus miradas furtivas a Edward, pero él siempre se daba cuenta y la contemplaba de un modo misterioso y seductor.

Aquella noche ella no quiso hablar con Daniel y prefirió irse a dormir. Él, por su parte, no entendía el comportamiento tan extraño de su mujer. Creyó que quizás el lugar no le gustaba o que sentía melancolía al recordar a su hermana María.

A ella le costaba conciliar el sueño, no dejaba de pensar en aquel hombre. Algo dentro de ella había cambiado. No comprendía este torbellino de sentimientos, no entendía ese ardor que le crecía en el pecho. Ya no quería permanecer por más tiempo en aquel lugar, quería regresar a su casa y vivir una vida tranquila junto a su esposo y su nueva familia. No fue necesario que ella dijese algo, Daniel le comentó en el desayuno que había notado un cambio en ella.

—Querida, me he dado cuenta que no te sientes cómoda en este lugar, así que creo que deberíamos irnos.

—Tienes razón, yo estaba pensando en decírtelo. No es el lugar, todo es maravilloso. Es solo que el cambio es grande y no estoy acostumbrada. Podemos regresar cuando quieras. Tampoco quiero que nos vayamos sin terminar de ver esta preciosa ciudad y entiendo que tu madre llega dentro de unos días. Sería un desaire no verla ni conocerla. Quizás simplemente estoy más cansada de lo normal. Todas estas fiestas…, esto es algo tan diferente a lo que conozco.

—Tienes razón. Mi madre, por fin, ha decidido venir. Parece ser que le han llegado rumores sobre lo bien que te comportaste en las distintas recepciones y quiere ver por sí misma a tan magnífica mujer; pero también quería proponerte algo ahora que veo que quizás es solo

cansancio, como tú dices. Es cierto que Charlotte también hizo el mismo viaje y ella lo disfrutó de otra manera. Quizás simplemente no me doy cuenta de que lo más probable es que todo esto sea demasiado para ti. A ver qué te parece esta idea. Ayer recibí una carta, a ver qué te parece. —Sacó de su bolsillo un sobre un poco arrugado y se lo dio a Karina. Ella se revolvió en su silla tras la comparación con Charlotte. No era la primera vez que Daniel la mencionaba y aquello empezaba a ser algo que la incomodaba mucho.

Al ver el sello de la familia Woods, palideció. Trató de disimular su nerviosismo y abrió lentamente la carta:

Queridos señores Del Campo:

Ante todo, los saludo cordialmente y esperamos que su estancia aquí en París sea de su agrado. Mi hermano y yo estamos partiendo estos días hacia Inglaterra, nuestro hogar.

Queremos hacerles presente lo mucho que nos alegró haber pasado una tarde tan hermosa ayer y sobre todo recordar viejos tiempos en nuestro otro querido país. Es por todo aquello que queremos invitarlos a los dos a nuestra residencia en la campiña. Nos encantaría, si es posible, que pudiesen pasar una hermosa temporada como nuestros invitados de honor.

Deseamos que consideren esta propuesta y nos contesten con un afirmativo, el cual estamos ansiosos de recibir.

Les escribe y saluda,

Atte.

Anne Woods

Karina no contuvo su sorpresa y soltó la carta, que cayó en el suelo. Se levantó de la mesa y empezó a caminar por toda la habitación con una particular excitación. No sabía qué hacer, no tenía excusa para no aceptar. Daniel se sentía intrigado ante aquella actitud de su mujer, pero prefirió no pensar mucho en ello. Al parecer, el destino estaba

empezando a mover sus piezas.

—Karina, cariño, ¿te sucede algo?

—No, no me pasa nada. Solo estaba un poco distraída.

—¿Qué opinas? Sabes que no puedo rechazar la invitación. Creo que Inglaterra te va a gustar y esta época, verano, es la mejor para ir. Sería espléndido cambiar de aires y visitar un lugar precioso y acogedor.

—Donde tú vayas, yo iré —dijo desde las pocas fuerzas que le quedaban. No creía que ese lugar la tranquilizara, pero tenía que aceptar lo que su marido le pedía—. Igualmente sería conveniente esperar la visita de tu madre y, si así lo prefieres, viajar a Inglaterra antes de volver a casa. No podemos dejar pasar la oportunidad de seguir descubriendo este maravilloso continente.

—Con Charlotte no tuvimos aquella oportunidad, así que creo que será algo solo nuestro.

***

La señora Teresa del Campo, seria y seca, tras el fallecimiento de su marido había decidido tomarse la vida con otra filosofía. Viajaba por toda Europa gozando de los placeres de las diversas culturas. Se había comprado una hacienda en el sur de España, donde pasaba largas temporadas. Aquella fue una excusa perfecta para no asistir a la boda de Daniel, quien lo era todo para ella y creía que no había mujer que pudiese hacerlo feliz. Temía por su felicidad, debido a que ella misma había sufrido por un marido alcohólico. Había visto las miradas de dolor y rabia de su hijo cuando tenían que irse de las fiestas con su padre tan borracho que no podía caminar. Había tenido que aguantar a la cerrada sociedad limeña sus comentarios y sus negativas a aceptarla tras la separación. Tuvo que sufrir el aislamiento y la crueldad de los chismes y miradas de desprecio. Recuperó las esperanzas con la alianza de su hijo y Charlotte. Sabía que se trataba de una mujer inteligente, guapa y, sobre todo, la puerta de vuelta por todo lo alto a la sociedad limeña. Sabía que aquella boda acallaría rumores infundados y a partir de ahí volvió a ser aceptada en los altos círculos de aquella hipócrita sociedad. Pero el tiempo y la muerte accidentada de su nuera la hicieron dura y fría. Su vida empezó a ser insoportable y decidió que lo mejor era huir, salir de aquel lugar para

buscar su propio camino y felicidad.

Ahora, con su nueva vida era feliz, pero su instinto de madre la alertó de que quizás su hijo no estaba tomando las decisiones acertadas al enamorarse de una chica de raza inferior. Dudaba de si aquella muchacha realmente amaba a su hijo o si solo estaba con él por el dinero y los lujos que por otro lado quizás nunca hubiese llegado a tener.

Cuando supo que viajaban a París, no quiso verlos. Quería tomarse el tiempo para meditar la forma de hablar a su nueva nuera y no herir los sentimientos de su hijo. Así que, tras meditar largamente en su casa de Sevilla, decidió que era la hora de enfrentarse a la realidad que su hijo había construido.

Tras un viaje agotador en carruaje y tren, doña Teresa llegó agotada y decidió irse a dormir; ya al día siguiente hablaría con su hijo y nuera.

Karina se sintió un poco incómoda con la mirada que le dio su suegra al bajar del carruaje. Su saludo fue frío y distante; así que esperaría a la mañana para poder presentarse e intentar convencer a su suegra de que ella era todo lo que Daniel necesitaba… Aunque dentro, en el fondo, como un bichito pequeño y diminuto, se alojaba un pensamiento, un sentimiento y una mirada intensa difícil de olvidar. Su futuro viaje a Londres le impedía disfrutar del momento y había eclipsado la nueva incorporación a la casa.

A la mañana siguiente, doña Teresa decidió no ir a desayunar junto a su hijo y lo mandó llamar para mediodía. Daniel sabía que su madre era impertinente y maleducada. Se armó de paciencia y no dijo nada a Karina durante el desayuno. Daniel intuía, por las evasivas de Karina, así como su distracción de sus últimos días, que la llegada de su madre le imponía mucho respeto.

Dejó a su esposa leyendo un rato en la biblioteca y fue a ver a su madre a su habitación. Doña Teresa se encontraba de pie junto a la ventana y una sirvienta le estaba terminando de acomodar el vestido.

—Mercy, Cloe. —Su francés había mejorado con los años en París; pero a pesar de aquella palabra cortés, con una simple mirada apartó rápidamente a la pobre chica, que salió casi sin mirar a Daniel.

—Madre, buenos días. Veo que tampoco estás tan cansada del viaje. —La ironía era propia de Daniel para calmar una situación incómoda.

—Buenos días serán para ti. Y buenas tardes, noches, días. Veo que no

te bastaba con divertirte un rato con la campesina. Pero casarte… ya fue demasiado. Cuando me enteré de que había ciertos rumores en la sociedad limeña de que estabas enamorado de una... —se trabó al intentar decir una palabra sin herir a su hijo— de aquel colegio de pueblo. Es increíble. Al principio, creí que se trataba de habladurías de viejas ricas chismosas que no tienen nada más que hacer después de tomar el té. Me parecía hasta normal que quisieras divertirte un rato. Entiendo que un hombre solo, guapo y de tu posición no quiera dejar de distraerse y las mujeres del campo son bastante agradecidas. Recuerdo cómo se cuchicheaban entre ellas los deslices de tu padre. En fin, pero de ahí a casarte.

—Bueno, veo que has tenido mucho tiempo para meditar tu discurso.

—No seas sarcástico, Daniel. No seas como tu padre y no intentes evadir la pregunta. ¿Por qué te has casado con esta indígena?

—Madre —bajó la mirada un segundo para coger aire—, no puedo negar que al inicio tuve mis dudas sobre las intenciones de Karina. Sabía perfectamente que ella no era de clase alta, como lo era Charlotte; ni de mi color; pero su mirada era tan pura y sus palabras tan sinceras… Tendrías que ver cómo quiere a Fátima y cómo la quieren en el pueblo. Es una mujer encantadora y bondadosa, seguramente más que todas las damas ricas de Lima. Llevaba tanto tiempo enfrascado en mi dolor, en mi pérdida, y fue ella quien me salvó. Ella es a quien le debo la vida, madre. A ella le debo mi felicidad y este renacer del amor que creía haber perdido. Soy inmensamente feliz a su lado.

—Hijo mío. Tú sabes la de veces que tuve que escuchar a alguna campesina que, llorando con algún mocoso en brazos, me juraba y perjuraba que amaba a tu padre. Por favor, aquella clase de indígenas no quieren nada aparte del dinero. Solo quieren hacerse un hijo y luego venir a reclamar un trozo del pastel. Todas se iban bien calladas tras recibir una cantidad y no volvían profesando amor al viejo nunca más. No creo que esta sea distinta. Estoy segura que en cuanto te dé un hijo o se aburra de los lujos que le das, te dejará. Recuerda mis palabras, Daniel. Te dejará.

Daniel salió del cuarto casi sin poder pronunciar una palabra más. Cerró la puerta con firmeza y se quedó apoyado intentando respirar y controlar lo que tanto quería gritar. Amaba a Karina, pero ¿acaso era posible lo que su madre decía? Ahora ese bichito se había apoderado de su alma. Un pequeño y molesto sentimiento de duda se había incrustado en su corazón. Es verdad que desde que llegaron a París,

Karina había cambiado. Estaba más distante, no parecía la misma chica simple y sencilla de campo que había conocido. ¿Sería posible? A pesar de lo que él pensaba de su esposa, su madre era una persona sumamente persuasiva y consiguió sembrar en su interior una semilla de duda.

Doña Teresa conocía a su hijo y era cuestión de tiempo que se diese cuenta de su error. Cuando conoció a Karina, no la sorprendió mucho su aspecto. Le parecía que a pesar de aquellos lujosos vestidos, era una vulgar indígena. Su aspecto la disgustaba y la comparaba con la belleza arrebatadora de Charlotte. A su lado, era flacucha y sin gracia; hablaba poco y no le gustaba su actitud pasiva.

Por su parte, Karina intentaba complacer a su suegra. Procuraba atenderla y escuchaba sus conversaciones con Daniel con mucho ánimo. Le gustaba oír sus historias sobre España, sus veladas en París; y su francés era tan perfecto. Era toda una señora y le imponía mucho respeto. Entendía sus desplantes y sus pocas miradas. No esperaba más a cambio, aunque ahora tenía tantas ganas de volver a su casa. Cada día eran más las ganas; las ansias la hacían viajar en sueños y muchas veces parecía ausente y distante. Recordaba a María, sus caminatas al colegio, sus vestidos sencillos llenos de tierra, el sol dorándole la piel; a los niños que reían en el patio e incluso a sus padres. A veces los veía en sueños; la miraban con amor y ternura, cosa que nunca vio en doña Teresa hacia Daniel.

Unos días después todo estaba listo para el viaje. El lunes partirían en tren para luego tomar un barco hacia Inglaterra.

Los días previos al viaje, Karina estuvo nerviosa e irritada. Pensó que aquello sería una prueba para ver cuánto quería a Daniel. La incómoda presencia de doña Teresa se volvió parte del estrés de la situación, y aunque este no mejoró con su partida, Karina se sintió un poco más aliviada sin su suegra. Lo más probable era que no la viera durante una larga temporada, ya que desde el puerto de Londres partirían directo a Perú.

Aquellas semanas de tanta tensión no mejoraron con el viaje. Las cosas empezaron a empeorar con el tiempo y cambiar de aires no hizo que aquellos bichitos instalados en sus corazones desaparecieran así, sin más, como si aquel mar bravo y furioso fuese parte de sus entrañas y la niebla que los esperaba en un puerto oscuro saliese de sus adentros.

Cuando llegaron a la estación del tren tras desembarcar, Anne los

estaba esperando.

—¡No saben el gusto que me da de verlos! Para mí es un placer enorme tenerlos aquí. Estoy segura de que Karina y yo seremos buenas amigas.

El coche partió con rumbo a la hacienda de los Wood, Private Road, con una pequeña mansión ubicada en un pueblo llamado Snowshill.

—Private Road significa ‘camino particular’. Se debe a que el abuelo de Anne quiso construir una casa siguiendo un camino por el que sus sentimientos lo guiaran —dijo Daniel mientras se acercaban al portón de la entrada de la gran casa.

Karina miró por la ventana del carruaje y quedó maravillada por lo que vio. Estaba un poco mareada del trajín del carruaje. El viaje en barco la había dejado exhausta, pero el recorrido en carruaje fue incluso peor, aunque es cierto que la conversación con Anne la ayudaba a mitigar los mareos.

El jardín era enorme y unos árboles los recibían hasta llegar a la casa. Formaban un gran manto por el que casi no entraba la luz. El carruaje pasó por un camino que conducía a una fuente de agua con una figura casi celestial del dios Neptuno. Una gran casa de color marrón con techos de dos aguas se alzaba. Karina admiraba la belleza de la campiña inglesa reflejada en sus cuidados jardines y sus elegantes casas de campo.

La casa en la campiña inglesa parecía como sacada de un cuento de hadas, con su encanto innegable y su apacible atmósfera, rodeada de prados verdes y ondulantes colinas. El tejado en tonos cálidos le otorgaban un aire nostálgico y tradicional, mientras que las enredaderas que trepaban por las paredes agregaban un toque romántico y campestre.

La fachada de la casa estaba pintada en tonos pastel, que se integraban perfectamente con el paisaje circundante. Las ventanas de guillotina con marcos de madera añeja aportaban un encanto rústico y permitían que la luz natural llenase cada rincón de la casa.

Al entrar, los recibió una sensación acogedora y cálida. El aroma a madera y a chimenea encendida llenaba el aire, brindando una sensación de confort y calidez. Los suelos de madera crujían suavemente bajo sus pies mientras se adentraban en el corazón de la casa.

Los muebles eran de estilo clásico y elegante, con detalles tallados a mano que aportaban una sensación de artesanía y tradición. Los sofás y sillas, tapizados en telas suaves y estampadas, invitaban a los recién llegados a relajarse y disfrutar de la tranquilidad del entorno.

Desde las ventanas, Karina disfrutaba de las vistas panorámicas de los campos verdes y las flores silvestres que crecían en el jardín. En el exterior, un patio empedrado con mesas y sillas invitaba a disfrutar de un té por la tarde o a contemplar el atardecer en compañía de familiares y amigos.

El jardín era un remanso de paz, con senderos serpenteantes que atravesaban coloridos macizos de flores y arbustos bien cuidados. Una pérgola cubierta de enredaderas creaba un rincón mágico, perfecto para descansar y disfrutar de la naturaleza.

—Espero que se sientan como en casa. Mi hermano me pidió que lo disculpasen, pues tenía que atender algunos asuntos. —Anne los hizo pasar y dejó que los sirvientes se encargasen del equipaje. El cuarto de huéspedes ya estaba listo y preparado para la pareja.

Cenaron y Karina decidió irse a descansar. Había sido un viaje pesado para ella y solo quería dormir.

—Eres un hombre sumamente afortunado, Daniel. Me alegro de que no hayas hecho caso de las habladurías de la gente y hayas seguido a tu corazón. Estoy segura de que te hará olvidar el mal rato y el dolor que pasaste por la muerte de Charlotte. Mi pobre y dulce niña; siempre la recordaré con aquella alegría tan única.

—Lo mismo digo yo, lo mismo.

***

A la mañana siguiente, cuando se despertaron y bajaron a desayunar, Edward los estaba esperando.

—Buenos días, mis queridos invitados. Espero que hayan pasado buena noche. Ante todo, quisiera que, por favor, me disculpen por mi ausencia el día de su llegada. Unos asuntos pendientes retrasaron mi vuelta a casa.

—No te preocupes, Edward. Tu hermana nos dio una excelente bienvenida.

—¡Cómo no iba a ser así! —Era Anne, quien muy temprano había salido a dar un paseo a caballo—. ¿Cómo estás, Karina?

—Muy bien, gracias por todo. —Tras decir aquello, sintió la mirada penetrante de Edward y trató de que Daniel no se diese cuenta.

Después de desayunar, Daniel y Edward se dirigieron al establo. Edward le había preparado una mañana de caza en las tierras de la propiedad y estaba ansioso de poder conversar con su amigo del alma. Anne se quedó en la terraza de la casa para tomar el té con Karina.

—¿Qué te ha parecido Europa? Has llegado en la mejor época, porque el frío es casi insoportable. —Anne se dio cuenta que su amiga no dejaba de mirar el establo.

—Es un sitio maravilloso. Lo que veo es que la gente es un poco fría; por supuesto, exceptuándolos a ustedes, que han sido muy amables con nosotros. Extraño mucho mi casa, a mis niños del colegio y, sobre todo, a mi hermana y a Fátima.

—¿Qué es exactamente lo que hacías?

—Era profesora de un colegio. Es algo que me llenaba mucho. Los niños son lo más puro que conozco.

—Me imagino lo grande que ya debe de estar Fátima. La última vez que la vi era todavía una bebé. Era tan linda y tan parecida a su madre. —Se quedó callada al darse cuenta de lo que había dicho. Así que, para cambiar un poco de ambiente, la invitó a ir al establo. Notaba cierto nerviosismo en su amiga y decidió ir a ver si los caballeros seguían ahí.

—Mira, Daniel, tenemos una grata sorpresa: las dos mujeres más hermosas de este lugar están aquí. Mi lady —dirigiéndose a Karina—, ¿sería tan amable de darnos su opinión sobre esta preciosa yegua que tenemos por aquí?

—Edward, no tienes que pedirle aquello a mi esposa. Ella no es conocedora de las yeguas inglesas y dudo mucho que te pueda dar una respuesta. Yo, la verdad, prefiero mis caballos, sin ofender. A ellos les tengo mucho cariño.

Karina se quedó un poco sorprendida de la actitud de su marido. Era

cierto que no conocía mucho de caballos, pero nunca antes Daniel la había hecho sentir tan ignorante delante de la gente.

—No estoy de acuerdo contigo. Yo creo que hay veces que las cosas que no son de uno interesan más. Y deseas poseerlas a como dé lugar, así tengas que enfrentar todo.

Karina supo que no estaba hablando de la yegua y se ruborizó. Deseaba irse de ese lugar lo antes posible, pero no sabía cómo pedírselo a su marido.

Aquella tarde, mientras descansaba, Daniel entró en el cuarto preocupado por ella. No la veía bien desde que habían llegado y quiso hablar con ella.

—Mi amor, ¿te sientes bien?. Anne me pidió que te dijese que vamos a tomar el té. Nos encantaría que estuvieses ahí, sobre todo a mí.

—No, anda tú. Hoy no me siento bien. Me duele la cabeza y quisiera descansar un rato. Por favor que me disculpen, dentro de un rato bajaré.

—Está bien, pediré disculpas en tu nombre, pero creo que, si estamos de invitados en una casa que no es nuestra, deberías de poner un poco más de tu parte por integrarte.

—¿Integrarme? No entiendo a qué viene este reclamo. Creo que tú solo te puedes valer e incluso responder por mí, como lo has hecho esta mañana en el establo.

—No sé a qué te refieres. Lo único que hago es intentar que nuestros anfitriones no se den cuenta de tu actitud tan pasiva y fría que tienes desde hace tiempo. Me esfuerzo por entender por qué estás siempre de mal humor o por qué casi no quieres que te... —Se quedó callado. Desde hacía tiempo no había intimado y aquello preocupaba mucho a Daniel. Tenía mucho miedo de que su madre tuviese razón, pero amaba tanto a Karina que prefería no decir nada y darle su espacio y su tiempo.

Karina no bajó en toda la tarde y, cuando Daniel entró, se hizo la dormida para evitar cualquier pregunta. Sin embargo, no lograba conciliar el sueño. No dejaba de pensar en el comentario inoportuno del caballero, que la hacía sentir confusa. Se levantó y trató de no despertar a su marido. Salió de la habitación sin hacer ruido y vio luz en la biblioteca. Era Edward. Se acercó y vio que él estaba escribiendo una carta. Cuando terminó salió al exterior de la casa. Karina lo

siguió, intrigada por su comportamiento.

Él se dirigió al establo, ella fue hasta ahí tratando de que no se diese cuenta de su presencia. Vio a través de la puerta que estaba fumando un cigarrillo. Al intentar retroceder y volver a la casa, tras sentirse un poco tonta por aquel arrebato, pisó algunas ramas sueltas que lograron atraer la atención de Edward.

—¡¿Quién anda ahí?! —El joven se sintió preocupado ante los ruidos.

Karina no sabía qué hacer. Corrió hasta un árbol y se escondió, esperando que él no la hubiese visto. Él se acercó lentamente y, al ver que era ella, no lo dudó e intentó detenerla cogiéndola del brazo.

—Mi señora, ¿qué hace usted a estas horas lejos de la casa? —La aproximó hacia él—. ¿Acaso quería ver a la yegua que vio en la mañana?

Ella trataba de soltarse, pero él no le hacía caso. La miró en silencio, los labios le temblaban. Ella se sentía mal. Los ojos se le llenaron de lágrimas y él la soltó. Karina no dijo nada, solo salió corriendo.

***

Al día siguiente, en el desayuno, Karina no pronunció una sola palabra e intentó no mirar a Edward.

—Daniel, me gustaría pedirte un gran favor —dijo Edward—. Dentro de un rato voy a salir a montar a caballo y no sé si pudiese ser que me acompañara tu esposa. En Perú, como sabes, no se encuentran tierras como estas y creo que es una gran oportunidad para ella de poder disfrutar de las vistas de la campiña inglesa.

A Karina se le heló el corazón. Aquella había sido una indiscreción y un atrevimiento no propio de un caballero, aunque fuera el mejor amigo de su marido. No era costumbre que las mujeres casadas saliesen a pasear solas con hombres que no fueran su marido. Aquello le turbó el alma, pero esperó la respuesta de Daniel.

—Si ella quiere ir, por qué no. ¿Qué dices, mi amor? ¿Quieres ir? —A Daniel le sorprendió el atrevimiento de su amigo de ir solo con su mujer, pero conocía demasiado bien a su amigo y sabía que aquellos

comentarios eran propios de él. No sospechó nada por parte de su amigo y mucho menos de su mujer. Su ceguera no le dejó ver lo que realmente estaba pasando.

—Acepto si tú vas.

—No puedo, querida. Tengo que escribir unas cartas a la hacienda. Llevo mucho tiempo fuera y necesito ponerme en contacto con el capataz para que me ponga al día de las noticias y me van a tomar toda la mañana. No tienes por qué preocuparte por mí, puedes ir sola.

—Vamos, Karina. Mi hermano no muerde —dijo Anne y todos se rieron.

—Bueno, yo me retiro —dijo Edward, mientras se levantaba de la mesa—. Le diré al caballerizo que prepare los caballos.

—Yo también me retiro, iré al escritorio a escribir mis cartas.

—Voy contigo. —Karina se fue con su marido al escritorio.

—Será mejor que te prepares para ir a cabalgar. Siento mucho lo de ayer, no fue mi intención hacerte sentir mal y sabes que tu opinión es importante para mí. No volveré a hacerte sentir menos delante de nadie. Perdóname, cariño mío.

Se besaron apasionadamente. Karina lo miró tristemente y salió de la biblioteca. Observó con cierto temor aquella impresionante cantidad de libros.

Edward la esperaba en la puerta de la entrada principal. Caminaron sin decir nada hasta el establo. Ahí estaba el caballerizo con los dos caballos ya preparados. Se montaron en silencio y Karina se sintió muy avergonzada ante las miradas indiscretas del caballerizo. Se arrepentía de aquella decisión y estuvo a punto de no subir al caballo. El hombre la ayudó a subir y los dos jinetes salieron al campo abierto.

La casa colindaba con un pequeño bosque propiedad de la familia Wood. El bosque, como un escenario de cuento de hadas, se extendía majestuosamente ante los ojos de Karina. Aquel era un lugar donde la naturaleza y la magia parecían entrelazarse en un baile armonioso, creando un ambiente encantado y misterioso.

Los árboles, altos y frondosos, se alzaban como guardianes centenarios. Sus ramas entrelazadas formaban un dosel verde que filtraba la luz del sol y creaban hermosos juegos de luces y sombras en

el suelo cubierto de hojas caídas. Entre las hojas se escondían delicadas flores silvestres que aportaban un toque de color a la paleta de verdes y marrones que dominaban el paisaje.

El aroma del bosque era embriagador, mezcla de tierra húmeda y musgo. El silencio, un tanto incómodo al principio, era a veces interrumpido únicamente por el suave murmullo del viento entre las hojas.

Un camino de tierra serpenteaba. A lo largo del recorrido, Karina admiraba los pequeños arroyos que cruzaban el camino, ofreciéndoles un lugar perfecto para detenerse y escuchar la melodía de la naturaleza.

—Mi lady, quiero que me cuente, ahora que estamos solos, por qué estaba sola a aquellas horas de la noche en el establo. ¿Acaso estaba espiándome?

—¿Cómo cree que lo voy a espiar, señor Wood? Es solo que no conseguía dormir y salí a dar una vuelta. Al ver la luz en el establo, me acerqué a ver quién era. Al escuchar su voz, me asusté; eso es todo.

—Resulta que no le creo. —Cogió las riendas del caballo de ella—. Yo creo que usted me estaba espiando. —Sonrió y le guiñó un ojo—. Yo la vi bajar aquellas escaleras y salí a propósito para ver qué hacía.

—Suelte el caballo, por favor.

—Esta vez no la soltaré. Puede que se pierda por los caminos. Es usted inexperta en la doma del caballo y creo que lo mejor es que yo lleve las riendas.

Karina trató de que la soltase, pero a la vez se sentía atraída por estar tan cerca de él. Olerlo, sentir su respiración.

—¡Suélteme y le prometo que no saldré corriendo! Está lastimando a mi caballo.

Él la soltó y ella se bajó rápidamente y se puso a llorar.

—No fue mi intención. Soy una bestia, ¿cómo he podido tratarla de ese modo? Ya no la voy a retener más, puede irse si quiere.

Karina se levantó del suelo y se secó las lágrimas. Caminó hasta la casa. No paraba de llorar y, a su pesar, su alma le gritaba que

regresase a sus brazos. Un fuego extraño se apoderaba de ella cuando veía aquellos ojos profundos. Sudaba al imaginarse sus manos entre las suyas, sus caderas cerca de ella. Pensó que lo mejor era irse lo antes posible. Algo dentro de ella estaba creciendo por Edward, se había enamorado de él y no sabía qué hacer. Quería que Daniel no existiese, que Edward no existiese. Ese amor era imposible y ella tenía que olvidarlo, tenía que hacerlo.

Las semanas pasaron sin ningún acontecimiento más. Edward decidió no volver a molestar a Karina, se sentía profundamente avergonzado por el modo como la había tratado. Para evitar malos ratos, casi no paraba en la casa. Ponía como pretexto negocios que atender, viajes que hacer.

Daniel no se enteró de lo que había sucedido días atrás. Notaba que su esposa se encontraba cada vez más rara. En cambio, Anne sí había notado que algo estaba sucediendo entre su hermano y Karina. Conocía a su hermano y, por su comportamiento, sospechaba que se había enamorado de la mujer de su amigo. Veía cómo la miraba, cómo suspiraba en silencio y cómo huía cuando estaba en su presencia. Se temía lo peor.

Poco a poco las cosas se calmaron y Edward se cansó de tantos viajes. Prefería quedarse en la biblioteca leyendo algún libro. Anne y Karina conversaban mucho y se volvieron íntimas amigas en aquel corto tiempo. Pero las cosas no iban a durar así por mucho tiempo.

Una noche en que se reunieron todos a cenar, después de mucho tiempo, Anne se puso a tocar el piano. Daniel estaba leyendo el periódico en un sofá cerca de la chimenea, pues el clima ya empezaba a cambiar. Karina estaba leyendo algunas cartas de su hermana.

—Tengo estupendas noticias. —Edward interrumpió a su hermana—. Me voy de viaje, a un sitio lejano.

—¿Adónde te vas, hermanito? Nuestros invitados acaban de llegar y sería muy descortés de tu parte irte en este momento.

—Recibí una carta de mi amigo, el señor Collins, que se encuentra ahora en los Estados Unidos y me pide que me reúna con él. Ha descubierto una mina de oro y quiere que invierta en su nueva aventura.

—¿Cuánto tiempo piensas irte?

—No sé, pero debo partir lo antes posible. Sé que mi amigo Daniel

entenderá. Igualmente, me quedaré unos días para animar a la joven pareja durante su estancia en nuestra casa familiar.

—Mi querido Edward, por nosotros no te preocupes. Tu hermana es una excelente anfitriona; además, nosotros partiremos de vuelta a casa en unas semanas más. —Karina se quedó un tanto sorprendida por la decisión de su marido, no le había dicho nada.

Brindaron todos por el viaje de Edward y le desearon que le fuera bien.

Daniel se retiró a descansar. Algo dentro de él lo perturbaba. ¿Acaso era posible que su esposa estuviese sintiendo algo por su mejor amigo? Aquello lo inquietaba. No quería perder a su esposa, la amaba demasiado. El viaje de Edward, en el fondo, le alegraba, ya no estaría cerca de Karina.

Ella, por su parte, se dirigió a la biblioteca a escribirle a su hermana anunciando su pronto retorno. Edward la siguió.

Al percatarse de su presencia, Karina quiso retirarse.

—Quiero disculparme con usted antes de irme. Fui un tonto al pensar que… —ella empezó a llorar—. No llores, por favor. Todo ha sido culpa mía. Aquel día, con el caballo, me comporté como un imbécil; es imperdonable cómo te traté. No pensé en las consecuencias de mis actos. Daniel es un gran amigo y yo soy un egoísta. Un ser despreciable sin corazón. Perdóneme, por favor, Karina. Perdóneme.

Ella no aguantó las lágrimas y lo abrazó. Un abrazo intenso que los llevó lejos de aquel lugar, un sitio donde solo estaban ellos dos.

—No te vayas —susurró Karina entre sus brazos. Ella misma estaba sorprendida de este acto tan impulsivo. La presión en su pecho era insoportable. ¿Qué era lo que sentía por aquel extraño, por aquel personaje casi indomable, tan distinto a Daniel? Su marido era un hombre sensato, educado, respetuoso y que había arriesgado todo por ella.

—Los dos sabemos que él la quiere mucho y sé que la va a cuidar. Me tranquiliza, porque sé que Daniel la hará feliz.

—Entonces, ¿cómo me quito este sentimiento, este amor? No sé qué haré, no podré mirar con los mismos ojos a Daniel. Él no se lo merece. Soy una persona horrible. Creí que estaba enamorada, creía que lo que sentía por él era incomparable. Pero ahora me veo aquí, ante usted,

con unos sentimientos que no puedo controlar. Una llama estalla en mi pecho y no puedo pararla; no sé cómo hacerlo, o simplemente no quiero. —Se separó de él.

—Siempre la recordaré como la mujer más hermosa que he conocido. Míreme a los ojos, quiero recordar su mirada.

En aquel momento, unos pasos se acercaban a la habitación; era Daniel.

—Mi amor, qué bueno verte —dijo ella mientras se secaba las lágrimas—. El señor Wood es un mal compañero de charla. Estábamos discutiendo sobre si la historia de Hamlet debió terminar tan cruelmente.

Daniel miró fríamente a su amigo, pero no hizo ningún comentario fuera de lugar. Se dedicó a responder a su esposa. Por dentro, los celos lo estaban matando. ¿Acaso había pasado algo antes de que él llegase? ¿Acaso su intuición tenía razón o era solo su miedo a no sufrir, a no perder de nuevo? La actitud de su mujer al verlo llegar había sido extraña. Parecía sobresaltada por algo que él no había descubierto. Los dos solos y con aquellos gestos extraños le dieron qué pensar; sin embargo, prefirió mirar a otro lado y no darle una mayor importancia.

Dos días después, Edward partió. Y unas semanas más tarde, Daniel y Karina regresaron a casa.

Capítulo 3

María y Fátima se alegraron mucho al verlos. Llevaban meses fuera de casa y ellas los extrañaban. Karina se sintió muy feliz al ver a su hermana, a la cual había necesitado mucho. Sentía que la tormenta había pasado, ahora estaba en su casa, en su pueblo natal y con sus seres queridos.

Daniel, por su parte, al ver mejor a su esposa, se tranquilizó. Solo el tiempo iba a calmar las cosas y la felicidad siempre los acompañaría. Su familia eran aquellas mujeres, nada podía salir mal, nada.

***

La cena era el único momento en que estaban todos reunidos, ya que Daniel trabajaba mucho y Karina estaba casi todo el tiempo en el pueblo, con los niños.

—¿Cómo has pasado el día, querida?

—Muy bien, solo me sorprendió una mujer que vi en el pueblo. Parecía una viuda y no dejaba de mirarme mientras pasaba cerca. Nunca la había visto y aquello me llamó la atención. Aquí somos muy pocos y no recuerdo aquel rostro. Parecía disgustada.

—No lo veo lo raro, sería una mujer del pueblo.

—Ahora que lo mencionan —los interrumpió María—, yo he visto a una mujer con las mismas características paseando por los alrededores de la casa.

—Eso sí me parece raro. Le diré a Alfredo que vaya con algunos empleados a revisar.

—Hace mucho que ya no la veo por aquí; mejor dicho, desde que ustedes llegaron, así que no le di demasiada importancia.

—De igual forma, le pediré a Alfredo que se encargue de averiguar

quién es esa mujer. —Y añadió, cambiando el tema—: Creo que ya es muy tarde para una pequeña en particular...

—Ya te escuché, papá. Me voy a dormir, estoy muy cansada. Buenas noches a todos.

María quiso acompañar a la niña para dejar solos a la pareja. Daniel se levantó de la mesa y se dirigió al salón. Las ventanas estaban abiertas de par en par, el calor era insoportable. Karina lo siguió.

—Mi amor, quiero que sepas que me alegra mucho verte tan bien.

—Yo quiero que me disculpes por mi actitud durante el viaje, te prometo que no volverá a suceder. Yo solo quiero que seas feliz.

—Contigo siempre paso momentos increíbles. Quería que nos quedásemos a solas porque hay algo importante que quiero que hablemos. Llevamos ya un año de casados y creo que es el momento de ampliar la familia. ¿No te parece?

—¿Hijos?

—Sí, un niño en esta casa nos sentaría bien. Así Fátima no se sentiría tan sola y tendría con quien jugar cuando no esté en el colegio. Un hijo me haría el hombre más feliz de este planeta, sobre todo si es contigo. No tienes por qué tener miedo. Hablaré con el doctor Saavedra para que venga a verte y nos recomiende qué podemos hacer.

—Sí, claro que quiero tener un hijo. Sería maravilloso tener un niño pequeño en casa. Estoy deseando darte un hijo varón y que te acompañe. Estaré encantada de hablar con el doctor para que vea mi salud y si me recomienda algo para que sea todo más fácil.

Karina llevaba unos días más tranquila. Se recuperaba del largo viaje y de la tormenta que había supuesto la entrada de Edward en su vida. Ahora deseaba seguir con su vida y un hijo era justo lo que necesitaba para calmar sus agobios y olvidar el pasado. Aquello los uniría, estaba segura.

Una tarde en que Daniel salió a trabajar al campo, Karina recibió una carta de Anne. Llevaba meses sin saber nada de los hermanos Wood y la carta la emocionó mucho:

Querida Karina:

Ante todo recibe mis calurosos saludos y mi más profundo sentimiento de cariño hacia ti y Daniel. Espero que el regreso a casa no haya sido tan pesado y que ya estén disfrutando de la familia y del buen clima peruano.

Quería escribirte unas líneas ya que no tuve la oportunidad de hablar contigo en persona sobre un tema que creo que es de suma importancia. No hablé contigo mientras estabas aquí por razones que tú sabrás comprender.

Mi hermano me escribió y me lo contó lo que sentía por ti y el por qué había partido de aquella manera tan inesperada. No te voy a negar que algo intuía, pero nunca pensé que fuese tan fuerte. Mi hermano está abrumado y agobiado por la situación. Siente mucho si te ha causado algún dolor o percance con Daniel. Teme haber creado algo que no era su intención. Me pide que te escriba para aclarar las cosas y pedir disculpas.

Me confesó el gran amor que había nacido en él por ti. Yo noté algo en su mirada el día que nos conocimos en aquella fiesta. Era la primera vez que veía aquel brillo especial en los ojos de mi hermano. Me da pena que se haya tenido que enamorar precisamente de ti, la esposa de Daniel. Eres una persona muy especial y sé que en otras circunstancias yo misma hubiese apoyado aquella relación, sin embargo, no ha sido así.

Quiero que sepas que mis sentimientos hacia ti o hacia Daniel no han cambiado. Solo espero que seas feliz a su lado y que pronto lo de mi hermano sea solo un simple mal recuerdo.

Te cuento que pronto estaré partiendo para Perú, llegaré antes que el invierno me mate. Estaré para la primavera y pasaré el verano en la casa que mis padres tienen en la maravillosa región de Piura. Cuando llegue, te escribiré. Espero que perdones a mi hermano si se propasó contigo y me encantaría que esta situación no estropee nuestra amistad.

Tu fiel amiga,

Anne Woods

Karina no podía creer lo que estaba leyendo. Anne ya sabía todo y justo le escribió todo aquello cuando ya sentía que lo podía superar. El

destino no quería que Edward se quedase en el recuerdo.

—¡Karina, Karina! —gritaba María buscando a su hermana.

—¡Estoy en la biblioteca! —Guardó la carta y se secó las lágrimas.

—No sabes lo que ha pasado. Por fin Alfredo logró dar con la extraña mujer. La vio rondar la casa y le preguntó quién era. Ella se asustó y trató de huir, mas él la pudo alcanzar. Ahora estamos esperando a que llegue Daniel para que la interrogue.

Cuando este llegó, se enteró de la noticia y fue a ver a aquella mujer. Estaba en el patio y trataba de soltarse de la mano de Alfredo, quien la tenía muy sujeta. En aquel momento, Daniel no supo quién era, las marcas de su cara no le dejaban ver la verdad…, pero cuando se dio cuenta de que aquella mujer le recordaba a alguien muy familiar, su piel se puso blanca y sus manos empezaron a sudar. Le pidió a Alfredo que la dejase ir.

La misteriosa mujer se quedó en silencio mirando a todos, desafiante. Miró durante varios segundos a Karina, quien se sintió aturdida no solo por la situación tan extraña, sino, sobre todo, por el comportamiento de Daniel. Aquella mujer le había hecho recordar algo y aquello era obvio.

La mujer vestía ropas muy sencillas y humildes. Su cara estaba parcialmente cubierta y casi no se veía por la suciedad y el pelo enredado. Parecía una mendiga, pero algo en sus manos finas y largas no daban pie a que fuese tan solo eso. ¿Quién era aquella misteriosa mendiga?, ¿quién era y qué quería de ellos?

Todos estaban en silencio esperando algún movimiento de Daniel o de la mujer. Ella los miró desafiante y tras un momento se retiró lentamente. No miró hacia atrás y se fue con aires de grandeza, pero nadie hizo nada. Nadie se atrevía a tocarla. Daniel la había dejado ir, mientras en su cara el miedo se reflejaba en sus ojos como nunca nadie había visto.

Entró a la casa, estaba consternado por lo que acababa de pasar. ¿Aquella mujer podría ser Charlotte? ¿Acaso podría ser que hubiera regresado, que hubiera vuelto a por su vida, a recuperar lo pasado?

Las semanas pasaron y ya no se supo más de ella, así que Daniel prefirió olvidarse del asunto y seguir con su vida. Mandó una carta al doctor Saavedra para que viniese a ver a su esposa.

La medicina en zonas rurales del Perú estaba regida por una combinación de conocimientos tradicionales indígenas y las prácticas médicas occidentales en constante evolución. Los médicos rurales de esa época enfrentaban numerosos desafíos debido a la falta de recursos, la distancia de los centros urbanos y la limitada accesibilidad a la atención médica formal.

Sus herramientas médicas eran básicas y limitadas. También llevaban consigo hierbas medicinales y remedios caseros para tratar diversas dolencias.

Además de proporcionar atención médica, también desempeñaba roles más amplios en la comunidad, como asesorar en cuestiones de higiene, prevención de enfermedades y promoción de la salud. El doctor Saavedra era un actor importante en la comunidad como consejero y líder en asuntos de salud, pero la distancia del pueblo a la capital dificultaba la obtención de suministros médicos y la actualización de conocimientos.

El doctor llevaba a sus espaldas la medicina tradicional indígena y las creencias espirituales, las cuales desempeñaban un papel importante en la práctica médica rural. Combinaba métodos occidentales con prácticas y conocimientos ancestrales para brindar atención integral a la comunidad.

Manuel, hijo del doctor, quien también era médico, se acercó a la hacienda a visitar a Karina.

—Señora Del Campo, todo parece ir bien. Puede que simplemente el estrés del viaje influya para que no se haya quedado embarazada. En el chequeo no veo nada que haga dudar de su buena salud. En cuanto mi padre regrese de la capital, le informaré sobre su preocupación. Sin embargo, le adelanto que todo va a ir bien.

Manuel y Karina habían crecido juntos. Tenían la misma edad y se conocían muy bien gracias a sus juegos en la plaza del pueblo, cuando pequeños. Pero a pesar de aquella vieja amistad, Manuel no se atrevía a tutear a su antigua amiga ahora que era la señora del patrón de la hacienda. Se sentía intimidado por la situación. Hubiese deseado que su padre se encargase del asunto, pero al no estar él en el pueblo, Manuel era el responsable del cuidado de los señores.

Era un joven muy inteligente y trabajador que, tras varios años de duro esfuerzo, logró estudiar la carrera de Medicina en Lima, algo poco habitual para un médico rural, quien normalmente aprendía a

base de experiencia y autoaprendizaje. Era el orgullo del pueblo y, por supuesto, de su padre.

—¿Qué pasará si no puedo ser madre? —Karina palideció con aquella terrible idea.

—No diga eso. Lo mejor es dejar que el tiempo haga su trabajo. Les recomendaré algunos métodos que están comprobados que ayudan a la fertilidad. Se los anotaré para que luego usted lo hable con su marido y si tienen cualquier duda, me la comentan. ¿Le parece si lo hacemos así? No se preocupe, estoy seguro de que es solo cuestión de tiempo para que se quede embarazada. Ya lo verá.

Karina se quedó más tranquila con las palabras del doctor. A lo mejor, el estrés del viaje y lo que pasó en Inglaterra la tenían muy nerviosa, lo que no ayudaba, así que pondría todo de su parte para darle un hijo a Daniel. Puso todas sus esperanzas en que sus dudas fueran solo parte del miedo y no de la realidad.

Manuel habló con su padre tras su viaje a Lima y le informó de las preocupaciones de la familia Del Campo.

—Como te comento, la señora Del Campo está preocupada y teme no poder quedarse embarazada en un corto plazo. Le he dicho que tiene que tomarse su tiempo y esperar a que la vida tranquila del pueblo y la rutina ayuden a que se relaje. Dudo mucho que tenga problemas reproductivos. Es una mujer joven y con buena salud. Su vida en el campo fue dura, pero su alimentación no ha sido mala, así que no veo ningún problema.

Su padre no dijo nada por unos segundos. Poco a poco, su mirada se nubló y un terrible secreto lo comenzó a atormentar. Ya era hora de decirle a alguien la terrible verdad, una verdad que había arrastrado durante años y que, con la edad, se sentía en la obligación de revelar. Sin embargo, aquella terrible confesión iba a destruir mucho más que su reputación.

—La niña no es hija de Daniel. La señora Charlotte me pagó para que no dijese nada. Yo sabía que aquella niña no era hija del patrón. Las fechas no cuadraban. La señora viajaba mucho a la capital a ver a su familia y me confesó entre lágrimas aquel desliz en la ciudad. Le dije que aquello era algo que yo no podía ocultarle al señor Del Campo. Yo era el médico de confianza de su madre y lo conocía desde que era tan solo un niño pequeño; sus palabras parecían tan sinceras. Me confesó que había sido un error, uno irreparable, pero que estaba sumamente

arrepentida. No quería que su marido sufriese innecesariamente por aquello. Al fin y al cabo, ellos eran marido y mujer y podían tener más hijos dentro del matrimonio. Me rogó, me suplicó. Pero también hay algo más.

—¡No puedo creer lo que me estás confesando, padre! ¿Cómo fuiste capaz de caer tan bajo encubrimiento eso? No es ético por tu parte, padre. Esto no es propio de un médico. Tus principios van en contra de ello. Me da miedo preguntar… ¿Qué significa algo más? —Manuel susurraba tras sentir que se iba a desmayar. Se sentó en la silla del consultorio y las gotas de sudor brillaban en su tez morena.

—Aquel dinero me sirvió para pagar tu carrera, Manuel. No hubieses sido médico si no fuese por aquella contribución.

—¡No digas una cosa semejante! Será mejor que aclares todo con el señor Del Campo antes que las cosas lleguen a mayores.

—No puedo hacerlo. Ya me arrepentí de lo que hice. Viví años atormentado por mis pecados, pero ya todo está muerto. Está muerto con Charlotte y nada va a cambiar aquello. Daniel nunca me perdonaría lo que he hecho, no lo haré. Piensa que, con la madre muerta, le vas a destrozar la vida a la pequeña. No es necesario crear un conflicto y un sufrimiento en esa familia ahora que por fin han vuelto a ser felices. La nueva señora Del Campo es una de nosotros. Es del pueblo y, como tú, ha salido adelante y ahora es la señora de todo aquello que te ha dado de comer y ha enriquecido este maravilloso valle.

—¡Lo harás! ¡Hablarás con el señor Del Campo para contarle la verdad! No puedo consentir que me hagas cargar con algo tan maligno y sórdido. Tu secreto me va a arruinar la vida.

—Pero si no tienes que decir nada. No va a pasar nada. Tú mismo has dicho que la señora Del Campo es joven y de buena salud. No tiene que haber problemas para que dentro de nada tenga niños y todo esto quede en el pasado, enterrado con la señora Charlotte, que en paz descanse.

Manuel estaba lleno de ira y de indignación hacia su padre. Como médico no iba a permitir que se ocultase ese hecho. Entre él y su padre no volvería a existir la misma confianza.

—Mi ética y mi moral están por encima de toda lógica y de todo secreto que quieras arrastrar a la tumba. Nunca podría vivir en paz, ni en esta vida ni en la siguiente, sabiendo lo que sé. Tú mismo has dicho

lo que significa esa familia en el valle. El señor Del Campo ha engrandecido nuestro pueblo y ha sido un buen patrón. Todos sus trabajadores están contentos y los accidentes laborales son escasos. Nunca he visto maltrato ni jornadas excesivas de trabajo. Desde que decidí dedicarme a la medicina, solo pensaba en volver aquí y servir a mi gente. He trabajado junto a aquellos empleados, a los vecinos y sé la historia de María. He visitado a aquella joven muchas veces y sé lo duro que ha sido y que es estar enferma. Ella lleva la carga en silencio para no agobiar a su hermana, y Karina es una gran mujer. Las he visto crecer y hemos jugado juntos en la plaza. Nos conocemos de toda la vida y pretendes que oculte algo tan terrible. Esto es demasiado para mí.

Su padre, una vez solo, meditó sobre lo que su hijo le había dicho. Unas palabras muy duras, pero muy ciertas. Recordó las palabras de arrepentimiento de Charlotte, pero también aquellos ojos llenos de odio hacia la niña tras el parto. No podía enfrentar el gran amor que Daniel sentía por la pequeña…

El médico sentía remordimiento; su vergüenza era muy grande. Estaba en juego su propio prestigio y el prestigio de su hijo. No podía decir la verdad, aunque hacerlo le quitara un gran peso de encima.

Manuel decidió visitar a Karina y confesar la terrible situación. Ella se sintió morir al escuchar una verdad tan cruel; su pena era muy grande porque había visto siempre lo bueno que era Daniel con Fátima. Se encontraba en el exterior de la casa, pero sentía que el aire era rancio y asfixiante. Manuel, tras la confesión, se había apoyado en un árbol y mantenía la mirada en el suelo. Su vergüenza era infinita. Toda su vida había sido forjada sobre la mentira y el juego sucio de una mujer extraña.

—Yo no puedo decírselo a mi esposo. Usted no sabe el dolor que le causaría. Él adora a su hija, él la crio, la ama más que a nadie en esta vida. Y la niña…, ¿qué va a pasar cuando se entere?

—Le voy a pedir que se lleve a la pequeña antes que mi padre venga a hablar con su esposo. No creo que sea prudente que ella lo sepa. Le pido perdón en nombre de mi padre. Me siento indigno de ser su hijo y de ser médico.

—No diga eso. Usted es un hombre honorable gracias a su padre. Solo espero que lo perdone algún día. Recuerdo con mucho cariño nuestra infancia y estoy eternamente agradecida por todo el cuidado que en años posteriores tuviste con mi hermana María. Deja que te vuelva a

tutear y recordarte que eres un gran amigo y que eso nunca lo voy a olvidar.

—Gracias, Karina. Significa mucho para mí tu perdón. Ahora roguemos a la providencia por que las cosas salgan bien.

***

Karina estuvo rara varios días, Daniel se dio cuenta. Ella lo evitaba casi a diario y más por las noches. Sus negativas a intimar con él eran casi a diario y Daniel empezaba a cansarse de la situación. Él intentaba tener paciencia porque sabía que todo era nuevo para su mujer y la visita del médico le había tranquilizado. Aun así, albergaba una diminuta duda en su corazón. Sentía pánico ante el cambio de comportamiento de su mujer, tal y como había sido con Charlotte.

—Daniel, me gustaría pedirte algo. Sabes que el verano se acerca. Me escribió Anne hace poco avisándome de su pronta llegada a la capital. Me encantaría llevarme a Fátima y pasar una temporada con Anne. Sé que la familia Wood tiene una propiedad en Piura y me ha dicho que estaría feliz y encantada de tenernos en su casa. ¿No crees que sería maravilloso?

—Es una gran idea para ir todos. Cancelaré algunas cosas y nos iremos todos. —Estaba furioso con su mujer. La llegada de Anne a Perú no le hacía nada de gracia, sobre todo al recordar las miradas descaradas de Edward. Se callaba, como hacía muy a menudo. Daniel siempre callaba. Era una persona que odiaba enfrentarse a la realidad. Prefería hacer como si nada, dejar que las cosas pasaran y se calmaran solas, pero a la vez era como una olla a presión, una olla a punto de reventar. Tenía en su cabeza las palabras de su madre, las miradas de su amigo, la indiferencia de Karina y la no llegada de un niño a la casa.

—Resulta que quiero ir con María también y he dispuesto que ellas viajen primero, así tendremos un tiempo para nosotros dos a solas. ¿Qué te parece si vamos después de Navidades los dos?

—Pasar tiempo a solas sería estupendo y necesario en nuestra situación. Sabes lo mucho que te quiero, ¿no?

—Yo también te quiero mucho. —Lo abrazó y trató de disimular su

angustia y tristeza.

Aquella misma noche, Karina le escribió a Anne y le contó los planes que tenían. A la semana siguiente, Fátima y María partirían juntas a Piura, en donde Anne las recibiría.

El doctor Saavedra fue a verlos poco después de la marcha de las dos jóvenes. No tenía las fuerzas para enfrentar a Daniel. Cuando se vieron cara a cara, sabía que aquello no podía seguir dilatándose en el tiempo.

Daniel escuchó cada palabra en silencio. No dejaba de mirar al doctor y sus ojos poco a poco se humedecieron. Cuando tuvo suficiente valor, se levantó de la mesa e hizo amago de irse de la sala. Pero en un ataque de ira, cogió al doctor y lo tiró al suelo. Estaba lleno de odio por haberle ocultado lo de su hija, por la traición de Charlotte. Toda aquella información lo agobiaba y sentía que quería morirse.

—¿Tú ya lo sabías? —Miró a su mujer con los ojos inyectados de sangre—. ¡Sabías que Fátima no es hija mía! ¡Tú también me has traicionado! Todos me ocultan cosas. Todos me engañan. —Intentó apoyarse en una silla, que volcó.

—Cariño, por favor… Daniel, cálmate. —Karina, con los ojos llenos de lágrimas y la voz entrecortada, intentaba calmar a su marido, pero él la miraba con odio, con un odio que ella nunca había visto en aquellos ojos almendrados. Su cabeza se llenó de recuerdos y sentía que le faltaba el aire. Recordó el día que se enteró que iba a ser padre, la ilusión con que recibió a su pequeña. Recordó el rechazo de Charlotte por su hija, las terribles palabras antes de irse, cuando ella le gritó que no lo amaba, que se iba para tratar de recuperar su vida.

El doctor Saavedra, enmudecido y avergonzado, se retiró dejando a la pareja hundida en la más triste de las miserias. Karina acercó la mano temblorosa a la chaqueta de su marido. No se atrevía a decir nada por temor a más represalias. Retiró la mano antes de sentir el tacto áspero de aquella lana y, sobre todo, no quería sentir a su marido.

Ya de madrugada, Karina esperaba a su marido en la cama. No podía dormir y al rato sintió que él entraba en la habitación. Parecía haber bebido. Su torpeza era evidente e hizo mucho ruido para llegar a donde se encontraba ella echada. Cuando vio a Karina, la cogió del brazo, la sacó bruscamente de la cama y la arrojó al suelo. Su rabia era enorme y ella vio en sus ojos un odio y un hombre que no conocía. Le arrancó el camisón blanco sin pensar en las palabras angustiosas de

su mujer, que le imploraba que no le hiciese daño, pero el desprecio se había apoderado de su alma y con el alcohol habían aflorado sentimientos salvajes y terribles.

Al día siguiente, Karina partió a Piura.

Ella llegó muy pálida y Anne se preocupó mucho al ver a su amiga tan mal, pero no dijo nada y prefirió dejar que se instalara para luego hablar tranquilamente.

***

Piura es una ciudad encantadora ubicada en el norte de Perú. Con una hermosa naturaleza, es un lugar que cautiva los sentidos y deja una impresión duradera en quienes la visitan. Su clima cálido había conquistado el corazón de los padres de Anne y Edward, quienes habían visto un gran negocio en el ferrocarril petrolero de la zona y querían invertir para que se modernizasen los trenes para que fueran útiles para las extracciones. Tras su visita a la ciudad imperial, quedaron enamorados de su gente y sus atardeceres dorados en la arena de las playas cercanas.

Compraron una casa de estilo colonial, un verdadero tesoro arquitectónico que reflejaba la rica historia y el encanto de la región. Su nueva adquisición había sido construida durante la época colonial española y todavía conservaba elementos tradicionales que evocaban la elegancia y la nobleza de aquellos tiempos.

En el exterior, la vivienda presentaba una fachada imponente, pintada en un tono terroso. Los detalles en madera tallada adornaban las puertas y ventanas, y los balcones de hierro forjado que se asomaban desde la planta superior ofrecían una vista panorámica increíble.

Tenía un amplio zaguán, y un patio central rodeado de arcos y columnas era el corazón de la casa. Decorado con plantas y fuentes, creaba un ambiente tranquilo y fresco.

Las habitaciones eran espaciosas, con techos altos de madera. Los suelos de baldosas conservaban el encanto histórico. Los muebles y la decoración interior se inspiraban en la tradición colonial, con muebles de madera tallada y objetos de arte que aportaban un toque de elegancia y sofisticación.

Sin embargo, la vista turbada y el alma entristecida negaban a Karina la posibilidad de disfrutar de todo aquello.

Aquella noche, Karina, más tranquila, decidió que era hora de reunirse con los demás. Vio que todos estaban cenando. Fátima corrió a sus brazos. Estaba muy feliz, la quería como a una madre. Para ella, Karina era su verdadera madre. Su calidez le había hecho olvidar la frialdad de su verdadera progenitora.

—¡No sabes la alegría que me da verte! ¿Por qué papá no vino contigo?

—Él no pudo venir ahora, pero pronto vendrá. Unos asuntos de la hacienda lo van a mantener un tiempo alejado, pero dentro de nada lo verás.

Se sentó en la mesa con todos, pero no pudo comer nada. Tenía el estómago revuelto por todo lo que había sucedido. Pidió permiso para retirarse y se fue a la biblioteca de la casa a tratar de calmarse. Se sentó y se puso a llorar sin pensar en nada. En aquel momento, escuchó unos ruidos.

Vio que una figura de hombre salía de un rincón oscuro del que no se había percatado. No había mucha luz y a simple vista no pudo distinguir quién era, pero al acercarse aquella sombra hacia ella…

—Señor Wood... No sabía que usted también estaba instalado en la casa. Como no lo vi en la cena y su hermana no me comentó nada… —Retrocedió, nerviosa, sin mirar a su acompañante.

Edward se había enterado de que Anne había invitado a la familia Del Campo a la casa de Piura y sentía un deseo oculto de volver a ver a Karina. Desde su abrupta separación y su viaje a Estados Unidos, las cosas no habían cambiado mucho. Su amor no había disminuido; el simple recuerdo de aquellos ojos negros y de aquellos cabellos largos era insoportable.

—Anne me comentó el deseo de invitarlos, y cuando me confirmó tu aceptación, no lo dudé y vine sin más. Tenía un deseo desesperado de verte, aunque pensé que aquel deseo de estar lo más cerca de ti se quedaría en nada. Y aquí estoy tan cerca de tu pelo, de tu voz.

—Te pido que te retires. No vine aquí para verte, yo pensaba que no estarías. Por favor, déjame sola.

Edward la miró y se dio cuenta de que, a pesar del tiempo que habían

estado separados, sentía algo muy fuerte por ella.

—No puedo. Eres todo para mí. Te veo y siento algo que me recorre el cuerpo y tengo unas enormes ganas de abrazarte. No sabes la rabia que me da verte así. Me imagino que Daniel te ha hecho algo. Él nunca te hará feliz y yo no dejo de pensar en ti. Me estoy volviendo loco solo de pensar en estar tan cerca y tan lejos.

—¡Basta! Ya no quiero que me digas nada que nos comprometa a ambos.

—¿Lo amas? ¿Lo amas como antes de conocerme?

Karina se quedó callada, no sabía qué responder. Era la primera vez que tenía que responder a aquella pregunta. No podía hacerle una cosa así a Daniel justo ahora que más la necesitaba.

—Yo —le dolió mucho tener que decirlo— amo a mi marido. Por ti no siento nada, solo una amistad, pero tú intentas destruir aquello con tus proposiciones y tus insinuaciones. Por favor, no me insistas más, yo no te amo. —Respiró profundamente, trató de no llorar. Su corazón amaba a aquel hombre como nunca antes había amado a alguien, pero ahora estaba casada con alguien que la quería y que estaba pasando por un grave problema, y ella tenía que estar a su lado. No podía sentir nada por nadie, y menos por Edward.

—Está bien, no voy a volver a molestarte con mis proposiciones. Con permiso, te dejo sola.

Edward se retiró y supo que aquel era el final. En el fondo sabía que aquella era su mejor respuesta. Daniel era un buen hombre y la quería mucho. Estaba decepcionado, desilusionado, pero algo dentro de él le decía que ella estaba mintiendo.

Anne se cruzó con su hermano al verlo salir de la biblioteca. Se preocupó mucho al verle la cara y supo que algo malo había pasado. Así que entró a ver a Karina.

—¿Pasó algo con mi hermano? ¿Te dijo algo?

—No, no me dijo nada que no supiera. Es solo que soy yo la que no puede decirle algunas cosas. Tengo que confesarte algo que llevo guardado por mucho tiempo y, si no se lo digo a alguien, creo que me moriré.

—Dime lo que quieras, puedes confiar en mí. —Se sentó cerca de su

amiga y le cogió la mano; sabía que ella necesitaba consuelo y apoyo.

—Lo amo. Sí, lo amo desde el momento que lo vi. Nunca había sentido por nadie lo que sentí en aquel momento, ni siquiera por Daniel. Cuando me casé, creí que estaba enamorada, creí que él era el hombre con quien siempre había soñado. Pero cuando vi a tu hermano, algo extraño se apoderó de mi alma. Me sentí otra, me sentí como que había estado viviendo todo el tiempo un sueño y ahora estaba despertando. No puedo abandonar a Daniel, no ahora que está lleno de problemas. Pero no puedo mirarlo a la cara como antes, ya no puedo. Simplemente no lo amo, no lo amo. Y ahora las cosas entre nosotros están cada vez peor. Creo que llevamos tiempo engañándonos. Nos hemos estado hiriendo desde hace meses. La última vez que lo vi estaba borracho y me hizo daño, Anne. Me hizo mucho daño. —Cerró los ojos y empezó a llorar.

Anne no dijo nada, se quedó acariciando a su amiga. Quería hacer algo, pero no sabía el qué.

Mientras tanto, Edward salió un rato al patio. Sentía que le faltaba el aire. Ahí se encontró con María.

—¿Le sucede algo, señor Wood? Tiene usted muy mala cara.

—No me pasa nada, pero gracias por su preocupación.

—¿No le parece una hermosa noche para dar un paseo? Me encantaría que me acompañase y así conocer esta linda hacienda.

—Claro que sí. Será todo un placer acompañarla a dar un paseo.

Una vez alejados de todo, María empezó a hablar. Estaba muy emocionada de poder caminar del brazo de aquel hombre. Le parecía que era muy apuesto y muy interesante. No era el típico hombre refinado ni de ciudad, pero era rico y su forma de ser tan extrovertida le llamaba muchísimo la atención, sin mencionar que estaba soltero y ella tenía la oportunidad de conquistar a aquel misterioso caballero.

—Tengo entendido que es usted poeta.

—Perdóneme, estaba distraído. —Estaba demasiado irritado por la conversación que había tenido con Karina.

—Le pregunté si a usted le gustaba la poesía.

—Sí, me encanta. Pero últimamente, con tantos viajes y negocios, no

he tenido tiempo de escribir.

—Espero que algún día me lea algo de su cosecha poética.

—No sé si le parece impertinente de mi parte, pero quisiera saber si la puedo tutear. No me gustan las formalidades, y menos en mi casa.

María sonrió.

Capítulo 4

Los días siguientes las cosas se calmaron un poco. La ciudad de Piura ofrecía un aire nuevo a las muchachas, quienes disfrutaban de cada paseo por aquellas calles del casco antiguo. Su variada y rica herencia española se plasmaba en cada calle, en cada casa o en cada iglesia. Los largos paseos en carruaje ayudaban a Karina a relajarse, y poco a poco empezó a sentirse más animada. Su amistad con Anne había ido creciendo y fortaleciéndose cada día más y la relación con Fátima era justo lo que ella siempre había soñado. Su instinto maternal se escondía entre las lágrimas nocturnas y sueños prohibidos.

Edward salía en contadas ocasiones del despacho que había pertenecido a su padre cuando aquel trabajaba con los planos de los futuros trenes que llegaron a la zona. Se encerraba y las pocas veces que se cruzaba con Karina trataba de esquivarla. En cambio, con María las cosas eran distintas. Todas las tardes paseaban por los alrededores de la casa. Les gustaba ir de paseo a la ciudad y llegaban cantando y riendo a carcajadas. Se había forjado una amistad un tanto inusual entre los dos. Anne veía con buenos ojos a aquella extraña pareja, pero Karina no pensaba de la misma manera que su amiga. No quería que los celos se apoderasen de su alma y que aquello estropease la relación con su hermana, pero en su interior crecía la semilla de la discordia al comprobar que su hermana se estaba enamorando de Edward.

Una tarde, Karina recibió una carta de su casa:

Señora, vuelva pronto. Su esposo está muy grave. Señora, le ruego que vuelva, ya no sabemos qué más hacer.

No esperó más tiempo, cogió sus maletas y viajó en el primer tren con destino a la capital. Los rostros de los empleados de la hacienda reflejaban angustia y temor.

—Señora, gracias a Dios que ha regresado. No sabemos qué le sucede al patrón. Está delirando. Cree que la señora Charlotte está viva. Dice

que se le aparece todas las noches por la ventana y le habla al oído. Le dice cosas que yo no puedo repetir por la gloria de Dios y de la Virgen. Son horribles las cosas que dice. —Justina llevaba días intentando calmar a su señor, pero la situación era insoportable.

Karina subió corriendo al cuarto, lo vio y se le partió el alma. Horrorizada, lo vio echado en la cama, desecho y pálido. Las sábanas cubrían sus huesos y se pegaban a la cama como manos que lo aferraban. Había adelgazado mucho. Se enteró por Justina que desde que se habían ido no había dejado de beber. Primero se iba todas las noches a la cantina con los trabajadores, pero últimamente ya casi ni salía de casa y bebía a cualquier hora.

—Señora, desvaría y me hace recordar tanto a su padre. La bebida es muy mala, señora. La bebida solo causa dolor y malestar a la familia. Ver así a mi señor no es algo que le desee a nadie. —Justina había trabajado para la hacienda desde que era muy pequeña. Sus padres habían trabajado en las plantaciones del padre de Daniel y ella logró entrar en el servicio de la casa y había llegado a ser la persona de más confianza de Daniel. Ella había vivido los episodios alcohólico del señor Del Campo, cómo se emborrachaba, cómo trataba a los trabajadores o cómo trataba a las criadas (que muchas se iban despavoridas del lugar). Ella había aguantado por el cariño que le tenía a Daniel, y, en cuanto él se convirtió en el jefe, las cosas cambiaron e incluso llegó a creer que habían mejorado. Pero ahora que veía cómo Daniel sucumbía a los delirios, al alcohol y a la locura, se temía lo peor.

Karina no sabía qué hacer. No se veía preparada para lidiar con todo aquello. No después de su encuentro con Edward. Ahora que lo tenía lejos, lo añoraba como nunca pensó añorar a alguien. Su encuentro en la casa de Anne había sido tan corto pero tan intenso. Recordaba su pelo, su mirada intensa y cómo sus mejillas se iluminaban cuando lo tenía cerca. Y ahora estaba aquí, en la casa soñada, con los lujos deseados, pero sin amor, sin felicidad.

Tenía todas las joyas del mundo, había viajado, había visto la riqueza europea. Había salido de la pobreza, pero se sentía más sola y triste que nunca. Había pasado de cuidar a sus padres y a su hermana enferma a tener que cuidar a su marido alcohólico.

Los días pasaron y la salud de Daniel no mejoró. Se llamó al doctor Saavedra, pero después de lo sucedido, era su hijo quien acudía. Marco se había encargado de todos los pacientes de su padre, pues este ya no quería trabajar y se había refugiado en sus plantas y sus

flores. Solo deseaba sentarse a esperar la muerte.

Marco se tomó muy personalmente las visitas a Daniel. Sentía que le debía algo y muchas veces dormía en el sofá para ver cómo amanecía. La recuperación fue dura. Daniel sufría de fuertes dolores de cabeza, de escalofríos y siempre tenía fiebre. Solo se despertaba para decir el nombre de Charlotte; Parecía que no reconocía a Karina, como si ella no existiese.

—Charlotte..., perdóname; Charlotte, perdóname.

***

Karina le escribió a Anne y le contó la verdad, esperando comprensión por parte de su amiga:

Querida Anne:

Siento muchísimo la forma en que me tuve que marchar de tu casa. Las cosas aquí han empeorado mucho y voy a tener que cancelar mi viaje de vuelta a tu casa.

Daniel ha caído en la bebida y lleva unos días muy malos con la abstinencia y la recuperación. El doctor está todos los días con nosotros e intentamos con todas nuestras fuerzas lograr que re recupere pronto.

Estamos muy preocupados porque solo repite el nombre de Charlotte. Parece que no sabe quién soy, no se acuerda de mí y me está matando. Debo confesarte mi desagrado, mi frustración. Yo lo quiero tanto y verlo sufrir así me está consumiendo, me está matando.

El doctor Saavedra nos confesó algo terrible antes de partir a Piura y creo que aquello está matando a Daniel.

Charlotte engañó a Daniel, aunque no sabemos con quién, y lo peor es que Fátima no es hija de Daniel.

Un dolor tan grande es difícil de superar y estoy aquí a su lado para consolarlo. Pero te quiero pedir, como gran amiga que eres, que me hagas

el favor de quedarte una temporada con Fátima en tu casa. No sé cuánto tiempo puede estar así Daniel, no sé si ahora aceptará a Fátima. No sé qué hacer. Pero necesito alejar a la niña de toda esta desgracia, ella no tiene la culpa de nada. Sé que María te ayudará en todo. Ella quiere mucho a la niña y sé que lo entenderá. No sabe nada de lo que te estoy contando en esta carta, no quiero preocuparla a ella también.

Espero que comprendas que de momento prefiero que sean ignorantes de todo. Quiero que sean felices por nosotros, dos almas inocentes que merecen ser felices. Sé que contigo y cerca del mar estarán muy bien.

Le rezo al Señor para que me dé fuerzas para seguir y que ayude a Daniel a salir de este bache.

No sabes cuánto agradezco tu amistad y todas las molestias que esto te puede ocasionar. En cuanto pueda, mando a recoger a mi hermana María y a mi querida Fátima. Te ruego no les transmitas estas noticias, solo les causarían una pena que no se merecen. Sé que puedo contar con tu discreción y amistad.

Tu amiga del alma,

Karina del Campo

A los pocos días, recibió la respuesta de Anne:

Querida Karina:

Siento muchísimo escuchar tus palabras. No sabes lo profundamente triste que estoy con la situación de Daniel y cómo te está afectando. Me duele tanto verlos así. Estaban destinados a ser una pareja feliz, rodeada de niños y en el campo.

Rezaré contigo para que pronto puedan salir de todo y que Daniel se recupere.

No creo que mi amigo deje a su hija, porque a pesar de todo Fátima es hija suya. La ha criado, la ha educado y le ha dado el mejor regalo del mundo, que ha sido tu presencia. La niña te adora y es así gracias a ti.

Aquí está feliz. Le encanta leer y pasear cerca de la casa. A veces me pide que la lleve al pueblo a merendar y a pasear cerca de los escaparates. Está creciendo muy rápido y pronto se convertirá en toda una jovencita, una jovencita educada y muy instruida.

Por tu hermana no te debes de preocupar mucho, aunque lo que te voy a contar te puede doler un poco. Entiendo que todo lo pasado ha sido un simple error.

Mi hermano está muy interesado en María. Llevan un tiempo muy juntos y por sus miradas y sonrisas debo afirmar que pronto nos darán una sorpresa anunciando su matrimonio. Creo que Edward ha entendido que lo vuestro era una locura y lo veo ahora tan feliz y relajado…

La presencia de María le ha venido muy bien. Tienen mucha complicidad y siempre están juntos. Estoy muy feliz por ellos y sé que tú también estarás feliz por tu hermana. Edward es un hombre hecho y muy bueno. Estoy segura que le dará la felicidad que ella se merece.

Recibe mi cordial saludo y un beso muy grande para Daniel.

Anne

Sentada en el sofá, con la luna reflejada en el cristal de la biblioteca, Karina soltó la carta que cayó lentamente al suelo de madera. El ruido del papel contra el suelo fue como una piedra en su corazón.

María enamorada de Edward. Qué ironías tiene la vida. Pero ¿quién era ella para juzgarlos? Eran jóvenes, solteros y se llevaban bien. Lo tenían todo para ser felices juntos. Se alegraba por su hermana, pero una sensación de espinas en su corazón se apoderaba de ella cuando recordaba a Edward y sus palabras. ¿Acaso la había olvidado? ¿Acaso todo lo que sentía por ella había desaparecido así, sin más? Como el rocío por la mañana, como las flores en invierno. Todo era mentira, todo era irreal.

Anne había sido sincera con ella y había visto lo que ella era incapaz de ver. Ahora solo podía centrarse en lo importante, en sacar adelante a su marido, a Daniel, quien era la persona a la que había jurado amor eterno. En las buenas y en las malas estaría a su lado. No lo podía dejar ahora, no ahora.

Daniel poco a poco se fue recuperando y empezó a comer mejor. Aunque no se levantaba de la cama, por lo menos tenía mejor semblante. Se quedaba mirando por la ventana la luz del sol que entraba y le daba en la cara. Cerraba los ojos intentando captar aquellos rayos, intentando sentirlos en su ser. Karina lo observaba en silencio desde un rincón de la habitación. Ya casi ni le hablaba, solo le ayudaba a sentarse, a cambiarse o a comer. Solo lo cuidaba deseando que algún día la recordara y la amara como antes.

Decidió escribirle a doña Teresa para decirle cómo estaba su hijo, pero no quiso mencionar por carta lo de Fátima. Esperaría a su llegada para hablar con ella. Creía que su presencia ayudaría a Daniel a salir del bache.

Justina se encargaba de los quehaceres de la casa, el jefe de los capataces era quien dirigía los temas de la hacienda, y Karina tuvo que intentar hacer frente a la parte administrativa y de gestiones con otros hacendados.

Se reunía con los trabajadores y con Mariano, el jefe, para que le diera algún consejo y le sirviera de ayuda, pero todo era demasiado complejo para ella. Muchas veces, los hacendados no querían saber nada de ella, esperaban que Daniel se recuperase para que los atendiera. Ella era solo su mujer, no era quién para organizar una hacienda.

Se sentía impotente pero hizo todo lo que pudo para organizarse y ayudar a Daniel a recuperarse del todo.

Pasaron unos meses y las cosas empezaron a mejorar. Daniel ya sonreía y se acordaba de ella. La llamaba constantemente y ella acudía encantada a ayudarlo. Salían juntos a recorrer la finca y el trabajo animó mucho más a Daniel, que poco a poco se empezó a ocupar de sus tareas. Se empezó a reunir con hacendados, a enviar a sus vacas a los concursos y a llevar las cuentas como antes. Era otra vez el mismo de siempre, o eso le parecía.

Lo que nunca hacía era mencionar a Fátima, aunque ya había pasado lo de los delirios por Charlotte. Pero ¿hasta cuándo podría seguir sin mencionar el tema, hasta cuándo? Karina sabía que las chicas estaban bien con Anne, ella siempre la mantenía informada. Habían contratado un profesor para la niña y llevaba muy bien las clases en casa. Se entretenía mucho conversando con Anne sobre Europa, sobre lo feliz que sería si algún día pudiese viajar al otro continente, pero lo raro era que casi no mencionaba a su padre; aquello hacía dudar a

Anne sobre si la niña sabía algo, sobre si era consciente de todo. De María, lo que le contaba era siempre lo mismo. Seguía su aventura con Edward, aunque no anunciaban nada de momento. Su amistad era cada vez más sólida y estaban juntos casi todo el día.

Pasado el otoño y con la Navidad a punto de llegar, Karina pensó que era buen momento para hablar con Daniel e intentar ir a Piura a visitar a Fátima. Aunque tenía que ser cuidadosa con el tema, pues temía una recaída en Daniel, el momento había llegado.

—Daniel, ¿quieres que sirvan ya la cena? Cariño, te lo pregunto por si quieres trabajar un rato más. —Karina solía encontrar a Daniel por las tardes ensimismado en papeles en su despacho.

—Sí, ya es hora de que deje de trabajar un rato. Dile a Justina que en media hora estaré en la mesa. —Lo dijo sin quitar la vista de los papeles.

—De acuerdo. Yo se lo digo. Pero antes me gustaría hablar contigo. Si se puede, claro. —Daniel no alzó la vista, pero asintió—. Se acercan las Navidades y me gustaría ir a visitar a mi hermana y a Fátima a la hacienda de Anne. Si te parece, podemos ir los dos y yo organizo todo para dentro de un par de semanas. Le puedo pedir a Mariano que se ocupe de todo...

—Fátima. ¿Cómo está? —la interrumpió Daniel.

—Está bien. Anne le ha contratado un profesor y sé que es una niña muy lista y aplicada. Ya es toda una mujercita.

—¿Sigue pareciéndose a su madre?

Karina no supo qué decir. Era una pregunta un poco extraña y prefirió ignorarla.

—Ya sabes que el clima en Piura es mucho mejor que aquí y creo que te vendría bien cambiar de aires. También creo que es un buen momento para que la veas y te des cuenta de lo mucho que la quieres. Porque yo sé, Daniel, que a pesar de todo, la quieres. Tú eres su padre, digan lo que digan los doctores. Tú eres su padre. —Daniel se quedó mirando la nada, sus ojos estaban como idos, como si se hubiese ausentado de la sala—. Daniel, escúchame: la niña no tiene la culpa de nada, es tan inocente.

—Tengo entendido que has hablado con mi madre.

—Sí, pero no le he dicho nada sobre Fátima. Solo le conté sobre tu situación porque creía que sería bueno que ella estuviera aquí contigo. Es tu madre y sé que ella te puede ayudar.

—Sí, es buena idea que venga. Tengo planes para Fátima y creo que es buen momento para ellos.

—¿Qué planes? —preguntó Karina un poco dubitativa.

—Mi madre se ha mudado a París. ¿Qué mejor lugar para educar a una niña tan instruida como Fátima? Voy a enviarla con mi madre cuando venga. Quiero que se eduque en algún colegio de la zona. Seguro que está mejor que aquí, rodeada de vacas.

Karina notó un cambio de tono en aquella frase final.

—Pero ¿por qué tan lejos? Sabes que en Lima también hay internados muy buenos para señoritas. Tengo entendido que las madres dominicas han abierto un colegio muy cerca de la zona, que sería perfecto.

—No. He decidido que lo mejor es que se eduque en el extranjero.

—Señora, señor —interrumpió Justina—, no sé si me iban a decir algo sobre la cena, pero estaba pensado que ya es la hora.

—Sí, Justina. Muchas gracias por avisar. —Daniel se puso en pie muy enérgicamente. Miró con aires desafiantes a su mujer y salió del lugar.

Karina se quedó ahí un rato, en silencio. El sol se había ocultado, la habitación se había quedado a oscuras y el frío se empezó a apoderar de ella.

Dio media vuelta y salió para el comedor, se sentó frente a Daniel y ordenó que sirviesen la cena. No se dijo nada más durante la comida y los dos, en silencio, evitaban las miradas. Solo se escuchaba el ruido de los platos y cubiertos cuando los criados los recogían, como si ese ruido de vajillas rozando ocultara la incomodidad del momento.

Los días pasaban y Daniel no decía nada sobre el posible viaje a Piura para Navidad. Karina estaba un poco ansiosa, pero no sabía cómo tocar el tema. Siempre recibía las cartas de su amiga Anne con gran anhelo, esperando algún cambio en la relación de su hermana con Edward, pero casi no los mencionaba y solo le contaba lo maravillosa que era Fátima.

Karina prefirió no decirle nada a su amiga de los planes de Daniel; se limitaba a contarle sobre el tiempo, la inminente llegada de su suegra y de un posible viaje a Piura, pero sin decir fechas ni nada.

—Karina, ha llegado una carta de mi madre. Está ya en Lima. Se ha instalado en su casa, pero no piensa venir a la hacienda por ahora. Le escribí yo, en su momento, informándole de mi estado de salud. Le dije que ya estaba mejor y que se quedara tranquila en su casa de Lima. —Daniel, cada vez más distante, le contaba las cosas sin apartar la mirada de algún periódico o de algún documento de la hacienda.

—¿Quieres que me reúna con ella? Sería una buena oportunidad para mí de ir a la capital. Así podríamos hablar más tranquilamente y, si quieres, regresaría con ella.

—Sí, es una buena idea. Está bien, puedes ir a Lima. Solo avisa a Justina para que se encargue de todo y dime cuándo piensas partir.

Karina se había atrevido a pedirle ir a Lima, aunque pensaba que él no la dejaría, pero dada la situación incómoda del momento, el viaje era necesario. Ella también quería cambiar de aires, salir de aquella jaula y ver otras cosas. Era una gran oportunidad para hablar con su suegra y de conocerse mejor… Así podría ir arreglando las cosas poco a poco y lograr que doña Teresa la apoyara con no dejar de lado a Fátima.

Así que, días después de la conversación, Karina cogió el carruaje y el tren en Huacho y se dirigió a Lima. La capital era tan distinta de los pueblos… La estación de tren de Huacho llevaba poco tiempo inaugurada. Todos querían ir a ver cómo había llegado la modernidad a los pueblos cercanos a Lima, y Karina no era la excepción. El tren hacía un recorrido por la costa limeña, con un corta parada en Ancón antes de seguir unas horas más hacia el centro de la capital.

La entrada a Lima bordeaba el río Rímac y de lejos se podía admirar el palacio de Gobierno y la catedral que se imponían al río y sus alrededores. Karina, cerca de la ventana, observaba con admiración aquellos edificios coloniales con sus grandes balcones de madera que adornaban las desgastadas paredes limeñas, todo un canto a la nostalgia de la colonia española, y se sorprendía lo bonito que era y lo grandioso que se veía desde el tren.

El chófer de la señora Teresa la estaba esperando en la estación. Se dirigieron por la gran avenida Arequipa, que unía los parques Campo de Marte y la Reserva. Grandes parques naturales rodeaban los edificios importantes, y sus grandes extensiones daban a la ciudad de

Lima una atmósfera afrancesada. Un aire puro se respiraba entre la densa niebla de la ciudad.

Su llegada al palacete de doña Teresa no fue como Karina esperaba. En el momento que llegó, doña Teresa no se encontraba en la casa. Había salido y simplemente le había dejado una nota en la mesilla de la entrada:

Querida Karina:

Siento muchísimo no poder estar para recibirte como te mereces. He tenido que hacer algunas visitas muy importantes. Como sabrás, hace mucho que no estoy por la ciudad y tengo muchas amistades que me exigen mi presencia. He dejado encargado todo para que estés cómoda y en cuanto esté por casa podremos charlar. Ponte cómoda y descansa de ese viaje tan largo. Nos vemos seguramente en la cena.

Mis saludos y bendiciones,

Doña Teresa del Campo

Karina no se sorprendió mucho. Era verdad que estaba cansada y quizás no era un buen momento para hablar con su suegra. Lo mejor era descansar y esperar a la noche para hablar con ella.

Pero su descanso tuvo que esperar.

—Señora, me alegra tenerla por la casa. Soy Flor, el ama de llaves. Estoy aquí para servirla y hacer de su estancia la más placentera. La señora Teresa nos ha dejado indicaciones para que siempre esté usted cómoda. —De repente, aquella pequeña y delgaducha criada sacó del bolsillo del delantal un sobre con un sello que Karina conocía muy bien—. Ha llegado esta carta para usted.

Karina se quedó mirando el sobre como si del demonio se tratase, pero no podía demostrar su sorpresa ante el ama de llaves.

—Muchas gracias, Flor. Puedes retirarte. Intentaré descansar un poco.

Al marcharse la criada, Karina, con los dedos temblorosos, abrió el sobre, casi queriendo romperlo en mil pedazos:

Mi muy querida y apreciada Karina:

Me atrevo a escribirte estas líneas con mi mayor desesperación por saber algo de ti. Me siento la peor persona del mundo, pero este silencio atroz, este muro que nos separa me está matando lentamente. Anne me contó de tus planes de ir a Lima y debo confesar que me alegró tanto saber que estarías sola, sin Daniel. Mi corazón latió muy fuerte al pensar en la locura que he cometido. Siento mucho tener que ponerte en este compromiso, pero mis ansias por verte superan todo y a todos. Necesito verte y necesito saber qué es lo que me pasa contigo, por qué no puedo olvidarte, por qué estás en mis entrañas y en mi mente como un cuchillo atravesado. He tenido que dar algunas excusas y esta noche quiero que salgas caminando de la casa y a las 8 en punto te acerques al parque central de Miraflores. No queda muy lejos de donde estás. Por favor, solo quiero que hablemos. No te pido nada a cambio, no quiero comprometerte ni hacerte sentir mal por tu posible aparición.

Ahí estaré como un loco que intenta tocar lo imposible, como un loco estaré ahí a las 8.

Edward

Doña Teresa no apareció como dijo, y Karina se planteaba si era capaz de asistir a aquella reunión. Su cabeza le decía que no, pero su corazón, libre en la ciudad, le decía que sí. ¿Quién la conocía?, ¿quién sabía que estaba casada? Nadie le diría nada, salvo su conciencia, pero ¿qué oportunidad volvería a tener de estar a solas con Edward, de saber si lo que sentía era solo una ilusión o si era verdad todo ese fuego en su interior?

—Flor, voy a salir. La señora Teresa no creo que venga hasta las 9, así que quiero dar un paseo por esta maravillosa avenida y llegar al parque central. Hace un tiempo exquisito y creo que un poco de aire fresco me vendría muy bien para relajarme del viaje en tren. En caso de que la señora Teresa llegase antes, por favor, dile que me disculpe

y que pronto llegaré a casa.

Karina, decidida, se puso los guantes blancos sin temblar. No quería mostrar su nerviosismo y con paso firme salió de la casa en dirección al parque. Se arrepintió mil veces, mil veces intentó volver, mil veces creyó que la reconocían, mil veces lloró. Pero sus pasos la traicionaban, sus pasos solo iban sin mirar atrás, iban de camino al encuentro con aquel hombre, aquel ser que le había quitado el sueño y le había destruido su amor y su futuro.

Edward, por su parte, había llegado un poco antes. La desesperación no le dejaba respirar y ahí estaba, ahí la vio llegar. La vio cruzar la calle, la vio dudar y parar varias veces. Pero ahí estaban los dos, en una ciudad nueva, en una ciudad que no los conocía ni los juzgaría. Ahí estaban frente a frente y sin más miradas al pasado.

—Pensé que no vendrías. Pensé que…

—Edward, no pienses más. Aquí estoy, eso es lo que cuenta.

—Sí, claro. ¿Damos un paseo? —Se miraron tristemente y Edward le ofreció su brazo para caminar.

Estuvieron un rato en silencio. Juntos dieron un largo paseo y sin darse cuenta llegaron al malecón. El mar se alzaba a lo lejos y la brisa los hacía estremecer.

—¿Es verdad que estás…? Mejor dicho, ¿es verdad que tienes una gran amistad con mi hermana?

—Sí, es verdad. Anne no te va a mentir, pero creo que ella se hace demasiadas conjeturas sobre lo que hay entre los dos. Debo reconocer que soy un egoísta, porque creo que estar con María es una forma de estar cerca de ti.

No se miraban, solo contemplaban el mar.

—María es una gran persona y creo que podrías ser feliz con ella. Ella es muy risueña y le gusta mucho viajar. Merece ser feliz, no quiero que le hagas daño.

—Lo siento, Karina. Seguramente le haré daño. Y ahora que estoy a tu lado, ahora que puedo olerte de nuevo y verte, no creo que pueda amarla. He intentado quererla, pero esto es muy fuerte y me supera en todos los sentidos. —Le apretó el brazo contra su pecho—. Sé que soy un ser despreciable por estar aquí diciéndote todo esto. Sé que Daniel

es amigo mío, pero las ansias de decirte lo que siento me superan.

—¿Sabes que Fátima no es hija de Daniel? Ya Charlotte engañó a Daniel de un modo cruel y yo no quiero hacerle lo mismo. Yo no soy así.

Se miraron y, con los ojos llenos de lágrimas, se quedaron ahí en silencio, con la brisa del mar de fondo. Edward se atrevió a tocar su rostro para limpiar las lágrimas de Karina, pero ella le retiró la mano, llena de vergüenza al percatarse de que estaban en una calle pública con gente alrededor.

—Me tengo que ir. Doña Teresa me espera y creo que ya he cometido demasiados errores por un día.

—Lo entiendo, pero toma —Edward le entregó una tarjeta—. Es la dirección de donde me hospedo. Sé que esto es muy indecente y comprenderé perfectamente que no quieras ir. Me quedaré ahí hasta el domingo. Te esperaré en mi habitación todas las tardes. Deseo de corazón que acudas.

Al alejarse por la avenida con aquellos árboles que ahora la miraban con rencor y recelo, Karina miraba la tarjeta como si la hubiese poseído. ¿Se atrevería a traicionar a su marido, se atrevería a hacerlo sufrir?

—Veo que tu paseo ha sido más largo de lo que esperaba. Llevo aquí sentada unos cuantos minutos y tu actitud ha sido propia de una maleducada y no de una señora. —Doña Teresa, sentada en la cabecera de una gran mesa victoriana, miraba con recelo a su nuera.

—Lo siento, me he perdido. Debo de ser una pueblerina porque todo me resultaba tan distinto y nuevo. Las calles largas y los edificios tan modernos… Ha sido un despiste imperdonable.

—No pasa nada. Lo entiendo. Después de la cena, tenemos una conversación pendiente, ya que ha sido una carta tuya, un tanto alarmista, lo que me ha traído de vuelta a Lima. Espero una aclaración por tu parte, ya que según Daniel todo está bien; así que espero una buena razón para este desplazamiento.

Tras la cena, las dos mujeres se sentaron en los grandes sofás traídos desde París. Los colores sobrios de la sala se mezclaban con candelabros de cristal y muebles de madera de caoba.

—Es verdad que fui yo quien le mandó aquella carta. Admito que en

ese momento de desesperación deseaba un poco de ayuda. Daniel empezó a beber de un modo incontrolable, estaba irreconocible. Sus continuos viajes a la cantina eran cada vez más largos y su comportamiento empezó cambiar de un modo que nunca había visto. Se volvió violento, era otra persona.

—Lo sé querida. Sé lo que es vivir con un borracho. Las continuas peleas, las desavenencias, los desplantes y el olor a alcohol son parte de un recuerdo que a veces prefiero no haber vivido. Pero, por otro lado, mi hijo es fuerte y debo admirar su pronta recuperación. Y no ha sido con tu apoyo, por lo que sé. Sé que estuviste ausente todo el tiempo que mi hijo estuvo enfermo. Estuviste muy entretenida en casa de los Wood, quizás coqueteando con el hijo pequeño.

—¡Cómo se atreve a decir eso!

—Los chismes llegan a todas partes. Lima es una ciudad llena de viejas aves rapaces dispuestas a luchar por la carne podrida que encuentran cerca. No perdonan nada, pero algo de verdad creo que hay entre tanto chisme. Creo que abandonaste a mi hijo en un momento delicado y faltaste a tu promesa de matrimonio de estar en la salud y en la enfermedad. Creo firmemente que no eres la mujer que mi hijo se merece. Charlotte era todo lo deseado, era bella, de buena familia y con unos modales que superan tus impertinencias con creces.

—Charlotte no era quien usted cree. —Karina calló. Se había dado cuenta de lo que acababa de decir. No le correspondía a ella juzgar a la madre de Fátima y menos contarle lo sucedido a su suegra.

—Eres una impertinente. Hablar así de una mujer fallecida y madre de mi única nieta. Felizmente no tienes hijos, no podría soportarlo.

Las duras palabras de doña Teresa se clavaron en el corazón ya dañado de Karina. Sus palabras se mezclaban con el horrible sentimiento de culpa que sentía.

—Por favor, señora Teresa, no pretendo ser su enemiga. Yo lo único que he querido siempre es que me acepte y que sepa que yo quiero a su hijo —dudó— y que sólo quiero su felicidad. Amo a Fátima y quiero que sea feliz con su familia y conmigo. Nunca reemplazaré a Charlotte, pero puedo ser una buena madre para la niña, lo sé.

—Lo primero que quiero es que escribas inmediatamente a Piura y que la niña vuelva a su casa, que es donde tiene que estar. ¿Qué clase de madre deja a su hija con extraños? Partiremos el sábado para la hacienda y en cuanto llegue las cosas van a cambiar. De eso estoy

segura.

—La niña está con mi hermana María. Y estoy de acuerdo con volver a la hacienda. Pero, de momento, no voy a escribir a Piura. Prefiero que hable con su hijo. Es mi decisión.

Doña Teresa estaba indignada por la contestación de su nuera, pero algo le decía que debía esperar. Intuía que algo no iba bien y que si su hijo había caído en la bebida sería por alguna razón de peso que tenía que averiguar.

Al día siguiente, Flor entró a la habitación de Karina con una nota de doña Teresa:

Estaré todo el día fuera. No me esperes a comer. Los sirvientes ya tienen instrucciones de atenderte. Como viajamos en pocos días, me ausentaré mucho de la casa. No creo que tengas problemas en entretenerte tú sola.

Teresa

«¿Qué haré?, ¿qué haré?», se preguntaba Karina sin cesar. ¿Aceptaría la propuesta de Edward? Después de la discusión con su suegra la noche anterior, no tenía fuerzas para nada más, pero su pecho ardía por verlo, por tocarlo, por estar con él.

—Flor, prepare el coche que esta tarde saldré. ¿Cómo se llama el chófer?

—Manuel, señora.

—Dígale a Manuel que cuando tenga el coche venga a verme. Quiero hablar con él antes.

—Sí, señora.

Aquella tarde lo tenía todo planeado. Estaba decidida a romper las reglas sin medir las consecuencias. Todo le daba igual. Si al final el destino la había traído a Lima y encontrarse con Edward estaba en la lista, estaba dispuesta a todo.

—Señora, me mandó llamar. Soy Manuel, el chófer de la familia.

—Sí, Manuel. Me gustaría salir a dar un paseo, pero no quiero preocupar a la señora con mis problemas. Quiero que me acerques con el coche al paseo marítimo y que me recojas como en dos horas. El mar es un alivio para mi soledad y sería muy agradable tener un tiempo para contemplarlo con tranquilidad.

Karina no era una mujer atrevida y tener que tomar la decisión de confiar en el chófer de su suegra o salir sola, sin acompañante, lo que le costaba un esfuerzo tremendo. El chófer podía traicionarla al ser del servicio personal de doña Teresa. El riesgo era muy alto y el precio también. A pesar de todo lo que significaba para ella, el deseo de ver a Edward y de tener la única oportunidad de estar a solas con él la hacía cometer locuras que de las que hasta entonces no se había ni imaginado.

A las seis de la tarde, Karina llegó al lugar indicado por Edward. La casona se ubicaba en el centro histórico de Lima. Su arquitectura imponente recibió a una temerosa Karina. El estilo neoclásico y sus detalles decorativos elaborados, como molduras, cornisas y relieves en las ventanas y puertas inspiraban respeto y temor por lo que estaba a punto de hacer.

La fachada de la casona con sus balcones de hierro forjado se alzaban como gárgolas. Karina llamó a la puerta y fue recibida en silencio por una pequeña muchacha de cabellos oscuros. La joven la condujo por el patio central con arcos y columnas, y una fuente en el centro. Aquel lugar le proporcionaba frescor ante la llama que ardía en su interior.

En el interior, los techos altos daban una sensación de amplitud y grandiosidad. Decorados con molduras y frescos que representan motivos clásicos, eran un recordatorio de la elegancia y la influencia europea.

Tras desaparecer la figura menuda y escurridiza, apareció ante sus nervios y su piel de gallina aquel hombre como una brisa fresca de verano. Edward parecía un adonis pintado que hizo tambalear los cimientos de Karina.

Y ahí estaba él. Aquella relación era imposible, los dos lo sabían, pero ahí nadie los conocía, nadie los podía juzgar, salvo ellos mismos. Se entregaron a la pasión del momento, una pasión que se desbordaba por cada poro de sus cuerpos, una pasión atormentada por lo que podía ocurrir.

—Sabes que esto no es correcto y que me estoy jugando mi vida

entera.

—Lo sé. —Los susurros, intensos, parecían chillar en aquella habitación.

—Hay una parte de mí que me dice que soy la peor mujer del mundo. Que estoy destrozando mi vida entera al venir a este lugar contigo, a solas. Sin embargo, mi piel no puede estar más lejos de ti. Siento que me muero, que…

Edward se había ido acercando lentamente escuchando atentamente cada palabra que salía de los labios de Karina. Le rozó el codo con la mano y no pudo controlar el deseo que le comía por dentro, y la besó.

Aquella intensidad desbordó a Karina, quien estuvo a punto de desmayarse. Las sensaciones flotaban en el aire como aves carroñeras a punto de devorarla, de hundirla en la miseria más grande. Pero el deseo era tan grande, tan inhumano y tan insaciable.

Los dos se fundieron en un largo abrazo antes de pasar a una habitación donde reinaba una cama.

—Si no es esto lo que querías, lo entiendo. Sé que lo que estamos haciendo supera con creces todo lo bueno que hay en mí.

—Si he llegado hasta aquí, es sabiendo que me espera el infierno. Ya no hay vuelta atrás.

Las sábanas bailaban entre los cuerpos desnudos de ambos. El aire era irrespirable ante tanta pasión. Todo en aquel lugar vibraba intensamente y todo parecía congelarse, incluso el tiempo.

Los siguientes días, las reuniones se sucedieron con más frecuencia. El chófer de doña Teresa llevaba a Karina a la casa de Edward sin decir nada. El pago de su silencio era casi una ruina para Karina, pero valía la pena aquel esfuerzo.

Aquellos días de pasión desenfrenada se entremezclaban con peleas y discusiones sobre un adiós forzoso y obligatorio. Hablaban, se besaban, lloraban. Se forzaban a dejar de verse, de pensar en tocarse porque sabían que aquello enfermaba, enfermaba sus almas. ¿Cómo iban a ser amigos y no tocarse? Edward la convenció de que el tiempo es cambiante; de que quizás, en algún futuro todavía no escrito, ellos podrían estar juntos.

—Tenemos que estar juntos. Lo siento, lo sé. Por el infinito mundo de

tus ojos caminará mi esperanza.

Los vacíos se amontonaban en el corazón de Karina tras cada tediosa despedida. Pensaba, cada vez, que aquella sería la última vez que se viesen, pero pasaban los días y seguían sus pasiones secretas. La resistencia a sus besos, a sus caricias y sus brazos entrelazados era imposible.

Las velas contemplaban sus cuerpos desnudos.

—Eres preciosa. Tu cara es perfecta. Me pasaría la vida entera mirándote. Las mañanas y las tardes sin verte se me hacen eternas. Te extraño todo el tiempo y tengo tantas ganas de verte. No sé qué me pasa, pero no logro quitarme de la cabeza tu imagen, a ninguna hora del día. No existe el frío cuando tengo tu calor rozando mi piel.

Otra noche, tras el ardor propio del momento, se contemplaban como si el tiempo se hubiese detenido, como si nada ni nadie existiese fuera de aquellas cuatro paredes.

—Quisiera comerte el pecho, beber el sudor de tu espalda y besarte en el lugar que más quieras y oírte pedirme más.

—Yo también te extraño, aunque un poco menos que tú. —Una sonrisa pícara asomaba de la sonrojada cara de Karina. Se escondía con vergüenza tras las sábanas y su risa nerviosa se acentuaba ante la mirada inquisidora y traviesa de Edward.

—Prefiero no abusar y dejarte con ganas, así te acuerdas más de mí.

***

Doña Teresa evitaba todo el tiempo a su nuera y tampoco le importaba mucho lo que ella hacía cuando no estaba en casa. Creía que paseaba, que para una pueblerina como ella lo normal era extasiarse con lo grandioso de una ciudad. Ella seguía su rutina de visitas a las señoras de alta sociedad que alguna vez detestó y se encargaba de preparar todo para el viaje a la hacienda. No le gustaba mucho la idea de ir al campo, lo odiaba. Todo era sucio y lleno de animales grandes y ruidosos, pero quería ver a su hijo y esperaba que pronto pudiese ver a su nieta.

—Mañana me vuelvo a la hacienda. —Karina bajó tristemente la mirada debajo de las sábanas de seda—. Será mejor que nos despidamos y que nos olvidemos de todo.

Edward contemplaba cómo los últimos rayos de sol entraban por la ventana y se posaban en el pelo revuelto de Karina. Estaba hipnotizado por su piel morena, que lucía más brillante bajo esa luz, sobre aquellas sábanas.

—Creo que me he enamorado de ti de tal forma que no sé si seré capaz de dejarte ir de esta habitación.

—No me lo pongas más difícil. Mañana regreso con Daniel y las cosas tienen que seguir como estaban. Aunque no sé cómo voy a volver a mirar a Daniel a los ojos. Me siento la peor mujer del mundo. Lo he traicionado, le he hecho el mismo daño que le hizo Charlotte en su día.

—No te tortures. El amor no entiende de lazos, no entiende de clases o amistades. No me arrepiento de haber pasado estos días contigo, pero sí me arrepiento de dejarte ir. Es demasiado para mí ver cómo alejas de mí. Te veré partir esta tarde y me quedaré con esta maravillosa imagen tuya, aquí en la cama, con tu pelo suelto y tus manos entre las mías. ¿Cómo podré verte con ese pelo recogido y de la mano de otro hombre?

Karina se puso de pie y se vistió lo más rápido que pudo. Intentó no mirar a Edward, quien permanecía aún en la cama. Su pelo, sus manos, su olor… se impregnaban en su memoria; deseaba tanto que no se desvanecieran al salir de la habitación. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero intentó disimular, ser valiente y fuerte.

—No, por favor, Edward. No me digas esas cosas.

—Te quiero, Karina. Te querré siempre. Cuando me veas en alguna cena, cuando nuestros caminos se crucen en alguna reunión de amigos, recuerda: recuerda que te quiero. Siempre te querré, pase lo que pase.

Y así, con aquellas últimas palabras que retumbaban en su cabeza, Karina salió de la habitación para no volver jamás. Se fue alejando rápidamente, como si el ir más rápido la ayudase a desviar el dolor, a que también fuera rápido el mal trago de aquella despedida. Nunca más volvería a vivir aquella mágica semana, nunca más volvería a sentir aquellas manos, aquellos besos en su piel. Todo quedaría en su memoria, todo quedaría para ella en algún rincón de su corazón que

nadie más vería. Aquel rincón quedaría apartado al final de todo, quedaría en una esquina oscura y fría del dolor y sufrimiento.

A la mañana siguiente, doña Teresa y Karina cogieron el primer tren con destino a la hacienda de Daniel. Karina evitó sentarse en la ventana del vagón; aun así, sentía que la ciudad tenía ojos que la miraban sin cesar; unos ojos que la obligan a girar, que le clavan la mirada en la espalda. «Gira, gira y mírame a la cara, dime que no volverás. Dime que me quieres».

Mientras tanto, en la mansión de Edward, una carta sellada llegaba en una bandeja de plata a la mesa del desayuno.

Él, con la mirada baja y la mirada vidriosa, supo enseguida de quién se trataba aquella misiva. Pidió estar solo y rompió el sobre con unas ansias locas, como si al leerla pudiese volver a sentirla, a tocarla, a besarla.

Sé que todo lo que te diga en esta carta te lo habré dicho ya, pero tenía tantas ganas de escribirte, sabes que es mi forma de expresarme.

Desde el día que te conocí he ido queriéndote un poco más y más. Nunca pensé sentirme así, experimentar estas sensaciones tan profundas y únicas para mí.

Te quiero como nunca he querido a nadie, a nadie.

En este corto tiempo, no puedo creer que sea tan poco, han pasado demasiadas cosas en mi vida. Te conocí y en aquel momento sentí que yo había recorrido todo ese camino solo para conocerte.

Siempre pienso que las cosas pasan por algo y estoy segura de que mi destino era conocerte.

Mi vida cambió radicalmente cuando conocí a Daniel, lo sé. Sin embargo, algo dentro de mí me dice que aquel encuentro era el inicio de todo, de llegar hasta ti. Aunque también creo que es una broma macabra del destino, el conocerte del modo en el que te conocí.

Me invaden pensamientos contradictorios. Quizás lo nuestro no es tan fuerte como creemos. Quizás no es nuestro destino ni existe ningún momento para aquello.

Recuerdo el momento en el que te vi en aquella fiesta. Solo te vi a ti.

Recuerdo que parecías tan serio, pero tan guapo y tan intrigante para mí.

Todo lo que está pasando es una locura y siempre creí que yo no sería capaz de cometer estos terribles pecados. Pero conste que lo intenté. Lo intenté con todas mis fuerzas. Solo que soy débil ante tu mirada, ante tus brazos cuando me rodean y me siento protegida y amada.

A veces sobran las palabras, si tu mirada es la que habla.

Recuerdo con un estremecimiento en mi bajo vientre todas las noches que hemos pasado juntos. Me río en silencio de cómo no había manera de despegarnos uno del otro. Nos mirábamos como idiotas enamorados.

Me enamoré de ti desde la primera palabra, suspiro, gesto tuyo. Me costó reconocerlo, por miedo, por vergüenza. Me decía que aquello era absurdo, de cómo iba a querer a alguien que apenas conocía. Quizás por aquella locura de quererte desde casi el primer instante, es que te di pie a todo. Dejé que entraras en mi vida de una manera que está mal y prohibida.

Miles de veces tras las horas privadas junto a Daniel me rogaba a mí misma no volver a pensar en ti, me mentía con palabras enmascaradas de seguridad. Si tú no me hubieses buscado...

Sin embargo, no me arrepiento. Aunque te confieso que sí, que sí he sentido arrepentimiento.

Recuerdo con cariño tus palabras pensando lo mismo que yo. Cómo me confesaste que también habías sentido aquello desde el día que me conociste. ¡Qué locura!

Por todas las cosas maravillosas que hemos vivido estos días, te diré que eres el hombre de mi vida y nadie ocupará tu lugar, nadie.

Este tiempo junto a ti he descubierto a un hombre cariñoso, bondadoso, apasionado, dulce y que sabe lo que quiere y lo toma cuando quiere. Han sido los mejores días de mi vida. Cada vez que hacemos el amor siento que me sobra amor, que si existiese una línea donde acaba el amor, yo ya la he pasado hace mucho tiempo. Hacer el amor contigo es magia pura, amor verdadero. Soy débil, soy pecadora.

¿Por qué la vida nos hace esto? Sé que no tenemos futuro, sé que nuestra historia no tendrá un final feliz. Esto acaba aquí.

Lloro en silencio y el dolor es inmenso, casi inaguantable. No se compara en nada con aquellos silencios entre nosotros, entre las sábanas. Aquel era mágico, al igual que la libertad que experimentábamos. Siento que se me

hunde el mundo, que me aplasta con una fuerza descomunal. Me siento sola, sin saber qué hacer. Tengo tanto miedo.

Estos días lo han empeorado todo. Noches con la llovizna golpeando el cristal de la ventana, noches que se morían cada vez que te dejaba.

Me he dado cuenta ahí, entre tus brazos, que no puedo estar sin ti. Que me tienes en tus manos. Destruye mi ser si quieres. Tengo terror ante el futuro sin ti, mi amado Edward.

No se puede borrar todo lo que ha pasado. No quiero renunciar a mi pasado contigo. Sé que a pesar de todo, nacimos para conocernos. Para vivir nuestra peculiar historia de amor.

Te amo con locura. Ante ti te escribo muerta por dentro. Seguiré viviendo porque no me queda otra opción, pero ya no seré la misma. Te has llevado un pedazo de mí y ojalá y algún día me devuelvas ese trocito que me faltará por el resto de mi vida.

Fingiré estar bien, aunque ya nunca más estaré bien.

Quiero que sepas que nunca te olvidaré. No quiero que me dejes, pero es lo correcto.

Te amo, Edward, y siempre lo haré, no lo olvides.

Karina

Edward soltó lentamente la carta, que cayó al suelo como si hubiese sido su corazón el que se desmoronada en el pavimento frío y duro.

—Espero que el destino nos vuelva a unir. Te echaré de menos. Te quiero y no me olvides, Karina, que yo no lo haré.

Pero todo aquello quedó relegado al pasado apenas la realidad chocó contra ella. Al llegar a la hacienda, la cruda e inmensa realidad los golpeó tan repentinamente que no la vieron llegar.

—Señoras, creo que tienen que ver algo antes de ver al señor Daniel. —Justina las estaba esperando en la entrada de la casa con una aflicción inusual en su rostro.

—¿Qué es tan grave que nos impida descansar y ver a mi hijo? —Doña

Teresa se tomó aquellas palabras como una insolencia por parte del servicio, pero cuando supo el por qué, ni ella misma se lo esperaba.

—Siento mucho ser portadora de malas noticias, pero estos días en la hacienda han sido una total tortura. Hace unos días llegó una carta para el señor y…

—¡Habla mujer! —Doña Teresa empezaba a desesperarse.

—Al parecer, de la señora Charlotte. —Karina sintió un pinchazo en el corazón.

—Dame la carta, Justina.

Cuando Justina se la entregó, todo cambió para siempre.

Capítulo 5

Mi querido Daniel:

Seguramente cuando leas esta carta no comprendas nada. Te escribo con el corazón en la mano y pidiendo tu infinita misericordia y perdón.

Tu amor ha sido el único consuelo que he tenido todos estos años. Fui terriblemente egoísta, una mala mujer. Te llené de mentiras, te causé el mayor de los agravios. Nunca me perdonaré el defraudarte a ti, mi amor, mi Dani. Tú me quisiste por encima de todo, de mi orgullo y de mis locuras. Me querías más allá de mi cinismo, de mi frivolidad. Me casé contigo llena de orgullo y egoísmo. Te usé para llegar a otro fin. Cuando mis padres arreglaron nuestro matrimonio, yo estaba enamorada de otro hombre; un simple empleado de mi padre, un don nadie que no tenía nada para ofrecerme. Mis padres lo sabían. Él había intentado todo para estar conmigo. Habló con ellos, les rogó que nos dieran una oportunidad. Pero mi padre temió al rechazo de la sociedad, su prestigio como político se iría al traste. Su única hija enamorada de un cualquiera, de un sin nombre.

No hubo manera de convencerlo. Mi madre lloraba porque recuperara el sentido. Que aquel hombre nunca me haría feliz ni me daría todos los lujos a los que estaba acostumbrada. Pero yo lo amaba como era, lo amaba por ser él. Me hizo ver un mundo nuevo, lejos de la frivolidad y de lo superficial de las cosas. Me enseñó a amar más allá de lo que la sociedad espera. Con él aprendí el deseo, la pasión. ¿Y quién lo pagó? Tú.

Querido Daniel, no puedo disculparme por enamorarme de otro hombre. No podía dejar de sentir lo que sentía, era superior a mí. Y cuando me lo arrebataron, creí volverme loca. Me entregaron a ti como si fuese ganado, una vaca más. Me enfurecí tanto, creí que moriría de odio. Odio hacia ti, odio hacia mis padres.

Me refugié en mí misma. Decidí esconder mis sentimientos. Se apoderó de mí el odio y el rencor. Decidí olvidar el pasado y seguir lo que la vida me estaba obligando a hacer. Mi frivolidad aumentó, mi crueldad aumentó. Mis besos eran falsos, mi amor y felicidad eran falsos. Todo era falso, querido Daniel.

Y lo peor de todo fue que fui débil. No pude alejarme de él y te engañé. Te engañé miles de veces con él. Me volví mentirosa, me volví una experta en el engaño. Te hacía creer que te quería, que iba a Lima a ver a mis padres y amigos. Pero en realidad lo iba a ver a él. Nos veíamos a escondidas, nos amábamos a escondidas. Y todo cambió con la llegada de Fátima.

Tú y yo hacía tiempo que teníamos problemas, lo sabes. Me costaba tanto disimular mis afectos hacia ti que te mentía en la intimidad. No podía estar contigo cuando mi cuerpo y mi corazón pertenecían a otro. Fátima es hija del amor, pero no de nuestro amor, querido Daniel. Es fruto del egoísmo y la traición. Nunca pensé quedarme embarazada, aquello no lo planeamos. Pero sucedió y todo empeoró.

Cuando el doctor Saavedra me confirmó el embarazo, temí tus dudas y rechazo. Sabía que estaba embarazada cuando empezamos a intimar de nuevo. El doctor me recomendó disimulo y así no te darías cuenta de la traición.

Fui a la capital dispuesta a acabar con él, a acabar con aquella relación. Le dije que lo mejor era separarnos, era ya el momento de asumir que lo nuestro no iba a ser posible y menos con un niño fruto de la infidelidad.

Pero como te estás dando cuenta y, como te diste cuenta en su momento, la llegada de Fátima lo empeoró todo aún más. Yo no podía ni verla, era igual a él. Solo me recordaba su rostro, su amor prohibido. Aquella niña era la prueba de algo horrible y la odié por ello. La odié por llegar a mi vida y estropearlo todo. La culpé de mi separación, de no poder seguir con mi verdadero amor.

Sus caricias me daban asco, su cariño me debilitaba y me recordaba lo que había dejado atrás. No podía soportar más aquella presión. ¿Cuánto tiempo podía aguantar la presión de su amor, de tu amor? Te veía tan ilusionado con aquella niña. Tus ojos cambiaron para llenarse de paz y amor. Tu dolor ante el recuerdo de tu padre y nuestros conflictos se vieron reducidos. Todo lo que hacías era amarla a ella. Mi odio hacia ti aumentó con una intensidad abrumadora y con ello el odio se extendía hacia aquella criatura.

Así que lo planeé todo. Me volví a reunir con él y le expliqué el plan que tenía y si seguía dispuesto a dejarlo todo por mí, sin mirar atrás, porque lo que estaba a punto de hacer por él no tenía marcha atrás; no podíamos arrepentirnos de aquella locura infernal.

Ahora comprenderás que el irme, que el dejarte, superó todo y a todos. Dejé mi vida, a mi hija, mi reputación, a mi familia… y todo por él. Pero

nunca eres consciente de las consecuencias de tus actos hasta ya cometidos.

Me fui sin mirar lo que dejaba, con un egoísmo tan grande que ahora me está matando, querido Daniel. Me muero.

Los primeros años fueron muy duros, tuvimos que huir con poco y él casi no tenía nada ni nadie que lo apoyase en su locura. Nos fugamos a Argentina, creíamos que ahí las cosas serían más fáciles. Nadie nos conocía, nadie podía sospechar que no estábamos casados. Encontramos una casita en Rosario y Fernando pudo conseguir un trabajo. Vivíamos humildemente y éramos felices. Debo reconocerte que éramos felices.

Pero la felicidad nunca es completa para los traidores. Puede que nuestro pasado no fuera conocido en donde vivíamos, pero nos siguió. Todos tenemos un precio que pagar por nuestros actos y aquello lo descubrimos pronto.

Me quedé embarazada al poco de llegar a Rosario y creíamos que superaríamos el haber dejado a Fátima contigo, pero qué ilusos fuimos.

El embarazo no fue muy bueno y el doctor me dijo que el bebé podía morir en el parto, y mi salud empeoró. Me sentía muy débil y constantemente sufría de pérdidas que ponían en riesgo al bebé.

Y el parto fue lo peor. El dolor, el dolor fue terrible. La fiebre me cubrió como un manto mortal. La sangre no dejaba de salir de mi cuerpo y me abandoné a la suerte de Dios. Creía que ese era mi castigo, creía que tenía que morir y pagaría así mis pecados. Pero ver morir a mi hijo fue lo más terrible que me ha pasado en la vida. Aquel diminuto cuerpo pálido entre mis brazos. Sus ojos quietos y terriblemente abiertos me miraban con desdén y me recordaron mi pecado. El verlo así era lo que tenía que pasar, era el precio que tenía que pagar.

Nunca me recuperé del todo del parto. Perdí demasiada sangre y la fiebre no me abandonó durante mucho tiempo. El médico se temía lo peor y Fernando estaba preparado para todo. Su amor era incondicional, sus ojos me reconfortaban y me pedían que me quedase con él. Pero yo, ahí tumbada en la miseria de mi enfermedad, juré que si me levantaba de la cama tenía que arreglar aquel desastre. Le recé tanto a la Virgen para que me diese fuerzas solo para intentar arreglar mis locuras. Y así fue como unos meses después Ella me concedió mi deseo. Pude levantarme de la cama y, con el cuerpo destrozado y sin casi fuerzas, lo abandoné. Le dejé una nota en la cama y me fui sin más. Lo dejé todo para pedirte perdón. Lo dejé para intentar resarcirme de mis pecados y volver junto a ti.

Tú eras mi destino. Tú eras quien tenía que cuidarme. Ante Dios te prometí fidelidad, te prometí tantas cosas que no pude cumplir. Tu amor siempre fue incondicional. Tú eras la calma que siempre necesité. Me diste tanto por tan poco. Me diste tu entrega y devoción a cambio de nada. Te quedaste con aquella niña a la que tanto amor diste. Sabía que serías un gran padre y que nunca la dejarías tirada como lo hizo su madre.

Pero cuál fue mi sorpresa al verte con otra mujer. ¿Cómo habías podido no solo superar mi huida, sino casarte con ella estando casado conmigo? Me desilusionaste tanto, nunca hubiera creído que fueras capaz de semejante cosa. ¿Qué fue de aquel respetable hombre que conocí? Me decepcionó tanto tu traición…, pero lo peor fue descubrir que para todos yo estaba muerta. Me habías matado en vida para no tener que cargar con la desgracia del abandono de tu mujer. Tú, que no te importaba el qué dirán, hiciste creer a todos que había tenido un accidente. Me imagino que tu madre influyó en aquella decisión… Si es que siempre fuiste un negado y una marioneta en manos de aquella mujer. Pero entiendo que tu dolor era insuperable y pensar que estaba muerta era lo mejor. Era mejor pensar que estaba muerta a asumir que me había ido porque no te quería, porque amaba a otro.

Me enteré que el doctor Saavedra no había podido guardar por mucho más tiempo su vergüenza. La muerte acecha a muchos y es mejor intentar arreglar los pecados en vida que tener que dar cuentas en el infierno.

Al principio, no supe qué hacer con aquel imprevisto. Tu nueva mujer dificultaba mis planes, así que volví a casa de mis padres. Ellos también preferían que estuviese muerta, pero era su hija, y su hija se moría. No podían dejarla morir en la calle y me acogieron todo este tiempo.

No puedo casi moverme de la cama. Mis fiebres son muy altas y me tienen días tumbada sin consciencia alguna. Me despierto entre fuertes dolores después de días y no recuerdo nada fuera del dolor espantoso que me invade todo el cuerpo. Han venido los mejores médicos del país a verme, vienen con aparatos europeos y me pinchan todo el tiempo. No me dan mucho tiempo de vida.

Te escribo porque no me quiero ir de este mundo sin ver a mi hija por última vez. Ya no estoy en tu vida, lo sé. No espero que me perdones, porque entiendo que hace tiempo que estoy muerta para ti. Pero no me puedes negar el ver a mi hija. No quiero irme de este mundo sin disculparme, sin contarle la verdad de lo que pasé y de dónde está su padre. Fernando lo es todo para mí, y después de haberlo abandonado en Rosario vino a verme. Mis padres, ya resignados, lo dejan vivir en casa. Es mi médico, mi guardián en este infierno en vida. Necesito darle la

oportunidad de que conozca a su hija, darle la alegría por todo lo que hizo y hace por mí. No espero que lo entiendas, sin embargo, estoy tomando medidas. Te escribo esta carta desde el más profundo dolor y rogándote misericordia por esta pobre moribunda.

Si no haces lo que te pido, si no me dejas ver a mi hija por última vez, tu mujer sabrá la verdad sobre mí y tu matrimonio será inválido ante todos. No voy a salir a decirle al público que estoy viva, no ahora. Te doy un margen para que me hagas este favor.

Si cumples lo que te pido, nunca más sabrás de mí. Nunca más te volveré a pedir nada. Seguramente muera pronto y al final, con los años solo, seré un simple mal recuerdo de aquella mujer que te hizo reír, que bailó contigo durante horas bajo la luz de la luna. Quiero que sepas que no te guardo rencor por tu conducta, te entiendo. Hiciste lo que pudiste para no hacer daño a mi hija, pero esto no me lo esperaba. Todo ahora es un tormento que no para, estoy pagando el precio de abandonarte y de abandonar a mi hija. Déjame morir en paz, Daniel. Solo te pido morir en paz.

Charlotte

Karina soltó la carta y se sentó muy descompuesta. Su corazón se paralizó y le fallaron las piernas. Doña Teresa reconoció la letra de la carta y por primera vez bajó la mirada, con gesto de vergüenza y sentimiento de culpa.

Daniel, al leer la carta, había sucumbido al dolor y cayó de nuevo en lo que tanto había odiado de su padre, el alcohol. Desaparecía días de la hacienda para adentrarse en la locura de bares clandestinos de los campesinos, lugares oscuros y lúgubres. Las prostitutas se lo rifaban al ver quién era. El patrón en persona había dejado su ética y su moral.

—Llama al capataz y dile que lo busque —ordenó con una voz fuerte y potente que resonaba en las paredes de aquella triste hacienda—. Él sabrá dónde se encuentra mi hijo. Dile que lo traiga inmediatamente, me da igual su estado. Que le dé unas monedas a las prostitutas. No quiero que hablen, paga a todos los que sepan algo. No escatimes en gastos, lo pago todo.

Karina se levantó tras escuchar a su suegra hablar sobre un hombre que ella no reconocía.

—Tengo que escribir lea María. Debo pedirle que regrese lo antes posible con Fátima —dijo con mucha dificultad e intentando calmar sus nervios. «Prostitutas, alcohol». Estas palabras retumbaban como piedras chocando contra las paredes de su maltrecho corazón.

—No, ahora no.

—No pretenderás que oculte esto a la niña. Su madre está viva, cosa que no te sorprende. Estoy viendo en tus ojos que Charlotte tenía razón al afirmar que tú sabías todo, que fuiste tú quien ideó este macabro plan de fingir su muerte y todo por el qué dirán.

—Fátima no va a saber nunca esto. Charlotte se morirá pronto, si no lo ha hecho ya. Y esto se quedará como un secreto familiar y punto. Tú te encargarás de cuidar a la niña y hacerle ver a Daniel que todo aquello fue un error y que juntos lo podrán solucionar. Si quieres a mi hijo, como tanto profesas, lo harás por él y por la niña que tanto dices querer como hija propia.

Karina se quedó sin palabras. Estaba horrorizada y no sabía qué decir o hacer. El recuerdo de Edward ahora se difuminaba y solo pensaba en el dolor de Daniel, un hombre atormentado por el pasado y por tantas desgracias. Ella se sentía culpable de ser parte de aquel sufrimiento y ahora solo pensaba en él y en aquel amor que algún día hubo entre ellos dos, si es que aún quedaba algo de él.

Le costaba comprender que no le hubiera contado nada sobre la traición de Charlotte. Sin embargo, ella también lo había hecho. Él sólo quería pasar página y estar con ella. Se había enamorado sin pensarlo y ella no podía odiarlo por eso.

Alfredo, tras varias horas fuera, encontró a Daniel en un burdel cerca de la carretera principal que unía el pueblo con la ciudad de Barranca. Lo vio delgado, demacrado y con una barba larga y descuidada. Con mucho esfuerzo, Alfredo logró llevarlo de vuelta a la hacienda.

Doña Teresa se encargó de sus cuidados. Karina no salía de su cuarto. Doña Teresa decidió que, de momento, lo importante era que su hijo se recuperase y dejase la bebida atrás.

Pero no se quedó ahí y decidió escribir ella misma a Anne para que mandase de vuelta a casa a Fátima. Anne se sorprendió de que fuese doña Teresa y no su amiga quien diese la orden, pero prefirió hacer caso a la misiva y mandó de vuelta a María con Fátima.

María llevaba un tiempo disgustada con la ausencia abrupta de

Edward, tras varios días juntos y muy compenetrados. Creía que era su oportunidad de casarse con un hombre rico y guapo como era Edward, pero cuando se marchó sin decir nada, se quedó muy triste. Su partida era sinónimo de que no la amaba como ella creía y la había dejado sin ninguna clara intención sobre sus intenciones amorosas hacia ella.

Regresaron a casa con mal sabor de boca. Fátima se había hecho muy amiga de Anne y su compañía había sido un gran alivio tras varios meses sin sus padres. Se estaba convirtiendo en toda una mujer y los consejos de Anne eran todo lo que ella necesitaba oír. Su partida tan repentina le supo muy mal y deseaba explicar su malestar a su padre y a Karina, quien ni siquiera le había escrito con la noticia de la llegada de su abuela o la vuelta a casa.

Desde que llegó a la casa notó muchos cambios entre ellos dos. Su padre se recluía cada vez más en su despacho y solo salía para ir a la chacra o a las plantaciones. Ni siquiera comía con ellos, con la excusa de tener mucho trabajo acumulado. Su abuela la obligaba a estudiar hasta altas horas de la noche, le decía cómo tenía que sentarse, cómo comer correctamente como una señorita, la corregía al hablar y la hacía recitar poemas largos de memoria. Su vida se había convertido en un constante rigor y nadie decía nada para contradecir a doña Teresa.

—Dentro de poco tendrás que hacer tu presentación oficial a la sociedad y no puedes comportarte como una pueblerina simple y corriente. Tú eres una niña de bien que tiene que demostrar a todos que el vivir en el campo no está reñido con ser una señorita educada, correcta y con buenos modales.

Su abuela repetía el mismo discurso casi a diario, con la silenciosa aprobación tanto de Karina como de María. Ella solo obedecía a su abuela, llena de melancolía y soledad. No solo Karina estaba muy rara desde que habían vuelto. María también había cambiado mucho. Su actitud empeoró tras una conversación a puerta cerrada con su hermana. Fátima sabía que algo no iba bien en la casa, pero no llegaba a entender la magnitud del problema. Ella no era consciente de nada y así estuvo la mayor parte del tiempo, sin saber lo que realmente pasaba en su casa.

—Karina, me tienes que explicar qué es lo que está pasando. Recibimos una carta de tu suegra con la urgencia de volver a la casa, pero no entendemos cuál es la urgencia. Vemos que Daniel está bien y tú también, aunque por tu palidez me imagino que no es así. Me tienes que decir qué ha pasado durante el tiempo que no hemos estado.

Porque está claro que algo ha pasado.

—María, será mejor que te sientes. Me cuesta mucho tener que contártelo yo. Lee esto.

Karina tampoco se sentía cómoda en la casa con todo el ambiente tan cargado y muchas veces salía a caminar con su hermana por el prado, y así despejarse. Le gustaba pasear por su antigua casa y recordar los bellos momentos que vivió ahí. A pesar de las penurias y de lo pequeña que era su casa, ahí las dos habían sido felices. A María, en cambio, no le gustaba recordar su pasado. Desde que su situación había cambiado, su salud había mejorado notablemente. Había ido a los mejores especialistas de la región y en Piura se sometió a rehabilitaciones específicas para tratar sus dolencias pasadas. Ahora era otra mujer, más feliz, más sana, y estaba enamorada, cosa que nunca pensó que podría suceder durante su vida en aquella vieja y destartalada casa en la montaña.

María había leído la carta con gran pesar por su hermana. No podía creer que su cuñado fuese capaz de algo tan atroz como mentir sobre la muerte de su mujer. ¿Y qué pasaría ahora, qué sería de ellas? Ahora, pensaba que tendría que volver a su vieja casa, que tendría que dejar su felicidad y obviamente nadie querría casarse con una mujer pobre. Edward nunca se le acercaría y se quedaría sola para siempre.

—¿Qué será de nosotras, Karina? Si Daniel está casado, esto quiere decir que tu matrimonio no es válido. Nos tendremos que ir de la casa, nos quedaremos en la miseria. Yo no puedo volver a aquello, no puedes dejar que vuelva a estar sola y enferma. Mis días en Piura han sido maravillosos. He podido conocer más a dos encantadores hermanos. Anne es tan delicada, tan educada; y Edward…

—¿Qué pasa con Edward?

—Hermana, creo que me he enamorado. Todo ese tiempo descubrí a un hombre tan especial, tan único. Su forma de ser es tan distinta a todo lo que he conocido. Es extrovertido, atento y nunca parece estar enfadado. Siempre tiene una sonrisa para ti, siempre te escucha y te hace sentir especial. Lo hablé tantas veces con Anne… Ella estaba segura que Edward algún día me pediría ser algo más que una simple amiga. Ella, que es su hermana, lo creía posible; pero con estas noticias, ¿cómo voy a volver a mirarlo a la cara? ¡Qué vergüenza más grande el tener que reconocer que ahora no somos nada, que somos pobres, campesinas y de otra raza!

—María, yo no recuerdo aquella época como algo de lo que hay que avergonzarse. Éramos felices a nuestra manera. Siempre nos teníamos la una a la otra y nunca nos enfadábamos por nada. Nunca hubo secretos ni mentiras. Nadie nos hacía daño y los niños siempre nos buscaban para estar con nosotras. Nos querían por ser nosotras, no por ser ricas ni hacendadas. A la gente del pueblo no le importaba nuestro prestigio ni nada; de hecho, ahora ya ni se acercan a la casa. Les damos temor o respeto, ya no lo sé. Antes vivíamos rodeadas de niños que nos cantaban y nos alegraban las mañanas y ahora sólo vivimos entre frías paredes y silencios incómodos.

—Qué fácil es para ti ver las cosas desde tu prisma. Tú solo recuerdas lo maravillosa que era tu vida de pobre. Te acuerdas como si yo no estuviese en ella, o no desde mi perspectiva. Para mí, la pobreza solo me hizo perder a mis padres, enfermar gravemente y estar a punto de perder la vida. He vivido toda mi vida en la desgracia y en el constante temor de morir en cualquier momento. Mis dolores y cansancios eran constantes, no podía salir casi de casa y tenía que ver cómo tú te ibas tan alegremente a trabajar rodeada de aquellos niños que solo te querían a ti.

—Eso no es verdad. Ellos también te querían. Tú les hacías unos deliciosos bizcochos y siempre te regalaban flores con notas de que te mejorases pronto. ¿Por qué sólo quieres ver sufrimiento en el pasado? ¿No te das cuenta que ahora estamos sufriendo más? Ahora estamos en un limbo sin saber qué va a ser de nosotras. No puedo garantizarte que Daniel no nos eche de la casa en cuanto Charlotte se recupere.

—Pero según la carta ella cree que no se va a recuperar.

—Aquello lo dice porque está sumida en la depresión fruto de la propia enfermedad, pero si ha tenido las fuerzas para volver y escribir esa carta, es porque piensa recuperar su vida y a su marido y a su hija. Yo ya no encajo en su vida.

Las dos hermanas se quedaron en silencio. Miraron cómo el sol se ponía entre las montañas con el mar a lo lejos. Las luces, de color naranja y rojo, se asomaban en lo alto del cielo y entre nubes sus tonos daban la sensación de que la vida, a pesar de la tristeza de las hermanas, seguía cruelmente su camino.

Pero a pesar del miedo de María, las cosas se mantuvieron iguales durante un tiempo. Llegaron las Navidades y todo parecía seguir un curso lento y silencioso. La incomodidad de la rutina se apoderó de todos. Doña Teresa organizó la misa de gallo con el párroco y todos en

el pueblo estaban encantados con la llegada de aquella misteriosa señora tan elegante que se dedicaba a dar órdenes al párroco y a llenar la iglesia de flores.

Daniel no sabía muy bien qué hacer con la carta y la petición de Charlotte. Decidió no hacer nada y esperar a que algo cambiase, aunque no sabía qué. Su calma irritaba cada vez más a Karina, quien le exigía en acaloradas discusiones que decidiese su futuro y el de su hermana, al igual que el futuro de su propia hija, quien estaba cada vez más apagada y cansada con las estrictas lecciones de doña Teresa.

Daniel escuchaba callado, como un niño tras una travesura. Se quedaba en algún rincón con la cabeza gacha y los hombros encogidos. Karina le exigía que tomase alguna decisión, la que fuera, pero que no se quedase ahí sin hacer nada.

Las Navidades pasaron y llegó el verano. El calor inundó todos los rincones de la casa y los trabajadores empezaron a salir más temprano al campo. Las altas temperaturas en los sembradíos no era bueno para los animales, por lo que a mediodía ya volvían todos a descansar a sus respectivas casas. Daniel, por las tardes, salía sin decir nada. Se ponía el sombrero de paja de su padre y con su perro caminaba durante horas por los senderos arenosos de los cerros de la zona. Se quedaba hasta pasado el atardecer y cuando regresaba se encerraba en su despacho hasta altas horas de la noche; tan solo salía para pedir la comida o para dormir. Hacía mucho que no dormía en la habitación principal con Karina. Casi nunca estaban juntos y solo discutían cuando se veían. Fátima se encerraba rápidamente en su cuarto cada vez que los veía discutir. Prefería no escuchar insultos y reclamos.

Un día sofocante, cuando el calor era tan penetrante que hasta las moscas buscaban la sombra, apareció en medio de la polvareda la figura de un hombre. Doña Teresa se abanicaba con vehemencia en el porche de la casa grande cuando lo vio venir. Le llamó la atención que no viniese en algún carruaje, sino andando. Llevaba el traje sucio de polvo, y los zapatos desgastados delataban las horas de caminata hasta llegar a la hacienda.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere un día con tanto calor? —Doña Teresa odiaba las visitas inesperadas, y mucho más de vendedores ambulantes pobres que solo la querían engañar con cacharros viejos e inútiles.

—Vengo a ver a don Daniel del Campo. Soy amigo de Charlotte, su mujer.

Doña Teresa supo quién era tras escuchar las palabras altaneras de aquel extraño.

—¿Cómo se atreve a presentarse en una casa respetable sin anunciarse antes? Aquí no ha llegado ninguna nota con su visita ni con sus datos, caballero.

—Déjalo, madre. Ya sé quién es.

Daniel apareció de pronto. Desde la ventana de su despacho lo había visto llegar entre el polvo de la entrada y supo de inmediato quién era.

—Me llamo Fernando Alcántara. Vengo en nombre de Charlotte del Campo. Vengo a anunciar su fallecimiento y a pedir que se cumpla su última voluntad. Tras ser ignorada en su lecho de muerte por su persona, vengo a reclamar lo que ella me pidió y le pidió, señor Del Campo. Vengo a reclamar lo que me corresponde por derecho y por piedad. No vengo a nada más.

Daniel, en silencio frente a los nervios de su madre, la miró con ojos inquisidores y ella no dijo nada. Los dos entraron a la casa y se encerraron en el despacho; ahí estuvieron durante largas horas. Todos sabían que aquella visita tarde o temprano llegaría y rompería la relativa paz que habían logrado.

—¿Cuándo ha fallecido?

—Hace un mes. Hoy exactamente hace un mes. Era muy temprano cuando la fui a ver para darle el desayuno, y ya no estaba.

—¿Por qué has tardado todo este tiempo en venir?

—No creas que fue fácil venir a verte. Tenía mis dudas sobre esta decisión de Charlotte. No estaba de acuerdo con ella, pero no soy quién para juzgar a una moribunda. Ella tenía sus motivos, no la culpo, pero cuando supo que la mayoría de la gente creía que estaba muerta, me pareció una idea fantástica para seguir adelante. Yo estaba dispuesto a darlo todo por ella, por lo nuestro. El hecho de que la gente, su marido y su hija creyesen que estaba muerta nos daba la libertad que nunca habíamos tenido de poder ser felices. Pero ella no quería aquello. Ella quería salvar su alma, quería que nos reconciliáramos con ese pasado que dejó tan abruptamente y, sobre todo, quería que su hija la perdonase. Puede que suene muy egoísta de mi parte, pero yo no quería a nadie más en nuestras vidas. Éramos ella y yo enfrentando el mundo; la llegada de una niña dificultaba nuestra

propia supervivencia a futuro..., aunque es verdad que al instalarlos nos sentimos preparados para tener una familia. Lo que pasa que yo pensaba que la niña no era mía: había crecido en otro ambiente, había vivido otras experiencias y creía firmemente que tú eras su padre.

—Y así es. En realidad, su padre soy yo. Yo la vi nacer, la vi crecer y ahora le di una madre de verdad. Una que no la abandona para irse con otro hombre. Porque, querido amigo, una niña pequeña no entiende de infidelidades o de rencores del pasado, ella solo cree en el amor de sus padres. Charlotte nunca la quiso. Yo vi sus desplantes, vi cómo la miraba y aquello nunca fue amor de madre.

—Charlotte la quería, a su modo. Ella se reprochaba el que no fuera hija tuya o que no estuviese conmigo para criarla y amarla.

—Dudo mucho de ese amor, pero no quiero ni pretendo hablar mal de alguien que ya no está entre nosotros y que no se puede defender. No es de caballeros hablar de alguien que ya no está.

—Yo estoy de acuerdo. Pero que sepas que siempre, pase lo que pase, defenderé su memoria y ella siempre estará segura en mis recuerdos. Yo la quise antes de que tú existieras en su vida, y la conocí como nadie más lo hizo. Yo sé realmente cómo era ella, su esencia más pura era para mí.

—¿Qué es lo que quieres reclamar?

—Quiero reclamar su última voluntad. No quiero discutir sobre la crueldad que tuviste con ella al no contestarle en su momento. La dejaste esperar y esperar. Se despertaba todas las mañanas con la misma pregunta, si sabía algo de ti, si había respuesta. Pero nunca llegó y por aquello he tardado en venir. Porque he tenido que contener mi rabia, he tenido que esperar a que mi alma se calmase para poder estar aquí frente a ti. No estaba muy convencido, pero lo he pensado tanto, he pensado tanto sobre mi vida, sobre mi futuro... Realmente no tengo nada que perder ni nada que esperar. Toda mi vida giró en torno a Charlotte. Yo era un simple muchacho, un empleado de su padre que no llegaba nunca a decidir nada en la vida. Vivía por vivir, respiraba por respirar, hasta que llegó Charlotte. Con su imagen pura y alocada. Con ese gesto, su ímpetu, su sentirse tan segura de todo. Admiraba aquella capacidad de estar siempre alegre, de llenar toda la habitación con una luz especial. Así era Charlotte hasta que la muerte empezó a rondar. Toda su alegría se desvaneció, toda su luz se fue apagando poco a poco y el brillo de sus ojos se fue perdiendo. He venido a ver a mi hija, a conocerla. Quiero cumplir por

lo menos con aquello, con hablar con ella y contarle cómo era su madre y cómo soy yo. No sé qué imagen tendrá de su madre, pero seguramente no será la correcta. No quiero que la odie por haberla abandonado.

—¿En serio pretendes venir a mi casa y hablar con una niña pequeña sobre su madre, sobre una mujer que la dejó tan pequeña? ¿Tú crees que ella podría asimilar el dolor de pensar que su madre la había abandonado? Yo no fui capaz de decirle la verdad. Lo que la niña cree es que su madre murió, es lo que hay. No voy a cambiar aquello ni con tu visita ni con las voluntades de una difunta.

—Es algo que me esperaba, no me sorprende. Pero te voy a decir una cosa, don Daniel del Campo. Volveré dentro de un par de meses. Espero que ese tiempo te dé margen para ver cómo haces para decirle a la niña lo de su madre y lo de su padre. Me da igual las consecuencias que pueden degenerar en tu familia, a mí ya nada me importa, lo he perdido todo. ¿Qué más da?

—¿Piensas intentar llevártela?

—Solo quiero honrar la memoria de Charlotte, nada más.

Fernando salió de la casa con la cabeza baja y no miró a nadie. Karina estaba en la entrada con María y doña Teresa. Todas expectantes esperaban alguna actitud, algún movimiento, pero no hubo nada. Ahí estaban ellos dos sin peleas, sin gritos.

Karina al ver que Fernando se alejaba, decidió ir al despacho a hablar con su marido.

—Daniel, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Quién era ese hombre?

Daniel la miró con los ojos llenos de lágrimas y sin decir nada cogió su abrigo y salió de la casa. No regresó hasta muy tarde.

La tensión siguió en el ambiente un par de días hasta que llegó una carta de Anne.

Querida amiga mía:

Te escribo estas líneas para comentarte que pronto partiré de regreso a

Londres y quería despedirme de ti antes de partir.

Tengo muchísimas ganas de verte y de hablar sobre todo lo que está pasando.

Dime si soy bienvenida en vuestra casa para pasar una temporada de camino a Lima, ya que desde ahí zarpará el transatlántico.

Mi hermano Edward también quiere visitaros. Quiere volver a ver a Daniel y a María.

Dime si es posible, mediante un telegrama, y así organizar ya mi partida de esta maravillosa tierra norteña que tanto amor me ha regalado.

Siempre tuya,

Anne

Karina suspiró con desgana. No sabía cómo iba a enfrentar a Edward y a Daniel a la vez. Y cuando se fuera, ¿sería capaz de superar su partida? ¿Cómo podría olvidarlo si estaba más presente en su piel, en su mente y en su corazón de lo que nadie había estado? Pero aquella historia de amor era imposible,. Su vida ya no tenía sentido, creer que estaba cerca le daba algo de valor, pero si se iba tan lejos y a otro continente, no sabía cómo lo soportaría.

Aquella noche y después de caminar con paso acelerado y de dar vueltas y vueltas, Daniel apareció en su habitación.

—Daniel, ¿estás bien? ¿Qué hora es?

—No te asustes. Solo quiero hablar.

—Ven, siéntate a mi lado.

En la oscuridad de la noche, la luz de la luna iluminaba la habitación y Karina vio un cuerpo casi sin vida que caminaba a su encuentro. Daniel se derrumbó en sus brazos y lloró como un niño, sin parar. Karina lo abrazó con tanto cariño y amor, que en ese momento recordó por qué lo había amado, recordó su sensibilidad y a aquel hombre maravilloso que alguna vez fue. Ahí en sus brazos parecía tan débil, tan marcado por los golpes de la vida. Lloraron juntos en un intento de consolarse mutuamente. Los dos, bajo la luz de la luna, bajo

las sombras nocturnas, se abrazaron y dieron rienda a toda su pasión contenida. Se rindieron a ese amor ya maltrecho y mal curado.

—Karina, perdóname. Perdóname por todo. Te he abandonado. Te he decepcionado y dejado atrás. Te he mentido y he hecho que todo en lo que creías se desvaneciese tristemente. Tú eres una luz en mis tinieblas y contigo tengo la paz que nunca tuve con Charlotte. Me enamoré de ti, de aquella inocencia, de tu pureza. Y soy un horrible ser humano por destruir aquello, por dejarte sola. Te quiero, amor mío. Te quiero y no quiero que me dejes. No me dejes solo en esta agonía. No me dejes, Karina, no me dejes.

Las súplicas de Daniel bañado en lágrimas y con la cabeza apoyada en su regazo pudo más que nada en Karina. Su conciencia se avergonzó de todo el dolor que le había causado a su marido.

A la mañana siguiente, Daniel dio un anuncio en la mesa.

—Buenos días, señoras y señorita. Lo primero que quiero decir, y que es muy importante, es perdón por este tiempo tan amargo que les he hecho pasar. Siento muchísimo mis ausencias, mi frialdad y mis pocas ganas de mejorar. Quiero que todos sepan lo mucho que quiero a Karina y lo muy feliz que soy a su lado. Ella siempre me ha apoyado y aquí está a mi lado a pesar de mis bajezas y errores. —Continuó—: Fátima, eres una niña encantadora y sé que Karina ha sido una buena influencia en tu vida, pero quiero que avances y seas mejor persona que yo y que muchas mujeres de tu edad y generación. Los tiempos van cambiando y los campos se están quedando atrás en cuanto a la juventud. Tu vida no es esta. Te mereces algo más que una vida en el campo, por más libros que te demos. Te mereces conocer el mundo, viajar y disfrutar muchas más cosas. He hablado con mi madre y hemos decidido que te vayas con ella a París. Karina entiende que es lo mejor para una joven inteligente como tú y estamos seguros de que sabrás aprovechar las oportunidades que te dará la vida. Sé que Europa te llenará en muchos aspectos.

Karina no estaba muy de acuerdo con dejar ir a la niña, pero en el fondo sabía que era lo mejor. Su vida estaba más allá de aquellos muros transparentes. Una niña tan lista y tan llena de inquietudes y ganas de vivir no podía quedarse encerrada entre campos y vacas.

—Es una excelente decisión, hijo. —Doña Teresa siempre había querido llevarse a la niña a estudiar fuera. Sabía que un buen colegio privado para señoritas sería el sitio ideal para que su nieta se desarrollara y alejarla de posibles intrusiones que ahora no venían a

cuento. Fátima, a pesar de todo, era su nieta. Ahora ya era tarde para cambiar las cosas y los sentimientos.

Fátima estaba muy feliz con la noticia, tenía muchísimas ganas de viajar, de conocer otros mundos. Su estancia en Piura con Anne le había servido para llenarse de ideales, de nuevas puertas en su vida y el viaje a París, a pesar de ir con su abuela, le daba grandes esperanzas a su futuro.

—Como sé que eres muy amiga de la señorita Anne, mi querida Fátima, te comento que pronto estarán de visita unos días con nosotros, y ten por seguro que ella se alegrará mucho de tenerte más cerca, en Europa.

—¡Es una noticia estupenda! Me agrada tanto la señorita Anne. Estoy muy feliz de volver a verla y de compartir con ella esta maravillosa noticia. Gracias, padre, por tan bonito regalo. No pienso defraudarlos. Sé que tú y Karina han puesto grandes expectativas en mí. Siempre los llevaré en mi corazón y nunca olvidaré mis raíces. Lo prometo.

Unos días después llegaron Anne y Edward a la hacienda. Todos estaban ansiosos de recibir visitas y de cambiar de aires y de ambientes. María deseaba tanto reencontrarse con Edward y ver si había una posibilidad más allá de una simple amistad; Karina deseaba tanto ver a su amiga, pero temía el encuentro con Edward. ¿Podría soportar verlo? Ahora, con Daniel las cosas habían mejorado. Él ya no bebía y dormían juntos de nuevo. Se despedían con un beso por la mañana y sus encuentros eran muy deseados. Por fin había superado el pasado y seguramente la muerte de Charlotte les había dado un respiro. Ahora ya no cargaban con ese peso y su amor se había liberado. Pero ¿hasta qué punto era superior a lo que sentía por Edward? Pronto lo descubriría.

—¡Querida mía! —Anne bajó corriendo del carruaje y fue directa a abrazar a su amiga. Karina se quedó un poco impactada por la efusión, pero la recibió con gran cariño.

—Amigo mío, baja, por favor, y ven a darme un abrazo.

Daniel vio a su amigo bajar lentamente del carruaje con una expresión un poco entre asustado y preocupado. Llevaba días sin dormir, pensando cómo iba a enfrentar a su amigo y, sobre todo, cómo iba a llevar el volver a ver a su amada.

—Daniel, me alegra tanto volver a verte. Karina… —Sus ojos se desviaron a su lado y casi sin querer la abrazó—. Me alegra mucho

verte.

—Yo me alegro más de verlos a los dos. —María interrumpió el abrazo entre su hermana y su posible conquista—. Es realmente maravilloso tenerlos aquí y que disfruten de la hacienda y de sus tierras. Piura es precioso, pero aquí también tenemos lo nuestro.

Aquella noche casi no se dijo nada. Los invitados estaban cansados y todos se fueron a dormir temprano.

A la mañana siguiente, Karina invitó a Anne a dar un paseo por el pueblo y conocer sus calles, su pequeña plaza y su antigua casa en la ladera de la montaña. Las dos amigas estaba pletóricas de volver verse y durante el camino solo reían y se contaban anécdotas tontas del pasado… Pero Karina calló cuando vio su casa.

—¿Pasa algo, amiga? —le preguntó Anne sin saber dónde estaban.

—Aquí viví yo. ¿Puedes creerlo? Yo, antes de todo lo sucedido, vivía aquí. Aquí en esta pequeña casa de adobe, con aquella valla para el ganado y solo una habitación que compartía con mi hermana. Aquellos tiempos tan hermosos, con tan buenos recuerdos.

—Pero ahora tienes mucho más. Tienes una gran casa y no les falta de nada.

—Lo sé. No nos falta de nada. Pero fui más feliz aquí que en todo este tiempo en la hacienda. No tenía que soportar la mirada cruel y llena de asco hacia mi persona por parte de doña Teresa por no ser blanca o hija de algún hacendado reputado.

—Me vas a contar lo que ha pasado.

—Charlotte apareció en nuestras vidas como un fantasma. Apareció reclamando a su hija y un reconocimiento.

—Pero,si estaba muerta.

—Daniel lo ocultó todo. Mintió para no tener que decir que su mujer lo había abandonado, sobre todo para proteger a Fátima. No lo culpo ahora; yo he cometido también errores muy graves y no soy quién para juzgar su pasado. Tenía motivos muy grandes.

—Edward me ha contado lo que pasó en Lima. ¿Sabes que está enamorado de ti? Hablé muy seriamente con él y le pedí que no cometiese ninguna barbaridad. Me pidió, me suplicó, volver a verte

antes de partir. Quiere despedirse de ti, sabe que lo de ustedes es imposible y que lo mejor es separarse.

—Yo también siento lo mismo. Yo también lo amo, pero entiendo que esto no es real y que tenemos que despedirnos, pero creí que venía a hablar con María, que había alguna posibilidad de amor entre ellos.

—No lo creo, Karina. No creo que mi hermano ame a tu hermana. Y tampoco lo veo capaz de matar a alguien por pena u obligación. Es un hombre muy honorable y respeta mucho a tu hermana como para meterla en un matrimonio sin amor y que tarde o temprano caería por su propio peso.

—Es mejor así. Es mejor que se vaya de nuestras vidas y que no miremos atrás con rencor, que recordemos aquello como lo que fue: una bonita pero efímera historia de amor.

Capítulo 6

Aquella noche, aprovechando la oscuridad y que todos ya estaban durmiendo, Edward esperó, impaciente, entre los árboles del jardín. Temía que, tras leer la nota, Karina no aceptase la invitación y no acudiese a su encuentro.

Bajo la leve niebla, un abrigo rojo emergió como un pequeño colibrí. Aquella imagen contrastaba con la penumbra de la noche oscura. Las pupilas se le dilataron y su corazón marcaba los pasos agitados de Karina.

—Has venido. Pensé… Creí que no vendrías.

—Me costó, lo reconozco. Sin embargo, no tengo mucho tiempo.

—Sabes que me voy. Regreso a mi país.

—Lo sé. Me lo dijo Anne. Creo que es lo mejor.

—Puede ser, aunque la situación en Europa está muy tensa actualmente. Pero aunque se rumorea la idea de la guerra, no sé qué es peor: afrontarla o estar tan lejos de ti.

—Eres un poeta, no cabe duda. Daniel y yo estamos mejor que nunca. Hemos recuperado nuestra confianza mutua. Tú eres solo un error de mi pasado.

—Qué frialdad para describir nuestra historia. —Edward sonrió con ironía, sin mirar a su amada—. No pensé que la despedida sería tan cruel, tan lejana.

—No hay nada entre nosotros. Solo fue un error, nada más. Y, en el fondo de tu corazón, lo sabes. Era una relación que no iba a parar a ninguna parte. Daniel es tu amigo y yo su mujer. No estoy siendo cruel, estoy siendo realista.

Karina estaba decidida a dejar todo atrás. Tenía que ser fría para que así Edward no sospechase nada. Sin embargo, su alma lo llamaba a gritos. Unos gritos silenciados por la penumbra nocturna y por unas rejas invisibles difíciles de abrir.

—¿Y si me caso con tu hermana? Así no me tendría que ir.

—¡No! Eso no es posible.

—Lo sabía, sabía que todo esto era un paripé. Es todo mentira. Me quieres; lo sé, me quieres.

Edward se lanzó a los brazos de Karina y se dieron un beso apasionado bajo el manto estrellado y los árboles que danzaban en la oscuridad. Pero entre aquellos testigos mudos, uno no lo era tanto. Daniel los observaba con un cigarrillo en la boca y con una extraña tranquilidad.

—No hagas que esto sea más difícil para mí, Edward. Sabes que te tienes que ir de mi vida y no quiero que hagas daño a mi hermana. María es un ser puro y ha sufrido mucho en esta vida. No le hagas una herida innecesaria. —Karina se derrumbó. ¿Cómo iba a decirle adiós a aquel hombre con el que había vivido una pasión jamás antes sentida? Su alma se rasgaba en mil pedazos pensando en una separación permanente.

—Solo quiero estar cerca de ti.

Se abrazaron fuertemente, como si no hubiese un mañana, sin pensar en nada ni en nadie.

A la mañana siguiente, Anne salió con Fátima, quien estaba tan entusiasmada con su próximo viaje que acaparaba toda la atención de su invitada.

María convenció a Edward de dar un paseo a caballo y Daniel se quedó en la casa con Karina.

—Creo que María sería feliz junto a Edward. ¿No te parece que hacen una buena pareja, Karina?

—Si tú lo dices… Me voy a recostar un poco; no he dormido bien y estoy un poco cansada.

—Sí, descansa. Sé que no has dormido bien, y seguramente Edward tampoco.

Karina se quedó de piedra ante las palabras de su marido. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—No entiendo qué quieres decir.

—Sé que anoche te acostaste más tarde de lo habitual. Sé que saliste al

jardín a altas horas de la noche. Sé que fuiste al bosque y sé que te viste con aquel que dice ser mi amigo. —Daniel dejó lentamente el periódico en la mesa mientras pronunciaba aquellas palabras. Su tono iba aumentando y se llenaba de valor con cada palabra—. ¿Desde cuándo me engañas? ¿Desde cuándo me estás traicionando? —Una furia contenida se liberó y, con el ardor de un amante traicionado, se animó a retar a su mujer.

—Padre, ¿sabes que Anne habla cuatro idiomas? —Fátima, con su amiga del brazo, entró en ese momento.

—Lo siento mucho, Daniel. Lo he intentado. He intentado ser mejor esposa, he intentado ser lo que tú querías que fuese. Pero yo no soy así. Soy una simple muchacha de campo que se equivocó y que no sabe cómo arreglar esto.

—Karina, ¿pasa algo? —Anne entró detrás de Fátima e intuyó que aquel no era un buen momento para la pareja. El rostro desencajado de su amiga y la altivez inusual de Daniel indicaban lo peor.

—Soy culpable de ser una pecadora.

María, al escuchar los lloros de su hermana, entró seguida de Edward, quien se quedó rezagado en el marco de la puerta.

Ahí estaban todos, todos juntos enfrentándose a sus secretos y a sus dolores. Miradas con rencores y desilusiones infinitas.

El silencio era atronador, feroz y tenso. Daniel lleno de desilusión, Karina llena de vergüenza.

—Tengo algo que anunciar. Le he pedido la mano a María ahora en el prado y ha aceptado.

Las palabras de Edward sonaban como el eco en la cueva de una montaña. Como las olas que rompen contra las rocas.

Daniel miró a su mujer esperando una reacción, pero no vio nada. Karina se desgarró. Su cuerpo se rompía en trocitos diminutos camuflados por un vestido bonito y un tocado de flores en el pelo. Pero no dijo nada, no hizo nada.

Tras una incómoda pausa, Daniel, con una sincera sonrisa, felicitó a los novios. A pesar de su voz retumbando en la sala, el ambiente se sentía caldeado por la confesión anterior a la interrupción de la noticia de la boda.

Karina abrazó a su hermana con lágrimas en los ojos. Una mezcla de alegría y tristeza la embriagaban y ya solo quedaba desearle a su hermana lo mejor del mundo junto a aquel que ella tanto amaba. Aquel momento había llegado. Su hermana querida se merecía ser feliz, y si el destino se empeñaba en alejarla de Edward, ¿qué mejor que estuviera con María?

Se decidió celebrar la boda antes de partir a Inglaterra. María había decidido viajar con su marido y dejar la hacienda atrás. Su vida no estaba ya atada a su hermana y la oportunidad de salir y de conocer otros lugares era demasiada tentación para ella.

Tras una pequeña ceremonia en la hacienda y la boda en la capilla de la hacienda, los novios partieron a Lima. Aquella no fue la fiesta esperada por María. Nadie tenía muchas ganas de celebrar nada y se notaba en el ambiente. No se convocó al pueblo, ni a la banda. Todo quedó en una íntima comida familiar y tampoco se invitó a amigos y familiares de la capital. Parecía más un funeral que una boda. La excusa era la grave situación que amenazaba a Europa; aquello desanimaba la celebración por todo lo alto una boda. Sin embargo, María sentía celos, celos por no ser la protagonista de su historia y celos porque, en el fondo de su alma, en aquel rinconcito cerrado a cal y canto, se hallaba la respuesta correcta a todo.

María recordaba el día que Edward le propuso matrimonio con una mezcla de alegría y melancolía. Recordaba lo nervioso que se le veía y cómo esquivaba mirarla continuamente. Ella pensó que quizás eran los nervios de un amor tímido y de un hombre poco expresivo. Recordaba cómo la cogió de la mano y cómo había temblado de placer al sentir sus dedos recorrer su muñeca. Recordaba el sudor en la palma de la mano y cómo, con voz temblorosa, salían aquellas palabras tan esperadas y tan deseadas.

La pobre inocente buscó excusas a la indiferencia repentina de Edward por ella o por todo lo relacionado con la boda. Él solo quería irse y se dedicaba en exclusiva a organizar su vuelta a Inglaterra. Se le veía constantemente ansioso por volver a la capital y maldecía su estancia en un pueblo tan alejado de todo; aquel pueblo que significaba tanto para María. El abismo de su futuro se presentaba como un agujero negro sin una clara visión de la nueva vida de casada. El miedo se mezclaba con la felicidad.

Por las tardes, mientras recorría los campos de algodón y disfrutaba de sus últimos días en aquella hacienda, se veía a sí misma rodeada de lujos y lacayos a su disposición. Le pedía a Edward que le hablase de

su futura casa y que le contase acerca de lo nuevo que se encontraría. Necesitaba tener claro dónde iba a vivir, sin siquiera pensar en el idioma. La pobre era ignorante de aquello. Pensaba que su amor y sus ganas de tener un matrimonio mejor que el de su hermana superarían cualquier obstáculo.

Edward, desde el letargo y el dolor, se esmeraba por complacer a su futura esposa. Le contaba todo sobre su país y su casa. Sus palabras parecían lejanas y, a veces, inentendibles incluso para él.

Tras aquella noche en el prado, Edward y Karina nunca más volvieron a hablar a solas; aquellas palabras fueron su despedida.

Daniel, por su parte, suavizó su tono y prefirió esperar y pensar qué acciones tomar. No esperaba aquella alianza, pero le convenía mucho que su cuñada se casase con aquel que estuvo a punto de quitarle a su mujer.

Tras la partida de todos hacia la capital, Daniel y Karina se quedaron solos. Sus silencios se hicieron sonoros, sus distanciamientos evidentes y sus dolores no se curaban entre la cena y el desayuno.

Daniel había logrado seguir fuerte a pesar de todo y lo único que le ataba a la cordura y a la vida era su mujer. Tras lo acontecido y lo duro del descubrimiento de Charlotte, su anclaje principal era mantener su matrimonio a salvo y libre del pasado. Quería dejar atrás sus vicios, sus rencores y sus temores. Quería recuperar a aquella dulce profesora que con una sonrisa tierna y dulce le había cambiado la vida. Charlotte fue pasión, locura, veneno. Karina era luz, paz, antídoto. Contemplaba, a través de los reflejos del sol matutino, cómo aquellos rayos caían como cascadas en aquel cabello negro azabache. Sus mejillas pálidas y delgadas parecían brillar con la luz de la luna en las frías noches serranas. Pero aquella mirada enamorada era ciega a la realidad. Por mucho que Daniel intentase tener una vida normal y seguir como si nada hubiese pasado, en el corazón de su mujer las cosas se agolpaban de otra manera.

Él no veía los despertares nocturnos, los insomnios agónicos, las comidas mal comidas. No veía las lágrimas camufladas y los rezos susurrados en la capilla por los besos de otra persona.

La vida de Fátima también parecía no haber existido. Su habitación se cerró y los muebles se cubrieron de largas sábanas blancas, como si así se borrase una vida. La risa de la niña se había desvanecido y su eco se golpeaba contra las paredes.

Las empleadas de la casa la lloraban en silencio para no molestar al señor. Se dejó de reír, de gritar, de vivir. Todo, poco a poco, empezó a menguar. La casa había cogido un ritmo lento y denso. Karina deambulaba por ella arrastrando los pies en busca de algún ruido conocido. Echaba de menos las risas de los niños del pueblo y las conversaciones con María.

El tiempo parecía haberse detenido. El polvo suspendido en el aire se iluminaba con los rayos del sol y las nubes se teñían de tonos cálidos y anaranjados las tardes de verano. Las vacas pastaban y el cencerro rompía muchas veces el silencio.

Los susurros llenaban el aire. El viento, que antes apenas se dejaba notar, cobraba fuerza gradualmente. Las hojas de los árboles cercanos se agitaban como si estuvieran despertando de un largo sueño, provocando un murmullo suave y reconfortante, como si estuvieran susurrando historias ancestrales al oído del mundo.

***

La Primera Guerra Mundial fue desencadenada por una serie de tensiones políticas, económicas y militares en Europa. Las rivalidades entre potencias como el Imperio alemán, el Imperio austrohúngaro, el ruso, el británico y la tercera república francesa, contribuyeron al estallido de la guerra. El asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria-Hungría en Sarajevo, en 1914, fue el evento que terminó de desatar el conflicto.

La gran guerra tuvo un impacto duradero en Europa. Los países involucrados sufrieron enormes pérdidas humanas y económicas. En Reino Unido cobraron fuerza el patriotismo y el sentido del deber. Muchos hombres se alistaron voluntariamente en el ejército.

La guerra trajo consigo una escasez de alimentos y bienes esenciales, y el gobierno implementó un sistema de racionamiento para asegurar que los recursos fueran distribuidos de manera equitativa. Los alimentos, la ropa y otros productos básicos estaban racionados, lo que llevó a una vida cotidiana de privaciones para muchas personas.

Las familias ricas en Inglaterra, durante aquel conflicto, experimentaron la guerra de manera diferente en comparación con la mayoría de la población, lo que facilitó la adaptación de María a su

nueva vida de casada junto a Edward. A pesar de la guerra, las familias de mayor poder adquisitivo pudieron mantener un nivel de vida bastante elevado. A menudo tenían recursos financieros significativos y propiedades que les permitían mantener sus mansiones y comodidades. Sin embargo, la inflación y los impuestos de guerra afectaron su poder adquisitivo.

Las familias ricas seguían teniendo personal doméstico, aunque las restricciones económicas llevaron a una disminución en la cantidad de sirvientes. La guerra tuvo un impacto en la disponibilidad de trabajadores domésticos, ya que muchas personas, incluidas mujeres, se unieron a la fuerza laboral en otros sectores.

A pesar de la aparente tranquilidad, a María le costó mucho integrarse en la sociedad inglesa, ya que la guerra había cambiado los hábitos de reuniones sociales de las mujeres aristocráticas y burguesas, como era su caso. Las mujeres de las familias ricas se involucraron en actividades de voluntariado y organizaciones benéficas y participaban en la Cruz Roja y en actividades de apoyo a las tropas. Muchas familias ricas también financiaron hospitales de campaña y centros de convalecencia.

Su escaso inglés y su «exótico» origen no eran bien recibidos entre aquellas damas y muchas veces se quedaba sola en casa soñando con que alguna vez la integrasen a sus asiduas reuniones de la Cruz Roja o la invitasen simplemente a tomar el té. A pesar de las restricciones, las familias ricas seguían organizando eventos sociales y asistiendo a teatros, conciertos y otros lugares de entretenimiento. Aquellos eventos a menudo tenían un propósito benéfico y destinaban los ingresos a organizaciones de ayuda a la guerra.

Edward, como muchos otros ingleses llenos de un repentino patriotismo, llenaban los grandes salones de los nobles y militares ingleses. En especial, la casa de lord Kitchener se convirtió en el centro del reclutamiento entre los adinerados de la época. Las tertulias sobre el papel fundamental de la aristocracia inglesa en la guerra enfundaba de un engañoso valor y daba a la guerra un tono romántico que con el tiempo se fue perdiendo ante la cruda realidad.

Lord Kitchener era todo un héroe gracias a sus hazañas en Egipto o en Sudáfrica y jugó un papel trascendental a la hora de reclutar hombres para la guerra. Edward escuchaba con fervor los discursos que se daban en la casa de Kitchener y así, lentamente y sin casi notarlo, dejó a un lado a su mujer. Su vida giraba en torno a la guerra, a las injusticias de aquella y a un sentimiento fervoroso de amor a la patria.

María lo escuchaba en los pocos momentos que estaba en casa. Con devoción y pasión, a Edward se le iluminaban los ojos ante alguna batalla o el pecho se le hinchaba de orgullo ante otra conquista.

Ella reía, lloraba y cantaba con cada gesto de entusiasmo de su marido. Él se animaba ante aquella complicidad por parte de su mujer. Notaba su inocencia y al principio le gustaba, incluso le parecía tierno. Sin embargo, mientras la guerra recrudecía y las malas noticias llegaba a los cuarteles, aquella ignorancia le irritaba y le fastidiaba. Para María, la guerra era como un libro, una novela contada en capítulos. Se alegraba, tenía miedo, se desilusionaba; todos sentimientos propios de una historia narrada y no de una guerra real.

Edward empezó a obsesionarse con el conflicto y sentía una gran impotencia al no poder participar en ella. Las charlas interminables en las casas de los grandes nobles avivaban más sus ansias de hacer algo más allá que el simple hecho de conversar o discutir.

Sus discursos se volvieron belicistas y sus conversaciones giraban en torno a la contienda, discutiendo tácticas militares, estrategias, eventos históricos y debates sobre política exterior. A veces, a María le costaba mantener una conversación con él y que no se centrase en aquellos temas. Tanta obsesión empezó a alejarla, ya que esa actitud de su marido la hacía sentir incómoda o alienada al no entender sobre tácticas de guerra o nombres de grandes héroes militares.

El rumor sobre las batallas perdidas y la sensación de impotencia animó a muchos aristócratas y burgueses a alistarse en el ejército y así sentirse parte de la solución a un conflicto mayúsculo y que superaba con creces sus expectativas románticas sobre el conflicto. Y entre aquellos que se animaron a dirigirse a una muerte segura se encontraba Edward.

María pasó de la risa al susto, a la incredulidad ante las palabras suicidas de su marido. Hasta ahora había intentado participar de las conversaciones, había intentado sentir lo que sentía Edward con cada batalla ganada. Sin embargo, para ella todo era lejano y distante. Nunca había pensado que todo aquello lo había desquiciado tanto que ahora pensaba participar en la guerra.

—No pongas esa cara, cariño —dijo Edward al ver la expresión de horror en el rostro de su mujer—. Es una cuestión de honor y amor a mi patria. Tengo que cumplir con mi deber. No puedo quedarme aquí sin hacer nada. Siento una gran impotencia al ver cómo sufre mi país, mi gente.

—Ya hay gente para eso. Hay militares, grandes héroes. Seguro que esto pronto acabará y no tendrás que irte. No puedes dejarme sola en esta casa. Las damas inglesas no me admiten en sus asociaciones benéficas y tú cada día estás más fuera que dentro.

—Si eso te preocupa, hablaré con algunos compañeros para que convenzan a sus mujeres de que te unas a ellas. Estoy de acuerdo con que vuestra colaboración también es valiosa. También puedes contribuir con dinero a la causa de la guerra: donar a organizaciones benéficas para hospitales militares u organizaciones de socorro. Muchas señoras trabajan como enfermeras, conducen ambulancias y participan brindando atención a los heridos y apoyo a las familias afectadas.

»A menudo organizan eventos, bailes y actividades culturales para mantener alta la moral de las tropas y recaudar fondos para la guerra. Voy a ver la forma de que asistas a uno de esos eventos.

—Todo suena muy bonito, pero sola... ¿Quieres que asista a todo eso sola? —María se entristeció al pensar en su hermana y en su país.

—Tengo que ir. Es mi deber. Y cuando regrese triunfante, tras la guerra, podremos hacer un viaje a donde tú quieras. Estoy seguro de que ganaremos la guerra, pero tengo que ir.

—No vayas, Edward.

—¡Tengo que ir! —Edward saltó de la silla—. Perdona, María. Pero no hay nada que discutir.

Y así, casi en un respiro, la vida de María cambió para siempre: un telegrama, una bandera, un militar en la puerta. Un héroe de guerra.

Septiembre, 1914

Queridísima Karina:

No sé ni por dónde empezar esta carta. Todo este tiempo aquí en el Viejo Continente ha sido una pericia tras otra y un dolor tras otro.

La gran guerra se ha llevado tanto. Se ha llevado vidas queridas y nos ha

dejado hambre y devastación.

Siento ser yo quien te dé tan terribles noticias, pero María, nuestra amada María, no está en condiciones de escribirte tan atroces cuestiones.

Edward partió a la guerra hace un mes y tras defender a su patria como todo un héroe, cayó en combate. Una bomba alemana impactó cerca de donde se encontraba él junto con otros compañeros, que también fallecieron en el acto.

Su cuerpo no se ha podido recuperar y lamentablemente María no tiene un lugar donde despedirse de su marido ni honrar su muerte.

Debo disculpar mi alejamiento todo este tiempo e intentar, en esta carta, resumir acciones tan delicadas para todos.

Edward siempre fue amable conmigo y me trató como la hija que nunca tuvo. Anne era un ángel en la Tierra, y, como todos los ángeles, partió de este cruel mundo.

Todos estos años hemos estado tan distanciados… Me siento mal por no haber fomentado mi relación con ellos. Recuerdo con mucho cariño aquellas tardes en Piura con Anne. Cómo disfrutaba de su compañía y de sus anécdotas sobre su vida y sus viajes. Pero cuando llegué, aquí perdimos el contacto y al final solo recibía de vez en cuanto alguna nota, o yo enviaba alguna postal por Navidad. Ahora me siento muy culpable por mi egoísta posición de niña caprichosa.

Anne siempre se portó muy bien conmigo y siempre recordaré con mucho cariño sus grandes consejos. Siempre estará en mi corazón. Su fallecimiento fue un duro golpe para todos. Recuerdo el día que mi abuela me anunció que Anne no había podido superar el parto. Qué feliz estaba con la idea de ser madre. Y James era un hombre encantador. Te parecerá raro, pero no sé dónde está. Aquí se ha perdido el contacto y mucha gente no sabe qué ha sido de sus familiares y amigos. La última nota que envió fue cuando nos avisó sobre la muerte de Anne tras el parto y que el bebé tampoco había sobrevivido; una lástima terrible. Ahora podrían estar con nosotras viajando a Perú y disfrutando de la playa, la brisa y de ese calor casi permanente que hay en el norte de Perú.

Pero las desgracias no llegan solas. Esto lo he aprendido con los años y es algo tan terrible de asumir que todavía me cuesta hacerlo. Tras la muerte de Anne, la guerra nos sumió a todos en la tristeza y la miseria. Tuvimos más suerte unos que otros, pero la abuela no pudo soportar la idea de perder su casa, su mundo, su vida, por culpa de la guerra. Me quedé tan sola cuando se fue. Me sentí desamparada ante la posibilidad de una

guerra y yo en medio de todo aquello. Pero mi abuela nunca me abandonó y hasta el final veló por mí. Su recuerdo está muy presente en este viaje que hemos emprendido.

Las muertes se nos acumulan en las espaldas. Arrastro tantos cadáveres propios que creo que tengo mi propia guerra interna, que me ahoga y no sé cómo manejarla.

Tengo muchas ganas de verte, de abrazarte a ti y a papá. El colegio era tan frío por las noches, deseaba tanto sentir tu calor arropándome o caminar con papá por la pradera de aquellas tierras tan fértiles y que añoro con tanta ilusión.

Recuerdo las vacas mugir por las mañanas, los buenos días de Jacinta y los perros perseguir a las palomas. El olor a granja, a estiércol. Todo es como un sueño que alguna vez tuve, no una vida que alguna vez viví. En la escuela contaba algunas anécdotas de la granja a las chicas de mi clase. Todas ellas eran extranjeras y les hacía mucha gracia mi vida en el campo. La mayoría eran hijas de nobles o grandes hombres adinerados que les habían dado de todo y nunca habían visto dar de comer a un potrillo u ordeñar una vaca. Tengo tantas ganas de ordeñar una vaca.

Te tengo que dejar, me avisan que María no está muy bien.

Fátima

La muerte. Aquella que se lleva a todos y a todas sin mediar palabra. Aquella que arrebata sin contemplación lo que tanto querías. A ella no le importa si eres rico, pobre o si aquella persona que se ha llevado era alguien importante para ti.

La impotencia corría por las venas de Karina como una fuente inagotable de dolor. Los cauces de aquel río fúnebre se llevaban a quien ella tanto había amado. A Edward.

Susurros que se llevaba el viento se acumulaban como torrentes de agua en su boca. Nombre maldito y tan querido a la vez. Edward.

¿Cómo podía ella imaginar que ya no estaba en este mundo? ¿Cómo podía soportar la idea de que hubiera desaparecido? Era más fácil soportar que fuera el marido de su hermana a tener ahora que aceptar que se había ido, que su cuerpo ya no estaba entre los vivos.

«Dios, no dejes que vague solo por los caminos del limbo. Te pido, te ruego, que no lo abandones. Llévalo a tu reino para que descanse en paz y me espere ahí arriba. No. Eso es de pecadoras. No sé si lo veré en tu cielo si hemos pecado, pues soy culpable de haber traicionado a mi marido, a ti. Solo te pido que no dejes que se vaya al infierno. No lo dejes, Señor».

Karina lloraba la muerte de Edward en silencio. Se escapa varias veces al día lejos de las miradas inquisidoras de su marido y bajo aquel árbol donde se encontró alguna vez, ya como recuerdo vago, a su antiguo amor, a su antigua pasión prohibida.

Lloraba arrugando con todas sus fuerzas la carta de Fátima. Lloraba sin consuelo hasta que el cansancio la vencía y, ya sin lágrimas en los ojos, regresaba a la casa dando tumbos de derrota; a aquella casa llena de tantos recuerdos como fantasmas escondidos en rincones polvorientos.

27 de octubre de 1914

Querida Karina:

Te escribo desde algún punto en la frontera de Francia, donde he podido reencontrarme con María. Han sido unos días muy duros, de viajes a caballo, a pie, en carruajes por la noche, casi sin dormir. Pero por fin pude llegar a encontrarme con María esta tarde tras un último viaje por la dureza de los caminos franceses.

María me cuenta lo fatigoso que ha sido para ella cruzar el mar. El barco, me contaba, iba cargado de gente, tanta que creía que se hundiría en aquellas profundas y duras aguas heladas del norte. Está muy deprimida, la veo más delgada y sé que está otra vez enferma. Lleva con una espantosa tos desde que llegó y ahora mismo está intentando descansar en la pequeña habitación del hotel, de los pocos que nos han dado cobijo, ya que todos son bastantes reacios a los extranjeros y tienen miedo.

La guerra ha llegado a los pueblos a cuentagotas. Los hijos de estas personas están ya en los campos de batalla o enterrados quién sabe dónde. La incertidumbre es absoluta y aquí los que partimos para cruzar el Atlántico somos vistos como presas llenas de dinero; incluso me ofrecen a

sus niños para que nos los llevemos de esta barbarie y de la pobreza más infinita.

Siento mucha pena por toda esta gente. Llevo tantos años en Francia que me siento parte de esta tierra. Desde que llegué, siempre me he sentido acogida y bendecida por las cosas tan maravillosas que me han ofrecido. El colegio para señoritas no era tan malo como lo pintan las típicas niñas ricas, que ahora no sabemos dónde han ido a parar. Los rumores son que muchos de estos ricos y nobles franceses emigran a Alemania y otros a Inglaterra, depende del bando en que esté cada familia.

Los pocos extranjeros, como María y yo, y como muchos latinos que hemos podido reunir el dinero y los contactos, estamos aquí para embarcar. No quiero pensar en mis amigas del colegio; salimos tan rápido todas que no nos dio tiempo de despedirnos. El abogado de mi abuela se encargó de enviar un carruaje por la noche, salimos todas casi con lo que llevábamos puesto. Solo pude coger algunas pertenencias y la foto de la abuela Teresa, que guardo con mucho cariño.

Puede que, en su momento, su muerte me haya golpeado muy fuerte, pero ahora, desde este miedo atroz a la guerra y sus consecuencias, agradezco a Dios que ella no vea el horror. Las personas mayores no logran llegar. Muchas abandonan o son capturadas por los soldados. No puedo decirte de qué frente es peor, todos aquí son soldados de la muerte, no aliados. Solo puedes sobrevivir a este viaje si eres joven, y en mi caso puedo dar gracias por ser joven. Me siento responsable de María. En su caso, tuvo mucha suerte por la cantidad de contactos que Edward tenía en Londres. Muchos lo estimaban, al igual que a Anne, y les debían el favor de salvar a María de todo este caos.

Fátima

Aquellas líneas eran como cuchillos afilados para el corazón de Karina. Su hermana lo era todo para ella. María era su ancla frente a las desgracias. Ellas, que todo lo habían vivido juntas: la muerte de sus padres, la enfermedad, el dolor, las alegrías, las ansias por un mejor futuro. María no podía irse como se estaba yendo tanta gente.

—¡No te la lleves, Señor! Mi fe tambalea ante tanto… Tengo tanto miedo de perderla...

Daniel la observaba derrumbada en algún sofá mientras leía la nota de

su hija. Arropado por una vieja manta, con la barba desaliñada y llena de canas que asomaban bajo las arrugas del pasado, los ojos apagados, el ceño fruncido, veía a su mujer como un alma que vagaba por las habitaciones. Sin embargo, a él la idea de ver a su hija le daba esperanza en el futuro. Su hija, aquella a quien tanto había amado de pequeña y a la que abandonó a su suerte cuando tuvo la oportunidad.

Su calvario interior convivía con el deseo de verla, con saber que estaba viva y libre de aquella barbarie. El alcohol calmaba su culpa. Había abandonado a su hija y la había enviado al infierno. Aquel atroz sentimiento le consumía por dentro. Charlotte nunca fue una madre modelo, pero él hizo lo mismo que ella. Los dos le rompieron la inocencia a lo más querido, a lo más preciado en esta vida, a su hija.

Fátima, a pesar de todo, lo había perdonado. Ella era una niña que había crecido a grandes pasos; para ella, sus padres eran seres humanos llenos de debilidades y defectos difícilmente cambiables. Ella había perdonado a su padre, incluso sentía lástima por su vida y a dónde le había conducido el intentar escapar de la realidad.

Fátima recordaba a su madre con cariño, aunque lejana. Charlotte le mostró cómo ocultar los sentimientos, cómo afrontar la vida que te ha tocado casi sin pestañear. Ella comprendía que su madre no estaba preparada para asumir ese papel y que su nacimiento no fue lo que hubiera sido para una madre normal. Fátima lo entendía a pesar de sentir unas punzadas de dolor cada vez que pensaba en su Charlotte.

A pesar de todo lo que había pasado con la infidelidad de su madre y que Daniel no era en realidad su verdadero padre, ella lo veía como tal. Recordaba su infancia llena de cariño y protección de aquel hombre que ahora sufría en silencio. Las sonrisas por las mañanas, los paseos en caballo por las plantaciones, los abrazos dobles ante la ausencia de los de su madre. Aquel hombre había intentado cubrir carencias y le había dado la mejor infancia que podía haber deseado.

Él le enseñó a ser una niña más en un mundo complicado. No la envió desde pequeña a ningún internado y había dejado que se educase como cualquier hija de los campesinos y vecinos de la zona. Aquello la enseñó a valorar a sus compañeros, a ser humilde, a no crecer con la idea de que el dinero nos hace diferentes. A veces se preguntaba, tras una media sonrisa, qué habría sido de aquellos compañeros de pupitre. «Seguramente estarán labrando la tierra, estarán caminando por la orilla del río. Algunas ya serán madres y otras estarán estudiando para ser profesoras, como lo fue Karina».

En algún rincón de su memoria, el tiempo se deslizaba entre los recuerdos de aquel valle envuelto en la melancolía de épocas pasadas. Anhelaba volver a contemplar las colinas ondulantes de tonos verdes que danzaban al compás de la brisa.

Quería sentirse arropaba entre aquellos árboles que se erigían como testigos silenciosos de historias antiguas, con sus ramas extendidas como brazos acogedores que la llamaban para así buscar consuelo; por el murmullo de algún arroyo cercano con sus aguas cristalinas que reflejaban la luz del sol.

Añoraba sentir entre las manos las flores silvestres, con sus pétalos delicados. El sol, su eterno cómplice, pintaba el cielo con tonalidades cálidas que abrazaban cada rincón del valle. Quería conservar en su memoria aquella magia de momentos que se deslizaban entre sus dedos como arenas de un reloj olvidado.

Cómo extrañaba ver aquella estrella redonda brillante sumergirse en el horizonte y volver a ver aquellas sombras que se deslizaban por los contornos de las montañas, volver a escuchar los cuentos de antaño que le contaba la vieja Justina cuando llegaba la noche; aquellas historias con personajes que parecían cobrar vida y se movían entre los paisajes que su mente desplegaba en sueños, pero que se desvanecían con la aurora y la niebla matutina.

Justina era parte de aquella imagen impregnada de nostalgia y bellos recuerdos. Aquella vieja mujer seguía esperándola entre la escoba y el horno de la cocina. Las paredes desgastadas, adornadas con azulejos testigos de comidas compartidas y secretos susurrados.

El suelo crujía bajo las sandalias desgastadas de la querida y fiel sirviente. Los utensilios de cocina, colgados con orgullo en sus ganchos desgastados, contaban historias de sabores que todavía llenaban el aire con fragancias irresistibles, y con aquello también se llenaba de las fragancias su memoria infantil.

La vieja estufa, con sus quemadores ennegrecidos, el caldo que bullía lentamente, los armarios de madera desgastados por el paso de manos amorosas que buscaban ingredientes para crear magia en cada plato. Los tarros de cristal con conservas caseras, con tapas de tela y cuerdas atadas con esmero, encerraban el sabor de estaciones pasadas.

Fátima era capaz de imaginarse sentada en la penumbra de aquella cocina. Podía ver, como si estuviese ahí, su tenue luz. Contemplaba los contornos de los utensilios de cobre que resplandecían con cada

movimiento de la lámpara colgante movida por la brisa que se colaba entre las ventanas desgastadas por la humedad del mar. El mar, aquella figura imponente que seguía rugiendo a pesar de guerras, a pesar de muertes, a pesar de nosotros.

Sus recuerdos la transportaban a sentir las olas como suspiros eternos que acariciaban la orilla con la misma cadencia con que acariciaban sus pies desnudos. Cerraba los ojos para recordar la playa, con su arena fina, testigo de huellas que el tiempo había borrado, que se extendía como un lienzo lleno de historias susurradas por las olas…, y el sonido constante de la marea, un eco familiar que le resonaba en el corazón con la dulzura de una canción que nunca se olvida.

La brisa salina, portadora de la esencia del mar y el aroma a sal, le evocaba una sensación de libertad y conexión con lo etéreo. El sol, en su descenso lento hacia el horizonte, pintaba el cielo con tonalidades cálidas que se reflejaban en las aguas danzantes.

Al abrir los ojos, Fátima suspiró ante aquellas imágenes. Se sentía feliz porque pronto todo aquello volvería a ser real. Por fin volvería a su hogar.

29 de octubre 1914

Querida Karina:

Esta noche ha sido muy dura para María. La tos no la ha dejado dormir y está cada vez más débil. Las casas son muy frías y el aislamiento no es muy bueno. Se nos cuela el frío por todas partes y tengo calados los huesos hasta de las manos. Tengo mucho miedo de que no lleguemos las dos a partir en el barco. El viaje se está retrasando por problemas con el suministro para el barco. Todo llega aquí a cuentagotas y estas grandes naves no se libran tampoco. Parece como si también pasasen frío y hambre, como todos aquí. Me han dado algunas hierbas que coloco en el pecho de María e incluso me quedo muchas veces sin manta para poder taparla a ella. Yo soy fuerte y sé que resistiré este contratiempo, pero no me quiero quedar sola; no sé si podría seguir adelante sola.

31 de octubre 1914

Karina:

Es muy tarde y tengo muchísimo frío. Te escribo en la penumbra de la habitación, con la tos persistente de María que no me deja dormir. No sé ni por qué te escribo, si al final no tengo dónde enviar estas cartas. Las escribo con la esperanza de que me escuchas a distancia, que en tus sueños notes mi presencia y que de algún modo te llegue todo esto que te cuento.

Hemos escuchado bombardeos muy cerca del pueblo. Estamos en Normandía, el barco está tan cerca y a la vez tan lejos. Se nos acaban las mercancías y el dinero ya no me sobra. Ruego a Dios para que nos ayude. Echo de menos a la abuela. Ella sabía qué hacer en todo momento. Su fortaleza, que alguna vez me irritaba, es algo tan necesario en estos momentos. Tengo tan presente a Anne. Su risa, sus locuras me alegrarían tanto estas noches en vela. Y sé que María echa de menos a Edward. Se ve la tristeza infinita en su rostro, en sus ojos. De vez en cuando, se despierta y cree que soy Edward y me habla con tanta ternura que no puedo negar su inocencia. Alguna vez, cuando está más lúcida, me cuenta anécdotas suyas con Edward. De repente está tan feliz recordando cómo fue su boda, cuando se instalaron en Londres, lo que le costó adaptarse a los ingleses, pero que Edward siempre estuvo ahí para apoyarla. Nunca la dejó sola ni la hizo sentir infeliz. Lo recuerda como un hombre apasionado y fiel a sus causas, cosa que lo mató. Me cuenta cómo a raíz de sus mítines en el parlamento todo empezó a cambiar. Edward estaba en contra de la guerra y se manifestaba en el parlamento junto con otros de sus colegas del Trinity. Su discurso era apasionado y tan rebelde que al final se lo llevó sin más. La guerra llegó y los reclutamientos fueron masivos al inicio. Todos creían que ir a la guerra era un acto de nacionalismo, patriotismo romántico. Qué ilusos. Cuando empezaron a llegar las misivas con las muertes o regresaban algunos mutilados o casi locos, todo cambió. Ya nadie vio la guerra como un hecho romántico que había que apoyar. Y llegó el día que la misiva apareció por casa de María.

Recuerdo la nota escueta con el parte de la misa que se celebraría por el fallecimiento de Edward. Muy escueta para ser de María, pero se entendía perfectamente en estos tiempos. Eran tantas las familias que enterraban a

sus muertos que ya nadie publicaba las esquelas con grandes recuerdos y tan solo se limitaban a poner los nombres y ya está.

No quiero ni imaginar lo que significó para ustedes estas pérdidas. Mi padre perdió a su madre y a su amigo en tan poco tiempo. Tú eras tan amiga de Anne. Entiendo tu pesar por su muerte y me imagino el dolor que tendrás al no poder abrazar a tu hermana tras estos hechos tan terribles, pero te puedo asegurar que fue feliz todo el tiempo que estuvo junto a él. Ella era feliz y él siempre procuró que así fuese. Un gran hombre y un gran amigo y compañero de vida para María. Tenlo por seguro. Siempre la cuidó y hasta el final garantizó que ella estuviese aquí conmigo. Esta vuelta a casa se la debemos a él; incluso muerto cuidó de María.

Me vence el sueño y María parece dormir más tranquila. A ver si mañana hay suerte y podemos zarpar.

Fátima

01 noviembre 1914

Querida Karina:

Tengo buenas noticias. Nos vamos hoy mismo. Han conseguido que el barco zarpe hoy por la noche. Estamos todos expectantes con la noticia. María está mejor y tiene mucha ilusión con el viaje. Es verdad que habla poco, pero en su mirada puedo ver la felicidad de poder volver a casa.

Tenemos tantas ganas de volver a casa, de estar por fin lejos de todo este calvario.

Fátima

30 de noviembre 1914

Querida Karina:

Tras un largo y tedioso viaje hemos llegado a Argentina. Ha sido una travesía muy dura para María. El barco se movía mucho por las corrientes marinas del Atlántico. He hecho lo que he podido por cuidar de ella, pero sus ánimos están muy bajos. Me daba tanto miedo que se hubiese muerto en alta mar… Muchos fallecieron en el trayecto, sobre todo personas mayores que ya venían mal desde Francia. Muchos habían recorrido kilómetros para llegar a Normandía y no superaron el último tramo. Estoy asustada, pero María es muy fuerte y ahora que hemos llegado a Buenos Aires las cosas van mejor.

Hemos decidido esperar unos días para buscar un coche para ir a la estación de tren que nos llevará este último tramo de nuestro viaje de vuelta a Lima, a casa.

Queda menos, querida Karina, queda menos para llegar a casa. Solo espero que María llegue también.

Fátima

TELEGRAMA

Estación de Tren Lima

URGENTE

PARA: Fátima del Campo

FECHA: Diciembre 1914

Mensaje: Estamos en la estación principal de Lima Central. Hemos llegado bien las dos, María está conmigo y próximamente cogeremos el tren para Huacho.

Tras varios meses de viaje tortuoso y con muchas dificultades para llegar a la hacienda, Fátima pudo por fin abrazar a su padre y a

Karina.

Había adelgazado debido a lo duro del viaje, pero estaba feliz de volver después de muchos años fuera.

María no pudo soportar mucho aquel trajín y, como si estuviese esperando llegar a casa, falleció poco después.

Una tarde cálida del mes de enero y en su habitación, la luz se reflejó en su rostro y solo pudo decir el nombre de Edward. Karina, a su lado, sintió un pequeño pinchazo de envidia por su hermana. Se avergonzaba de sentir celos de aquella pobre moribunda que había vivido sus días más felices junto a aquel hombre que alguna vez ella amó. Aunque se alegraba porque su hermana había sido feliz, en el fondo se sintió muy mal al ver que María había pensado en Edward durante el último suspiro de vida.

Daniel, al final, fue una carga más que un marido. Vivió atormentado por el asesinato cometido tras la partida de su hija. El día que Fernando reapareció, se activó algo en su interior y nunca más fue el mismo. Un disparo, una pala, unos empleados fieles o comprados enterraron el secreto bajo siete llaves, pero Karina no pudo enterrar aquello.

Aquella muerte cargó sus conciencias toda la vida, aunque Daniel la intentase convencer de que había sido lo mejor, que nadie se enteraría de que Fátima no era hija suya. ¿Quién reclamaría a aquel miserable? Y así fue. Nadie vino a buscarlo, nadie preguntó por él. Su imagen siempre fue patética, la de un pobre miserable destinado a acabar bajo las vacas de la hacienda de su mayor enemigo.

Pero aquel muerto fue el detonante de su separación. Karina nunca volvió a ser feliz junto a Daniel. Sus aventuras con mujeres de mal vivir se volvieron continuas. Ella se limitaba a ordenar la cena y a tejer patucos para un bebé que nunca llegó. Su salvación fue Fátima. Ella era su salvavidas en la penumbra de aquella triste y rutinaria vida.

Los amores apasionados del pasado ahora parecían nunca haber existido. Recordaba el olor de aquel hombre inglés como si fuesen las flores del campo. Los ojos se esmeraban en recordar el rostro y las manos que alguna vez recorrieron su cuerpo, pero todo parecía estar enterrado bajo aquella tierra llena de algodones blancos y vacas pastando a su alrededor.

Daniel, tras años resignado a la bebida, a ser como su padre, se había

rendido tras no conseguir recuperar el amor de su mujer. La vejez le había golpeado brutalmente y la gota se había apoderado de él. Se convirtió en una figura desgastada por el paso de los años y el abuso constante del alcohol. Su rostro, una vez lleno de vitalidad, ahora estaba marcado por arrugas profundas y una expresión cansada. El tiempo y el exceso de bebida habían dejado su huella en su piel y en su salud.

Los ojos, alguna vez brillantes y llenos de vida, ahora apagados y vidriosos, reflejaban la tristeza y la desesperación de una vida malgastada. Una mirada perdida en el vacío buscaba respuestas que nunca encontraría. El cabello, que en su juventud fue espeso y oscuro, ahora estaba adelgazado y canoso. Se movía por la casa con dificultad debido a la gota, que le causaba un dolor constante en las articulaciones, y su espalda encorvada revelaba la carga de los años y el peso de las malas decisiones.

Aquel hombre solitario, amargado y con una pesada carga emocional, encontraba el consuelo en la botella, que le brindaba una fugaz sensación de alivio antes de sumirlo en una espiral descendente de autodestrucción.

La voz se le volvió áspera y temblorosa, cargada de palabras llenas de lamentos y quejas. ¡¿Cómo una vida puede desmoronarse cuando se pierde el control y la esperanza?! Así pasaba la vida Daniel.

La hacienda había sido alquilada a unos terratenientes limeños que habían visto en el algodón el nuevo oro y decidieron rentar las tierras, las máquinas y el personal. La renta anual era razonablemente alta y con ella la familia vivía cómodamente. Aun así, los lujos innecesarios habían dado paso a la sencillez y al silencio propio de pocos empleados.

María llevaba enterrada un par de meses y el frío empezaba a llegar por el sur. Karina barría la entrada de la casa; solo se escuchaba el trinar de los pájaros que se aferraban a las hojas de los álamos que se balanceaban por el viento. Respiró profundamente, sonrió para sí y pensó en todos aquellos que ya no estaban junto a ella. Recordó los paseos con Anne por el camino que llegaba al pueblo. Recordó a los niños correr a su encuentro en la escuela y a su hermana que le sonreía desde la puerta de aquella pequeña choza en la ladera.

«Hoy me encuentro sumergida en los recuerdos de todas aquellas personas que amé y que ya no están a mi lado. Mi vida está entrelazada con los muertos, pero también con los vivos. Vivo bajo la

sombra de un matrimonio desgastado por el dolor y las pérdidas, una jaula invisible que me aprisionará por el resto de mis días. Sin embargo, no me puedo quejar. Estoy pagando por mis pecados. Daniel ya no es aquel hombre cariñoso y soñador que se casó con una inocente pueblerina llena de pájaros en la cabeza; Edward se marchó luchando por ideales irreales que solo dejaron muerte tras de sí. Anne, María...

»Me he resignado a esta vida donde ya no sé cuál es mi propósito principal. A pesar de todo lo que ha pasado y de este sentimiento, no me siento infeliz. Es cierto que camino por un sendero desconocido. Es cierto que nunca llegué a ser madre. Es cierto que convivo con una sombra de lo que fue mi marido.

»María lo era todo para mí. Su sonrisa, su vitalidad, su inocencia y sus ganas de luchar por todo en lo que creía. Ella se llevó una parte de mi corazón. Su ausencia es como una bruma densa y a veces siento que esta tristeza se asemeja a llevar grilletes invisibles en los pies.

»Recuerdo el día que recibí aquella carta de Fátima. Me pareció que en aquel momento en mundo se había paralizado. Cada palabra sonaba hueca, incapaz de capturar la magnitud del vacío que ella iba a dejar en mí.

»A veces, cuando llega la noche y el silencio es estremecedor, cierro los ojos y la veo danzar feliz frente a aquella vieja casita. Su risa, su voz, sus gestos... son grandes tesoros para mi memoria.

»La mesa alberga una silla vacía en honor a ella, a mi querida María. Y me enfrento día a día a este desafío de vivir en un mundo sin ella y sin Edward».

—¡Karina!

La interrumpió la suave y angelical voz de Fátima, un sonido melódico que rompía la paz de sus pensamientos, pero que llenaba su vacío interior de felicidad... porque aquella dulce niña que se había convertido en toda una señorita era la dueña de todo su nuevo y presente mundo.

Una punzada de dolor le recorrió el cuerpo al recordar que aquella dulce niña no se iba a casar. Ya Fátima había sido tajante con aquel tema; sin embargo, albergaba a la vez una ilusión al saber que estarían juntas hasta el final de todo, que lucharían juntas en aquel camino que la vida había decidido brindarles.

—Karina, me gustaría enseñarte un libro que he descubierto hace poco. Lo tenía papá en la biblioteca. ¿Quieres que te lo lea?

—Claro, cariño. Me encantaría.

FIN